

CÚBREME DE *plumas y purpurina*



PILAR PIÑERO

Selecta 

Cúmbreme de plumas y purpurina

Pilar Piñero

Selecta

Capítulo 1

REGINA

(Yelo)

—Niña, son las siete. Se te han pegado las sábanas, ¿eh?... ¡Uy, vaya desorden tienes aquí liao!

Mi abuela ha irrumpido en mi habitación, una mañana más, como un elefante en una cacharrería: ha levantado la persiana sin delicadeza alguna, cuando todavía es de noche, y hablando como si estuviera en la granja de Eustaquia esperando los dos litros de leche diarios de sus preciosas vacas.

La oigo remover los papeles que hay sobre el escritorio, odio que lo haga, pero no le digo nada, nunca lo hago; me limito a cerrar los ojos y suspirar con resignación, ya volveré a dejarlos tal y como estaban cuando se marche. El desorden que ella ve es para mí la esencia del orden.

—¿Estuviste trabajando hasta tarde anoche?

—Me dieron las tres, quería acabar un diseño que tenía a medias.

El sonido del despertador nos sorprende a ambas: mi abuela me mira con una sonrisilla de disculpa y yo a ella con una de todo menos amigable.

—Tienes el reloj un poco atrasado —dice mientras se sienta en la cama—. Recuerda que Bruna te espera para que le pongas esa inyección que le pinchas en la barriga.

—La heparina, yaya...

—Eso. Y el tío Manolo te pidió que lo ayudaras a bajar no sé qué cacharro del trastero.

—El brasero eléctrico...

—Eso, que Félix no viene hasta mañana. ¡Venga, levántate! —acompaña las palabras con un azote en mi culo—. Y abrígate, cariño, que estamos en el mes de octubre más frío que mis huesos recuerdan.

—No ayudas, abuela...

—¡Va, leñe, que se te enfría el café con leche y las tostadas!

Mi abuela tira del nórdico con todas sus ganas y me deja sin abrigo; inmediatamente, todo el vello de mi cuerpo se pone de punta y empiezo a tiritar. Arrecida de frío me levanto abrazándome para intentar mantener el calorcito residual de la cama hasta entrar en el baño para meterme bajo el chorro de agua hirviendo.

Mientras el agua de la ducha se calienta, enchufo el calefactor y hago mis necesidades

matutinas, pero la puerta del baño se abre y rompe el momento.

—¡Abuela, ¿te importa?, estoy haciendo pis!

—Para nada, cariño, a mí no me molesta en absoluto —contesta, cargada con un montón de ropa que ella ha decidido que debe lavarse.

La miro intentando sopesar si es que no me ha entendido o si me está tomando el pelo, algo muy habitual en ella.

—Es que me gustaría un poquito de intimidad cuando estoy sentada en la taza del váter, ¿sabes?

—¡Ah, vale! Perdona, hija. Te espero fuera, mientras iré arreglándote la habitación.

Tras un suspiro de resignación me meto bajo el chorro de agua bien caliente.

Mi abuela es así, un torbellino, y, si no ha cambiado en sesenta y dos años, no va a hacerlo a estas alturas. No conozco persona más activa que ella: se levanta cada día a las seis de la mañana y no para hasta las nueve de la noche —hora en la que sale de la cocina, pues soy yo la que me encargo de fregar los platos de la cena— para sentarse en su sillón orejero frente a la chimenea y leer. Es una gran mujer, muy querida por todo el pueblo y, aunque nos enganchamos a menudo por tener formas de ser completamente diferentes, no podemos vivir la una sin la otra.

Su carácter jovial, alegre y positivo fue decisivo a la hora de enfrentarse al revés más duro que la vida puede darte: la pérdida de un hijo, mi madre. Mi abuelo es más reservado y no llevó de igual modo la pena, pero mi abuela tiró de los dos anteponiendo nuestro bienestar a su tristeza. Fueron momentos horribles para ellos: de un día para otro, se vieron lidiando con un dolor inmenso y a cargo de una niña huérfana de siete años.

Recuerdo el día en que mi vida y la de ellos cambió para siempre...

Estaba en clase de Matemáticas atendiendo a las explicaciones de la profesora, la señora Luisa, que ponía todo su esfuerzo y tesón para explicarnos cómo calcular el volumen de un cilindro, cuando la puerta de la clase se abrió precipitadamente sin que nadie hubiera llamado.

—Luisa, ¿puedes salir un momento? —le preguntó la directora de sopetón, con gesto serio y los ojos enrojecidos.

—Claro, Eva. Vuelvo enseguida, chicos, no os levantéis de vuestros pupitres. Id haciendo el ejercicio número cinco.

La maestra no había salido todavía del aula y ya nadie ocupaba su silla: estábamos emocionados por el festival de primavera que el colegio organizaba cada año y, reunidos en pequeños grupos, nos pusimos a conversar animadamente sobre qué actuación íbamos a hacer, qué vestuario nos pondríamos, cómo decoraríamos la clase...

Cuando la puerta del aula volvió a abrirse, el silencio fue imponiéndose a medida que íbamos reparando en la cara de desolación de la señora Luisa y de cómo se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de tela. Ni siquiera nos apresuramos a ocupar de nuevo nuestros asientos por miedo a una regañina; simplemente, nos quedamos estáticos en el sitio, era evidente que algo malo había sucedido.

—Regina, sal un momento conmigo, por favor.

—¿Puedo ir con ella? —dijo de repente Úrsula, mi mejor amiga, aferrándose a mi mano.

—Mejor no, cariño. Enseguida vuelvo. Niños, por favor, portaos bien.

Diecinueve pares de ojos, en completo silencio, se clavaron en mi persona y yo solo podía mirar a mi amiga, deseando que su mano no hubiera abandonado la mía.

Temblorosa, sin saber qué estaba ocurriendo, salí al pasillo donde nos esperaba la directora. Mi profesora me cogió de la mano y las tres entramos en el despacho de dirección. Allí, arropada

por los abrazos y besos de la señora Luisa, me hicieron saber la noticia: mis padres, que se dedicaban a vender zapatos en mercadillos semanales de Madrid y alrededores, habían sufrido un accidente de tráfico.

—La madre de Úrsula viene para acá. Te quedarás con ella hasta que lleguen tus abuelos — anunció la directora, acariciándome las largas trenzas que mi madre cada mañana me hacía.

Úrsula y yo éramos como hermanas, ya que ambas éramos hijas únicas y sus padres y los míos eran amigos y compartíamos tardes, fines de semana y vacaciones en Yelo, Soria, el pueblo natal de nuestras madres. La abuela de mi amiga había muerto y la casa de la familia estaba en ruinas, por lo que en julio y agosto veraneábamos las dos familias en el caserón de mis abuelos.

Los días que pasábamos en el pueblo eran un no parar de excursiones al río Bordecólex, meriendas en los palomares y correrías varias con otros niños forasteros y algunos de los pocos oriundos de Yelo, como mi primo Félix y Esteban.

Nuestros padres también disfrutaban del tiempo de ocio y salían de noche a verbenas y fiestas mayores de otros municipios de alrededor, mientras que mis abuelos se hacían cargo de nosotras. En Yelo viví los momentos más divertidos y felices de mi infancia.

Aquel fatídico día, Marisa, la madre de Úrsula, me recogió del colegio, me llevó a comer un helado e intentó mantenerme entretenida mientras ella a duras penas podía aguantar las lágrimas. Aún entonces, con solo siete años, pude ver en sus ojos —siempre alegres y chispeantes— un dolor inmenso que no alcanzaba a comprender del todo.

En un momento dado, mientras yo sorbía mi cornete de fresa, a Marisa le sonó el teléfono.

—Cariño —dijo, al cortar la llamada, estrechándome entre sus brazos—, tus abuelos han llegado. Vamos a buscarlos a la estación. Todo irá bien, ya lo verás.

Tengo un vago recuerdo de aquel día, flashes de momentos puntuales, pero lo que no se me olvidará nunca es la pena infinita que se reflejaba en los ojos negros de Marisa y la cara de desolación de mis abuelos al verme.

Mi inocencia me impedía entender por qué, si mis padres habían sufrido un incidente con la furgoneta, los adultos tenían aquella cara de pena y desesperación, hablaban en susurros y no cesaban de abrazarme. Horas después lo supe, mi abuela fue la encargada de decirme que el accidente había sido fatal y que ambos habían fallecido. No lloré.

Durante unos días nos quedamos en casa de Marisa y Carlos. Úrsula y yo pasábamos todo el tiempo encerradas en su habitación mientras mis abuelos y sus padres hablaban en la cocina o el salón en plan cónclave, a puerta cerrada.

—Gini, estoy muy triste por ti —decía entre sollozos mi amiga, abrazada a mí en la cama que compartíamos, llamándome por el apelativo cariñoso con el que me había bautizado.

—No lo estés, yo estoy bien.

—Pero te marcharás... Y tus padres...

—Todo irá bien —intentaba consolarla diciéndole las mismas palabras que los adultos me repetían una y otra vez—. No llores, Úrsula.

Dos días después me despedía de mi amiga que, deshecha en llanto, tuvieron que apartar de mí casi a la fuerza. Tampoco lloré entonces.

La casa de mis abuelos, la misma donde pasaba las vacaciones de verano, pasó a ser mi hogar.

Conocía el pueblo, aunque nunca había visto crespones colgar de sus balcones, ni tan tristes a su medio centenar de vecinos. No sabía qué debía sentir cuando oía a la gente decir a mi paso: «Pobre criatura», «Qué desgracia más grande».

Me matricularon en un colegio de Medinaceli, donde se impartía primaria y secundaria. Cada

día mi abuelo, en absoluto silencio, me llevaba a la marquesina del autobús que estaba al final del pueblo, junto al camino que llevaba al cementerio, para coger el transporte escolar; por la tarde, también en silencio, me recogía y de vuelta a casa. Los únicos niños de Yelo que subían al autobús éramos mi primo Félix, Esteban, Anselmo y yo.

Durante un mes y medio me mantuve entera, aunque en absoluto silencio; asentía, negaba y poco más. Fui una carga inmensa para mis abuelos que, sumidos en una pena terrible, me observaban sin saber cómo actuar.

Hasta que una mañana cualquiera, mientras desayunaba en la cocina, miré el calendario que mi abuela tenía colgado en la puerta de la alacena y recordé que ese día se celebraría el festival de primavera en mi antiguo colegio, al que mis compañeros iban a acudir sin mí, para el que nos llevábamos preparando desde el inicio del curso, y yo no iba a estar. Fue ese momento, ese acontecimiento puntual, el que me destrozó por completo y desencadenó en mí la catarsis. Lloré y grité rota de dolor y no paré de hacerlo durante dos días con sus noches.

Mis abuelos, preocupados y asustados, llamaron al médico de Medinaceli, que, tras un examen físico, dictaminó que tanto mi cuerpo como mi mente estaban sanos y que, simplemente, expresaba el dolor que tenía guardado. La realidad cayó sobre mí como una pesada losa con la que tendría que aprender a cargar y seguir viviendo.

Después de aquel episodio las cosas comenzaron a mejorar y, aunque en mi corazón se hallaba alojada una pena gigantesca —que hoy en día sigue albergando—, aprendí a vivir con ella: hice amigos en el colegio, me dejé mimar y me refugié en los que me querían y en lo que me apasionaba: el diseño de ropa.

Úrsula y sus padres, Marisa y Carlos, siguieron viniendo al pueblo siempre que podían, sobre todo durante el verano, y nunca perdimos la relación.

—¡Reginaaaa! —La voz de pito de mi abuela me hace dar un bote que casi me abro la cabeza contra el plato de ducha.

—¡Cinco minutos, abuela!

Al bajar a la cocina el olor a café recién hecho y pan tostado me hace rugir el estómago.

—Muchas gracias, yaya.

—De nada, cariño. Recuerda que hoy tu abuelo y yo vamos a Burgos; si necesitas algo, pide por esa boquita.

—No me acordaba. No necesito nada, gracias. Tened cuidado.

—Que sí, hija. La tortilla de patata que sobró anoche la tienes ahí —dice señalando con la cabeza un *tupper* rojo que reposa fuera, en el alféizar de la ventana, al fresco mañanero.

Y es que, Mari, mi abuela, utiliza las bajas temperaturas del exterior para conservar los alimentos, pues, según ella, la nevera le quita sabor a la comida. Y no es la única en el pueblo, los mayores siguen utilizando este método ancestral.

—¿Te ríes?

—Es que me hace gracia que tengas las ventanas repletas de *tuppers* y botellas. Tú siempre has tenido frigorífico; no eres tan mayor, abuela.

—Solo lo utilizaba en verano y porque veníais tus padres y tú de vacaciones. Pero aquí en Yelo el método de aprovechar el frío natural no se ha perdido ni se perderá, te lo digo yo. Es una tontería gastar luz si podemos beneficiarnos del fresco que nos acompaña en invierno.

Razón no le falta a la mujer, en Yelo el frío hiela a las cincuenta almas de octubre a mayo, sin excepción, y es normal, durante esos meses, ver en las puertas y ventanas de las casas la botella de vino, leche, orujos, carnes y frutas refrigerándose a la intemperie.

—Por cierto, Regina, mi vida, recuérdale al viejo chocho de tu tío que esta noche lo esperamos para cenar.

—Claro, descuida. Bueno, abuela, me marchó.

La beso y salgo al fresquito de la mañana; ni uno de los cuatro perros que tenemos sale del pajar para despedirme; normal, yo tampoco lo haría. Es poner un pie en la calle y empezar a castañearme los dientes. No entiendo cómo puede estar mi abuelo subido a un tractor desde las seis de la mañana; la gente de antes está hecha de otra pasta.

Desciendo la pendiente, que conduce a la casa de Bruna, agarrada a la cuerda que los vecinos colocan a modo de pasamanos para no caerse a causa del hielo, lo que no evita que, fruto de mi torpeza habitual, me resbale unas cuantas veces.

—¡Madre del amor hermoso, y eso que solo estamos en octubre! —lamento mirando la fina capa blanca que cubre el suelo de piedra. Por suerte mi destino está a un minuto de distancia.

Después de ponerle la inyección de heparina a la vecina y tomarme un café con leche en su compañía, me dirijo a casa de Manolo, hermano de mi abuela, para bajarle del desván el brasero eléctrico.

—Gracias, hija. Es que no me acordé de pedírselo ayer a Félix y no vuelve hasta mañana, y anoche lo eché en falta; tuve que encender la chimenea, estaba arrecio de frío.

—De nada, tío. ¿Dónde ha ido Félix?

—A un curso. —Mi primo es veterinario y se ocupa de los animales del pueblo y alrededores. Le encanta su trabajo y a menudo hace cursos de formación.

—Esta noche vendré a buscarte para cenar, a las ocho y media.

—Aquí te espero, cariño.

—¿Sabes si este fin de semana estará aquí Félix? —El muy granuja es como un ermitaño; si no está entre vacas, cabras o cerdos, se encierra en casa y no saca la nariz. Le voy a dar un buen tirón de orejas en cuanto lo tenga a mano.

—Sí, seguro. Una de las vacas de Eustaquia está a punto de parir y estará pendiente de ella.

—Pues nada, tío, nos vemos después. Ahora me marchó, que he quedado con María Eugenia.

—Que pases un buen día, sobrina.

Entro en el bar, cerrado a estas intempestivas horas, por la puerta de la cocina, donde la dueña se afana en preparar albóndigas para el fin de semana, que es cuando acuden los visitantes al pueblo: senderistas que hacen las rutas romanas y familiares de los residentes, aunque pocos durante el otoño y el invierno. No deja de ser curioso que la gente se vaya a Andorra o a Sierra Morena y gaste un pastizal para ver nieve, pero no vienen a Yelo porque nieva y hace frío, ¿lo entiendes? Yo tampoco.

María Eugenia es de México. En un viaje de Erasmus en Soria conoció a Esteban, se casaron y desde hace cuatro años se ocupan del bar. Esteban y yo somos amigos desde la infancia y en cuanto nos presentó conectamos y nos hicimos amigas; que seamos las únicas en el pueblo con una edad comprendida entre quince y cuarenta también une mucho.

—¡Buenos días, cocinera!

—¡Hola, guapetona! ¿Qué tal?

—¡Puaj, qué asquito...! —le digo observando la cantidad de carne picada aliñada en la que va introduciendo las manos enguantadas—. ¿Quieres que te ayude con eso? —lo digo con la boca chica, pues solo de verla hacerlo me dan arcadas.

—No hace falta, corazón. No te pringues, para un momento; me queda poco y sé que esta tarea no te gusta especialmente, sin embargo, bien que te la comes luego, ¿eh?

—Es que están buenísimas, pero ver así la carne cruda, en un amasijo sanguinolento, me da repelús.

—Te entiendo. Anda, caliéntate, que llevas una cara de frío...

Me quito el abrigo y la bufanda y me arrimo a la chimenea, que ya arde vigorosamente.

—Estoy helada, María Eugenia.

—Pues no te queda nada. El otro día, Inés me dijo que este invierno iba a ser duro de verdad.

—Según las hormigas, ¿no?

—Exacto, dice que los bichos en cuestión este verano han presentado una actividad frenética.

—Pues nada, aquí estaremos para lo que venga.

—¿Mañana iremos a Medinaceli para lo de las manualidades?

—Sí, sobre las diez nos espera Ana, la tutora de primero.

María Eugenia y yo vamos al colegio de primaria de Medinaceli —en el que estudié yo— dos veces a la semana para impartir clases de plástica. Ahora preparamos las manualidades para la festividad de la Castañada y Halloween; estamos de trabajo que no damos abasto. También ayudamos a organizar las fiestas y les echamos una mano como monitoras en las salidas que organizan con los peques.

—Esto ya está listo —dice cerrando un gran contenedor repleto de albóndigas listo para congelar—. Por cierto, ¿cómo está Úrsula?

—Bien. Hablé con ella el lunes por wasap, me dijo que tenía algo importante que contarme, pero que debía esperar, que le quedaba atar cuatro cosas antes de explicarme de qué se trata.

—¿Y no te dio ninguna pista?

—No hubo manera. Se cerró en banda y no logré sacarle nada, pero estaba como loca de contenta. Hemos quedado esta tarde a las cinco para hablar por videollamada. Me ha asegurado que hoy me desvelará la gran noticia.

—Genial, prepararé un chocolate para merendar y lo acompañaremos con un buen pedazo de bizcocho de limón que Esteban está horneando.

El bar es el edificio más cercano al repetidor de internet rural, porque la fibra óptica ni está ni se la espera, por lo que es el lugar con más cobertura del pueblo.

—Ayer por la noche estuve buscando ideas para las postales de Navidad y encontré una manualidad muy sencilla y la mar de chula.

—Hago un par de cortaditos y me la enseñas.

—Buenos días, madrugadora. —Esteban pasa por detrás de mí y me da un beso en la cabeza.

—Hola, guapetón.

—Los abueletes ya se han levantado, voy a servirles cafés con leche para que se puedan tomar las pastillas, que no quiero que me mengüe la clientela durante el invierno.

—Ja, ja, ja, qué gamberro eres.

Sentada en la mesa de la gran cocina, arrimada todo lo que puedo al fuego sin quemarme las cejas, sonrío ilusionada porque esta tarde veré a Úrsula y al fin me dará la gran noticia.

Capítulo 2

ALEJO

(Madrid)

Recojo la mesa de la cocina, introduzco los vasos y platos del desayuno en el lavavajillas, limpio los restos de galletas y mermelada, coloco las sillas, enjuago la bayeta... y Nacho sigue sin bajar.

—¡Hijo, vamos a llegar tarde! —voceo con impaciencia.

—Ya estoy listo.

Estaba justo delante de mí y no lo había visto, si es que ya estoy estresado y acabamos de levantarnos.

—¡Uh, qué susto me has dado! ¿Has cogido el libro que tienes que devolver?

—Sí, papá.

—Me encanta el peinado que te has hecho, chaval, estás muy guapo.

Nacho sonríe ampliamente mostrando sus diminutos dientes de leche y achinando los ojos, verdes, grandes, idénticos a los de su madre. Al mirarlo, la tristeza me oprime el corazón.

—¡Papááá!

—Perdona, hijo. Vámonos o llegaremos tarde.

Tras dejar al peque en la clase de acogida, me dirijo al aserradero donde trabajo desde hace más de una década.

Me enfundo los guantes, los auriculares protectores y ocupo mi lugar en la máquina peladora de troncos.

Me gusta mi trabajo, es algo que hago desde los veinte años y nunca se me ha pasado por la cabeza dejarlo. Además del sueldo, que no está nada mal, el horario de la empresa me permite ocuparme de mi hijo sin necesitar demasiada ayuda de mi madre, al menos durante el día, a no ser que Nacho esté malito, que, por suerte, aunque solo tiene cinco años, casi nunca sucede. Pese a que el ruido que nos rodea a todas horas es atronador y motivo de queja de muchos de mis compañeros, a mí me permite estar tranquilo, pues propicia que pase gran parte del día sin mediar palabra con nadie, salvo el rato de la comida cuando nos juntamos los diez trabajadores en la sala dispuesta para ello.

Me gusta la soledad y la tranquilidad, sin embargo, no siempre fue así: antaño fui un fiestero de los que cerraba las discotecas y los *afters* de todo Madrid. Me encantaba la juerga y el baile,

eso no ha cambiado. Desde pequeño he amado bailar y mi madre, cansada de verme danzar continuamente por la casa, decidió inscribirme a clases de baile con tan solo seis años. En la academia de Clara pude explayarme, explotar todo el arte que me bullía dentro y canalizarlo hasta convertirme en un gran bailarín. Me decanté por baile urbano, sobre todo Comercial Dance. Me presenté a *castings*, participé en algunos videos musicales de cantantes importantes tanto nacionales como extranjeros, gané premios y la idea era seguir ascendiendo.

Sin embargo, no se dieron así las cosas, pues, justo cuando preparaba la prueba de acceso para el cuerpo de baile de Paulina Rubio en su gira por España, perdí la cabeza por Gloria y olvidé mis metas.

El amor hizo que las seis horas diarias de ensayos me parecieran una pérdida de tiempo frente a la posibilidad de pasarlas con Gloria en fiestas, conciertos o enredado en las sábanas de su cama. Ella me absorbió la sesera, se adueñó de mi voluntad y me anuló completamente. *Mea culpa*, por supuesto; nunca debí permitírselo, pero fue inevitable, aquella mujer desprendía tal energía y carisma que hacía difícil resistirse.

Fueron muchos los que me advirtieron, los que intentaron abrirme los ojos. Sin embargo, ya se sabe, no hay más ciego que el que no quiere ver, así que al menor comentario al respecto me ponía como un basilisco. Me enfurecía que los que se suponía que me querían no se alegraran por mí, todos parecían estar en contra de aquella relación: mi madre, Clara, mis compañeros de la academia de baile y mis amigos; sobre todo ellos, a los que mi novia les tenía especial inquina hasta el punto de no poder quedar con ellos para evitar movidas con Gloria y que no me hablara durante días.

Tardé años en darme cuenta de lo que intentaban advertirme y cuando lo hice ya era tarde: me había distanciado tanto de todo y de todos que me vi solo, con el único apoyo de mi madre.

Dicen que cuando la amistad es verdadera es fuerte como la roca e infinita como el mar, y no lo supe hasta el día que nació Nacho y perdí a Gloria. En el hospital se presentaron mis amigos —Juan, Mario y Axel— como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si no lleváramos años sin hablar. El apoyo que me brindaron fue crucial para superar el revés que la vida me dio.

El baile también me trató bien, con más respeto del que yo le tuve a él y, pese a no poder recuperar el tiempo perdido, con mucho esfuerzo y la ayuda incondicional de Clara, recobré la condición física que un día tuve.

Bailar me curó la mente; y el cuidado de mi hijo, el cariño de mi madre y el apoyo de mis amigos, el corazón. Fue tan importante para mí la vuelta al baile que Juan, Axel y Mario se animaron a probar y así nos convertimos en los que somos ahora.

La vibración del teléfono en el bolsillo del muslo interrumpió mi trabajo, sobresaltándome. El primer pensamiento es que pueda ser del colegio de Nacho, pero por suerte no es el caso.

—Juan, tío, que estoy currando...

—¿Te crees que no lo sé? No te jode, ¿piensas que yo estoy en las Bahamas tirado en una hamaca a pleno sol y tomando un delicioso Switcher, acompañado por una...?

—Que sí, vale, me ha quedado claro que tú también estás trabajando. ¿Qué quieres?

—Era para recordarte que hoy tenemos la prueba.

—No te oigo bien, espera que me aleje un poco que aquí el ruido es...

—¡Te digo que a las siete tenemos la prueba!

—¿En serio me llamas para esa gilipollez? ¿Te crees que tengo diez años?

—No seas desagradecido. Sé que tienes muchas cosas en la cabeza y solo quería recordártelo. Tiene razón, mi vida es un pelín estresante.

—Cierto, perdona; te lo agradezco, amigo.

—Genial. Te esperamos en el Dakota a las seis y nos echamos unas birras antes de ir para el Crazy.

—Que sea a las seis y media, Nacho sale de futbol sala a las seis y debo llevarlo a casa de mi madre.

—Nos vemos a y media, y dale un achuchón a mi ahijado; dile que no me olvido de que el finde lo pasaremos juntos. Y un besazo a la madre que te parió.

Juan, como buen tío, aunque sea postizo, de tanto en tanto malcría a su ahijado agasajándolo con ostentosos regalos y planes la mar de divertidos que me permiten tomarme un descanso de las obligaciones y dedicarme un poco de tiempo que invierto en el gimnasio. En esta ocasión, van al parque de atracciones y este invierno quiere llevarlo a la sierra a esquiar; se ha empeñado en enseñarle y me parece genial, está en una edad ideal para iniciarse en el deporte blanco.

Los Wicked Angels o, lo que es lo mismo, Axel, Mario, Juan y yo estamos sentados en el bar Dakota brindando con una cerveza Coronita. Ninguno lo dice en voz alta, pero el nerviosismo se palpa en el ambiente, y es que la prueba que nos hacen hoy es para un trabajo que nos daría los beneficios económicos que llevamos esperando desde que formamos el grupo.

—Alejo, Carla no te quita ojo —susurra Axel divertido.

—Déjame tranquilo —le contesto cansado—. ¿No te aburres siempre de lo mismo?

—Es que es tan descarado que alucino. ¿Seguro que no quieres...?

—Seguro. —Corto la conversación con sequedad.

—Pues si yo fuera hetero no me lo pensaba. Es una chavala guapa y muy simpática. Y está claro que le gustas, te mira con ojos golosones cada vez que venimos —dice Mario, sumándose al dichoso, y recurrente, tema de la camarera.

—Mario, Axel, ¿podemos dejar el tema?

Los dos nombrados ríen mientras le dan un trago a la cerveza. Juan no se ha sumado a la chanza de esos dos a mi costa, quizás porque hace más años que nos conocemos, sabe dónde está mi límite y somos más viejos.

—Voy a pedir otra ronda.

—Te acompaño, que me toca pagarla.

Cuando Axel y Mario se levantan de la mesa, lo hacen entre risas, como dos niños. Son los más jóvenes de los cuatro y los más dicharacheros, los que ponen la nota de locura al grupo; están solteros y para ellos todo es diversión y cachondeo, no tienen obligaciones más allá del trabajo y viven la vida a tope. Juan y yo estamos hasta arriba de responsabilidades difíciles de obviar; en mi caso, un hijo; en el de Juan, un trabajo estresante y una novia a la que le oculta una parte de su vida que para él es muy importante.

—¿Qué te pasa, macho?

—Estoy agotado.

Su corta respuesta me indica la gravedad de su preocupación.

—¿Un día duro en el despacho?

Juan es arquitecto y el responsable de un equipo de quince personas.

—Frenético.

—Pero no es eso lo que te tiene así, ¿me equivoco?

Levanta los ojos de su cerveza y me mira serio, manteniendo el silencio durante unos segundos.

—Hoy es el cumpleaños de mi suegra y me ha invitado a cenar. He tenido que escudarme en el trabajo para no acudir.

—Debes hablar con Sofía.

—No me atrevo.

—Llevamos cuatro años con el grupo y hace dos que sales con ella, te conoció siendo el que eres.

—¿Y?

—Pues que has tenido tiempo de contárselo, ¿no crees?

—Mi suegro es regidor en el ayuntamiento de Madrid.

—Y mi madre enfermera.

—Es complicado, Alejo. Creo que Sofía lo entendería, ¿pero su padre?

—Y dime, ¿qué harás cuando llegue el día en que viváis juntos? ¿Cómo piensas...?

No hace falta que termine la frase, sus ojos me dicen que sabe lo que voy a preguntarle y me dan la respuesta.

—O sea que, si llega ese momento, nos dejarás tirados.

Mi afirmación queda suspendida en el aire a la que Axel y Mario llegan a la mesa, cortando el tenso momento. Es un tema que Juan debe solucionar, pero me duele que cada vez que ensayamos o actuamos lo haga parapetado tras una mentira que le impide disfrutar plenamente de algo que le encanta.

—Toma.

Axel me tiende un papel con una sonrisa llena de picardía.

—¿Y esto?

—Es el teléfono de Carla.

—Eres un puñetero cotilla —le digo enfadado.

—¡Oye, que no he hecho nada! Me lo ha dado ella.

Sin saber cómo actuar, y seguro de que mis mejillas se han teñido de rojo, me guardo el dichoso papel en el bolsillo de la chaqueta, me levanto sin tocar la segunda cerveza y salgo del local.

A los pocos minutos, mis amigos se unen a mí.

—No quiero escuchar ni una palabra más sobre el tema —le digo a Axel a la que lo veo abrir la boca.

—¿Por qué te empeñas en seguir solo? ¿No te apetece compartir tu vida con alguien?

—¿Y lo dices tú, el picaflor, el que lleva todas las noches cinco condones en el bolsillo del pantalón y vuelve sin ninguno?

—¡Pero es que yo soy así, pero tú no, amigo! A ti te pega una pareja estable, una mujer que comparta tus sueños, una buena experiencia que te haga reconciliarte con el género femenino. A ver, ¿cuándo fue la última vez que estuviste con una mujer?

—Mario, te juro que si no cierras ese agujero que tienes en la cara me marchó ahora mismo y lo mando todo a tomar por culo. Mi vida personal es mía y nadie, ni siquiera vosotros, tenéis ningún derecho a inmiscuirse. Quiero estar solo, no quiero relaciones, ni novia, punto. ¿Tema cerrado?

El aludido hace un gesto como si se cerrara la boca con una cremallera y deja de emitir sonido

alguno, al fin.

—Bien. Escuchad, centrémonos; tenemos el número más que preparado, hemos ensayado y lo vamos a bordar. Así que tranquilidad —apunta Juan intentando calmar los ánimos revueltos.

De camino a Crazy ninguno de los cuatro vuelve a hablar.

Dos horas después, Lust, Desire, Passion y Love nos abrazamos emocionados por haber conseguido el contrato que nos dará la oportunidad de trabajar en la mejor discoteca de la ciudad. Wicked Angels actuará todos los sábados durante el próximo año, haremos dos pases por noche, a las doce y a las dos. Lo cierto es que la actuación nos ha salido perfecta; la coreografía que Clara preparó ha sido un éxito, como ella predijo.

Charley, el dueño del local, ha alucinado con el espectáculo, se ha quedado con la boca abierta y, al acabar, ha aplaudido como una *groupie*.

El trabajo nos dará la oportunidad de respirar, económicamente hablando, ya que desde que formamos el grupo hemos sufragado los gastos de vestuario y desplazamientos, porque los bolos que hemos hecho hasta ahora no nos han aportado demasiados beneficios.

Una nueva etapa se abre ante nosotros, una que espero merezca la pena por el esfuerzo y la ilusión que vamos a poner en el proyecto que nos mantendrá ocupados gran parte de la semana.

La conciliación familiar, a tomar por saco.

Capítulo 3

REGINA

(Yelo)

Después de comer subo a mi habitación dejando a mis abuelos dando cabezadas en el sofá frente al televisor.

Quiero ultimar los detalles de los diseños que he preparado para mostrárselos a Úrsula; son unas creaciones de fantasía espectaculares.

Desde que acabamos la carrera de Diseño de Moda y el máster en *Personal Shopper* y Estilismo, no hemos parado de diseñar. Úrsula, que es una buscavidas, se puso en contacto con una tienda de alquiler de disfraces de Madrid; les enseñó algunos de nuestros bocetos, les gustaron y estuvimos un tiempo trabajando para ellos. La pega: que era la empresa la que nos decía lo que debíamos diseñar y crear, y al cabo de un año nos dimos cuenta de que aquello no era para nosotras. Necesitábamos un trabajo donde nuestra imaginación pudiera volar, en el que el brillo, las plumas y la purpurina cobraran el protagonismo que nosotras deseábamos. Somos conscientes de que es un mundo difícil y que lo que nos gusta diseñar lo dificulta todavía más, si cabe. Han sido muchas las veces que hemos hablado de cambiar de estilo, de pasarnos a la moda convencional, pero no nos haría felices, lo sabemos, y por eso nuestros diseños reposan en carpetas sin que sirvan para nada. Por suerte, Úrsula trabaja como recepcionista en un centro médico y yo en el colegio, lo que nos permite vivir y seguir soñando con lograr una oportunidad en la que podamos dar rienda suelta a nuestra imaginación.

Con la carpeta bajo el brazo y el maletín del ordenador, me dirijo al bar del pueblo. Al entrar saludo a los cuatro abueletes que alrededor de una mesa juegan al dominó y me dirijo a la cocina, donde el olor a chocolate caliente me hace rugir las tripas. A golosa no me gana nadie.

—¡Cómo huele, María Eugenia!

—Mejor sabrá. Siéntate, anda.

Mi amiga coloca dos tazones colmados de chocolate y un par de porciones de bizcocho casero.

—Hace un rato que me he metido entre pecho y espalda un estofado de ternera que no veas y ya estoy comiendo de nuevo.

—Viene el frío, hay que acumular grasa para aguantar el invierno de Yelo.

—Ayer me pesé, he engordado dos quilos.

Me lamento sintiéndome culpable, pero con la boca llena de bizcocho.

—Estás estupenda, Regina.

Asiento, convencida de que lo dice de verdad, aunque sus palabras no apaciguan esa voccecita dentro de mí que me taladra la cabeza cada vez que como, haciéndome sentir culpable. Cuando has sufrido un trastorno alimenticio, como es mi caso, es difícil dejar de escucharla. Fue al empezar bachillerato. Era moda llevar las camisetas cortas, enseñando el ombligo. Yo no estaba gorda en absoluto, sin embargo, tampoco tenía el cuerpo de mis amigas. Así que me escondía la comida, conseguí perder peso y las camisetas cortas me quedaban de fábula. Lo malo fue que me encontraba débil y continuamente mareada. Me di cuenta de que estaba cometiendo una estupidez y, cuando quise empezar a comer, no podía. El médico me tuvo que dar medicación y tuve que acudir a terapia dos veces por semana durante un año. Por supuesto, todo el pueblo fue consciente del problema.

—Regina, no —me advierte muy seria María Eugenia.

—Tranquila, ya no se llevan las camisetas tan cortas.

—¡Eres...!

María Eugenia me coge del cuello y yo empiezo a reírme y deslizarme de la silla. Me meo de la risa cada vez que me lo hace.

—¿Pero a qué estáis jugando? —nos pregunta Esteban, que desde el bar ha oído mis carcajadas.

—Nada, cariño, nada... ¡Uy, Regina, que son las cinco!

Abro el maletín, saco el ordenador y lo pongo en marcha. Un suspiro —similar a un ruego porque internet funcione— suena al unísono en la cocina.

—¡Uf, menos mal! —digo aplaudiendo, emocionada al ver que el icono de internet marca que hay cobertura.

—Te dejo para que trabajéis. Salúdala de mi parte. —María Eugenia me deja sola, entro en la plataforma Zoom y, en menos de un minuto, veo a mi amiga a través de la pantalla.

Sonrío mientras la miro: está entretenida mirando algo, pasa páginas y arruga el entrecejo —un gesto tan suyo—. Lleva el cabello ondulado y rubio como las plumas de un pollito, recogido en un moño hecho, seguramente, con un lápiz que en algún momento buscará con desespero. Sobre la nariz respingona reposan unas gafas de montura blanca que destacan con su piel morena. De pequeñas, a la semana de estar en el pueblo, la muy bruja ya estaba negra como un tizón, mientras que mi piel continuaba casi traslúcida. Al finalizar las vacaciones parecía haber estado en el Caribe y no en Yelo.

—¡Chica de ciudad! —la llamo a voz en grito.

—¡Qué susto, jodia! —Mi grito le ha hecho dar un repullo y rompimos a reír—. ¡Gini, qué ganas tenía de verte!

Su apelativo cariñoso me emociona, la echo muchísimo de menos.

—Lo mismo digo, amiga. Estás guapísima.

—Tú, que me ves con buenos ojos. Llevo un día de locos, empiezan los constipados y el centro médico está a petar. ¿Qué tal tú?

—Bien, ya sabes, con las clases de manualidades. Por cierto, María Eugenia te manda recuerdos.

—Dáselos también de mi parte. ¿Te acuerdas de la turca que pillamos las tres la última vez que fui?

—¡Como para no acordarme! Todavía no he sido capaz de volver a tomar tequila, me dan arcadas solo con olerlo.

—¡Y qué calor cuando me acosté, pensaba que iba a entrar en combustión!

—Es que además del calorcito del tequila era verano, y uno de los más calurosos de los últimos veinticinco años.

—Qué borrachera más mala...

—Qué resaca más horrorosa...

—Hay que repetirla, Gini.

—Si vienes algún día...

—No recuerdo ni por qué empezamos a beber —responde pasando por alto mi reproche totalmente cierto, hace tres años que no viene al pueblo. Desde entonces solo nos hemos visto en persona una vez; hace cosa de seis meses, pasamos un fin de semana juntas en Medinaceli y fue estupendo reencontrarnos.

—Félix. —Al escuchar el nombre de mi primo la sonrisa se borra de su rostro y una mueca de tristeza la sustituye.

—Ya...

—Ya...

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos a los ojos: ella pensando en qué sabe qué y yo en la ilusión que me habría hecho que la cosa entre mi primo y ella cuajara.

—Bueno, al lío.

—¡Eso, venga, que me tienes en ascuas! ¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme?

—No te lo vas a creer... —dice acercándose a la pantalla con los ojos chispeando de alegría— ¿Te acuerdas de Magdalena, la prima de mi madre?

—¿La solterona?

—La misma. Pues murió la semana pasada.

—Uy, lo siento.

—Bueno, sí, pobre... El caso es que yo no sabía que, además de ser propietaria del piso en el que vivía, lo era también de los bajos del edificio, donde tuvo la mercería cuarenta años. El piso se lo ha dejado a la hermana de mi madre y el local a ella.

Sonríe como si poseyera la panacea mientras asiente con la cabeza.

—No te sigo, Úrsula.

—¡Que mi madre me ha dado el local! ¡Es nuestro, Gini, nuestro!

—Espera, ¿nuestro para qué?

—Estás espesita hoy, ¿eh? ¡Pues para qué va a ser! Gini, siempre hemos soñado con abrir nuestro propio negocio y así crear libremente.

—Sí, lo sé.

—Pensaba que te haría más ilusión.

—Lo siento, me ha pillado de sopetón; es una gran noticia, es solo que...

—Es una gran oportunidad, Gini.

—Lo sé, Úrsula.

—Vamos a ver, amiga, solo hay que ponerlo en marcha; tu traslado a Madrid no tiene que ser inmediato. Hay muchas cosas por hacer, pero puedo ocuparme sola al principio y quizás puedas venir en verano.

—Si lo hacemos quiero estar contigo desde el principio. Es solo que siempre lo soñamos y no pensé en que un día se pudiera hacer realidad. Son muchas las cosas a las que tengo que renunciar.

—Te entiendo. Si no quieres trasladarte aquí podemos arreglarlo, quizás venir una vez al mes

o cada quince días, estamos a menos de dos horas de distancia.

—Sabes que siempre he querido irme a vivir a Madrid, pero ahora que se hace realidad me da vértigo.

—Oye, no tiene que ser inmediato. El local no se va a mover del sitio, podemos pensarlo e incluso posponerlo para cuando estés preparada. Tú piénsalo, coméntalo con tus abuelos y ya me dirás. No corre prisa, Gini.

—Muchas gracias por pensar en mí, de verdad.

—¿Y en quién iba a pensar? Desde niñas hemos fantaseado con vivir juntas y diseñar lo que nos diera la gana. Eres mi mejor amiga, mi hermana, mi persona, ¿recuerdas? No hay nadie mejor que tú para compartir un sueño.

En un capítulo de la serie Anatomía de Grey, Meredith Grey le dice a Cristina Yang que ella es su persona, y nosotras adoptamos esa frase que tan bien define nuestra amistad.

—Tú también eres mi persona, loca, y te quiero muchísimo, pero debo pensarlo. Si me embarco en esto es para hacerlo al cien por cien, vivirlo juntas y no a ciento setenta kilómetros de distancia. Dame un par de días, ¿vale?

—¡Por supuesto! De todas formas, hasta dentro de dos o tres semanas no podríamos disponer del local. Mi madre y mi tía deben acudir al notario para firmar la aceptación de herencia y un millón de papeles más.

—Genial.

Como internet hoy está generoso, nos da tiempo de mostrarnos los diseños que hemos hecho las últimas semanas y quedamos en hablar en unos días.

Cuando me despido de ella y cierro el ordenador, María Eugenia aparece por la puerta de la cocina y, por su cara, supongo que ve el miedo que se está empezando a fraguar dentro de mí.

—¿Te ha dado malas noticias?

—No, qué va, al contrario.

—Pues por tu cara nadie lo diría —dice dejando una pila de tazas en la encimera.

—Tenemos un local para abrir nuestro negocio. La madre de Úrsula lo ha heredado de una prima suya y nos lo cede.

—¡Pero eso es genial!

—Sí, lo es.

—¿Pero? ¿Qué te preocupa?

Esa es la cuestión: ¿qué me preocupa realmente? ¿Trasladarme a Madrid, que es mi sueño desde niña para estar con Úrsula? ¿Montar el negocio con el que hemos fantaseado desde los dieciocho? ¿Dar vida a los cientos de dibujos que tengo metidos en carpetas? Ni yo misma lo sé.

La miro con ojos llorosos y me encojo de hombros sin ser capaz de darle una respuesta lógica.

—Tranquila, Regina. —Se sienta a mi lado y coge mis manos entre las suyas, grandes y curtidas de trabajar—. Es normal que te entre el canguelo, va a ser un cambio importante, pero es un futuro maravilloso el que se abre ante ti; no debes temer nada, cariño.

—Tengo miedo.

—Lo desconocido siempre asusta, ¿a mí me lo vas a decir? Pero no dejes que eso te detenga o te arrepentirás toda la vida. Sé que piensas que marchándote abandonas a tus abuelos y al resto del pueblo, pero no es así.

—Un poco sí lo es.

—Otros nos ocuparemos de ellos, no debes preocuparte. Seguirán teniendo su pan, sus medicamentos y lo que precisen.

—Lo sé. ¿Y las clases de manualidades?

—Seguiré con ellas, yo también soy buena, ¿sabes?

—Por supuesto, no tengo ninguna duda.

—Regina, no busques excusas y ábrele los brazos al futuro. Es el momento de demostrarle al mundo lo mucho que vales.

—Me asusta el cambio. Dejar a mis abuelos, el pueblo, a ti...

—¡No seas tonta! Iré a verte a Madrid, será la excusa perfecta para tomarme días libres durante la semana. Estoy muy contenta por ti, has trabajado mucho y te lo mereces.

—Muchas gracias por tus palabras, son importantes para mí. —Sellamos la despedida con un abrazo de los de verdad, de los que te calientan el corazón.

Fuera el frío ya se hace notar. El relente te cala hasta los huesos. Los pocos coches que hay en el pueblo presentan ya un manto de humedad que en pocas horas se convertirá en una fina capa de hielo. Algunas chimeneas ya humean, el olor a leña hace hogar, los vecinos se reúnen alrededor de un fuego y se hacen compañía, al igual que en verano cuando sacan sus sillas a la calle y comparten vivencias e historias. Porque Yelo es así, un pueblo en el que la gente se quiere, ayuda y protege.

Las calles son de piedra, al igual que las fachadas de las casas antiguas —muchas ya en ruinas — de ventanas pequeñas para protegerlas el máximo posible del frío. Un lugar que llegó a albergar a casi quinientas personas se apaga poco a poco. El olvido derriba las casas deshabitadas porque los descendientes de aquellos moradores han olvidado sus raíces. Ese es el futuro que le espera a Yelo, formar parte de la España vaciada; sin niños jugando en sus calles ni parejas jóvenes formando los cimientos de una vida, está condenado a desaparecer.

Camino con lágrimas en los ojos hasta la casa de mis abuelos como si lo hiciera por última vez, siento añoranza y todavía no me he marchado. El pueblo ha calado en mí, se me ha metido en las venas y en el corazón, por lo que me ha dado, por lo mucho que me han protegido sus gentes y por cómo, con siete años, me hicieron sentir una yelana más. Y ahora estoy planeando abandonarlos.

La casa está caliente por la calefacción y la cocina, caldeada por las horas que lleva haciendo mermelada de las últimas moras que recogió en agosto y congeló. El olor a azúcar lo inunda todo.

—Hola, cariño. ¿Cómo está mi niña? —dice sonriente, refiriéndose a Úrsula.

—Está bien y te manda besos.

—¿No te ha dicho si vendrá pronto?

Le niego con la cabeza mientras me quito el abrigo. Su ceño fruncido indica que intuye que algo me ocurre, y no dejará de indagar hasta que lo averigüe.

—Y bien, ¿qué era lo que tenía que contarte?

—Me ha hecho una propuesta de trabajo.

Sorprendida, suelta el bote de cristal que secaba tras sacarlo del baño María y me insta a sentarme con ella en la mesa.

—Cuenta, cuenta...

—Ha conseguido un local y quiere que montemos allí nuestro negocio.

—Pero ¡eso es estupendo, cariño!

—Tendría que trasladarme a Madrid.

—Hombre, ya lo supongo, no creo que Gaspar, el de los piensos, le haya dejado el granero.

—Muy graciosa, abuela.

—Llámame loca, pero a mí me parece una noticia estupenda. No entiendo esa cara de acelga que tienes. Desde pequeñas soñáis con montar un negocio y vivir juntas en Madrid.

—Ya, pero ahora que ha llegado el momento me asusta.

—¡Venga, ya, Regina!

—Abuela, es un gran cambio.

—Hija, Madrid está a dos horas de coche. ¡Por amor de Dios, no te vas a Australia!

—Lo sé.

—Vamos a ver, mi niña, te has esforzado mucho para graduarte en la carrera que querías, te dejas los ojos creando diseños hasta las tantas de la madrugada que luego terminan en una carpeta; es hora de cambiar eso. Úrsula y tú podéis hacer grandes cosas juntas. No todo el mundo tiene la oportunidad de ver cumplido su sueño. No te achantes, cariño, tienes que avanzar.

—Tienes razón, y me hace ilusión, pero dejaros solos...

—Tu abuelo y yo vamos a estar perfectamente. Nuestra vida está aquí, pero no quiero que la tuya lo esté. Tienes que volar, conocer gente, trabajar en lo que te gusta y vivir como una mujer de veintitrés años. El pueblo y nosotros estaremos aquí siempre para ti.

—Gracias, abuela.

—Le habrás dicho a Úrsula que aceptas, ¿no?

—Le he dicho que lo pensaría.

—¿Y? —Su espléndida sonrisa, sus ojos chispeantes de alegría y sus manos calientes envolviendo las mías disipan todas mis dudas.

—Tienes razón, voy a hacerlo.

—¡Claro que sí! ¡Sergio, ven, que la niña tiene algo que contarte!

Juntas le explicamos a mi abuelo la propuesta de Úrsula y la recibe con entusiasmo. Me contagio de su felicidad y cuando me meto en la cama estoy segura de que no pegaré ojo; estoy deseando que llegue mañana para llamar a mi futura socia y darle la buena noticia.

Capítulo 4

ALEJO

(Madrid)

—Es una oportunidad fantástica, hijo, me alegro por vosotros.

—Gracias, mamá. El problema son las horas que voy a tener que dedicarle.

—Muchas, lo sé, pero para eso estoy yo, para ayudarte en todo lo que precisés.

Al nacer mi hijo ella solicitó una reducción de jornada en el hospital y, por todos los años que lleva trabajando allí, le mantienen siempre el mismo turno: de ocho de la mañana a tres de la tarde. Aunque, si ha tenido que cambiarlo en alguna ocasión, nunca le han puesto impedimento alguno.

—Tendré que dejarte a Nacho más a menudo.

—Alejo, fui madre soltera y te entiendo. Pero, a diferencia de mí, tú me tienes dispuesta y encantada de cuidar a mi nieto. Adoro a Nacho y me encanta estar con él. Es duro criar a un hijo solo, pero tú no saliste tan mal. ¿Tienes algún trauma por el tiempo que estuviste sin mí?

Sonrío al recordar las horas que pasaba en la ludoteca del hospital esperándola y cuando dormía en una de las habitaciones destinadas al personal si tenía turno de noche y no había encontrado niñera para mí.

—Para nada, mamá, me encantaba verte con la bata blanca y que tus compañeros me dieran golosinas, me lo pasaba pipa. De hecho, siempre tenía la esperanza de que no pudieras dejarme con nadie para poder ir contigo al hospital.

—Pues ya está, no padezcas, los niños se amoldan a todo. Nacho estará bien.

—Lo sé, gracias.

—Además, a la hora que te marchas de noche, el niño ni se entera y cuando regresas todavía duerme. Ni comparación con mis horarios de enfermera.

—Tienes razón.

—Lo que me hace sufrir es lo poco que vas a descansar, hijo.

—No te preocupes: «Sarna con gusto no pica». Los sábados por la mañana y los domingos los tendré libres. Con los chicos hemos pensado en reunirnos tres días a la semana, de seis a ocho, para ensayar el número de los sábados y empezar a perfilar otro espectáculo que a Clara se le ha ocurrido para los bolos que nos vayan saliendo. Hay que pensar en innovar para cuando se acabe el contrato en la discoteca Crazy.

—Por supuesto, después de esto no vais a parar, os conocerá todo Madrid, ¡seréis famosos!

—Bueno, tampoco hay que exagerar.

—Ya lo verás, hijo. Estoy muy orgullosa de ti.

Cuando era pequeño, cada mañana antes de ir al colegio, mi madre me decía: «Eres fuerte, eres listo, eres bueno, y estoy muy orgullosa de ti». Sé que se sentía culpable por el hecho de no tener padre, como si las burlas y las collejas que me llevaba por ser hijo de madre soltera hubieran sido culpa suya. Había compañeros con padres separados o con padres fallecidos, pero yo era el único al que cuando le preguntaban dónde estaba su padre respondía que no tenía, sin más.

Mi madre empezó a trabajar en el hospital en cuanto terminó la carrera de enfermería. Cuando contaba con veintiún años un grupo de atletas —jugadores de baloncesto de un equipo inglés que estaba de intercambio en Madrid— sufrió una intoxicación alimentaria y mi padre estaba entre ellos. Ella siempre me ha contado que él era el más simpático y guapo, con unos preciosos ojos grises que la enamoraron nada más verlo, y una altura de metro noventa y dos. Ambas cosas que heredé. El romance entre ellos duró el tiempo que el equipo estuvo en la ciudad, tres meses, durante los que, según me explica sin tapujos, no pudieron quitarse las manos de encima. Cuando mi padre se marchó lo hizo para siempre. Ambos sabían que aquello no tenía futuro y se despidieron sabiendo que no volverían a verse nunca más. Al cabo de un mes supo que estaba embarazada. Hace treinta años internet no existía, ella no sabía ni siquiera sus apellidos ni de qué ciudad exactamente provenía, e hizo lo único que podía hacer: criarme sola.

Trabajó duro para darme una buena vida, aunque la sociedad de entonces no se lo pusiera nada fácil. Por fortuna, el director del hospital era un buen hombre y tanto él como su familia la ayudaron muchísimo y la animaron a hacer un máster en enfermería de quirófano que le proporcionó mejoras económicas y horarios que le permitieron pasar más tiempo conmigo.

Nunca he tenido la necesidad de averiguar la identidad de mi padre, ni siquiera en los peores momentos de mi vida. Creo en el destino y el mío era no criarme con él, al igual que mi hijo lo hará sin su madre. Abrazo la vida tal y como se presenta, no espero nada, de ese modo no te llevas sorpresas.

Las semanas transcurren frenéticas. El día del estreno se acerca, en solo una semana estaremos debutando en la discoteca Crazy.

Desde que formamos el grupo ensayamos las coreografías en el estudio de baile de Clara, coreos que ella misma nos diseña. Es un lugar perfecto, está en la zona de Madrid donde vivo y es lo suficientemente amplio, y alto, para que podamos hacerlo con comodidad.

Nuestra profe de baile se tomó la molestia de ir a la discoteca para medir el escenario y lo ha marcado en el suelo con cinta adhesiva, es tan perfeccionista que a veces desquicia.

Clara baja la intensidad de las luces y las notas de *Go Up*, de Gizzle, señalan el comienzo del número. La sexi letra de la canción nos indica el momento de la aparición de cada uno.

—¡Vamos, chicos, a luciros!

You know I'm coming back if you move it like that

1. Make you melt like the sun

2. I can make it all about you

3. You should make it all about me

4. Yea I think I like that more.

El primero en salir es Mario, el segundo Axel, el tercero Juan y el cuarto yo.

Los cuatro, en perfecta sintonía, nos colocamos en la primera marca, la que nos indica desde donde debemos empezar la actuación. Tras esta canción, irán: *Wake Me Up*, de Avicii; *Don't Start Now*, de Dua Lipa y para concluir *Feel It Still*, de The Camanas. Todos los temas han sido remasterizados para adaptarlos a la actuación por Irene, la hija de Clara.

Tras una hora y media, nuestra profesora lo da por bueno y agotados pero satisfechos nos dejamos caer en el suelo cuan largos somos.

—¡Bravo, chicos, ha sido la leche! —Aplaudiv Irene, enloquecida—. Debo ajustar un poco la música: Axel debe entrar un segundo antes y Alejo un par de segundos después, pero el baile ha sido perfecto. ¡Joder, me habéis puesto cachonda y eso que no me molan los tíos!

—Ha estado genial, lo habéis bordado —apunta Clara, más comedida que su hija—. Perfilaremos un poco más mañana cuando hagamos el ensayo con los bailarines.

En el número de baile nos acompañan seis increíbles alumnos de la academia, que bailan estupendamente y que se unen a nosotros en esta aventura para ampliar su formación y ganarse unas perras.

—Estoy muy satisfecha con el resultado.

—Gracias, chicas. Sois un público de lo más agradecido —digo al tiempo que cojo aire profundamente.

—La sastra os vestirá para el ensayo general, estará en el local a las cinco. Hará los ajustes necesarios y me ha asegurado que el viernes por la noche estará a punto. Entonces haremos la última prueba con vestuario incluido y rezaremos porque todo esté correcto.

—Va a ser un poco justo, ¿no crees?

—Lo será, pero no hay otra; tiene muchísimo trabajo, ya sabéis...

—Joder, ese va a ser otro problema.

—Axel, cuando llegue el momento nos preocuparemos por eso. Con el vestuario de este número más lo que ya tenemos hay suficiente para tirar una temporada. ¡Arriba, chicos, mañana será otro día!

Al llegar a casa encuentro a mi madre viendo la tele con el pijama puesto, que viva en el piso de abajo es muy práctico para todos.

—Hola, mamá. ¿Qué estás viendo?

—*Pretty Woman*.

—¿Otra vez? —le digo sonriendo; si no la ha visto cincuenta veces, no lo ha hecho ninguna.

—Richard Gere me pone mucho, hijo.

—Ya te vale... ¿Qué tal ha ido la tarde?

—Todo perfecto. Nacho ha cenado brócoli y una rodaja de salmón. Todavía no me puedo creer que sea la comida preferida de un niño de cinco años. De postre se ha comido un trozo de melocotón en almíbar.

—Los niños están abiertos a cualquier sabor, solo tienes que ofrecérselo, algo que muchos padres no hacen.

—Porque ellos son los primeros que no se lo comen. Tienes tu ración en el microondas. Cena y descansa, tienes cara de cansado.

Me agacho para estar a su alcance y pueda darme un abrazo, y nos despedimos hasta el día siguiente.

Capítulo 5

REGINA

(Yelo - Madrid)

Miro por la ventanilla del coche, con gran pesar, mientras abandonamos Yelo. Mi primo Félix conduce en silencio, conoce bien mis sentimientos.

Cuando le dije a Úrsula que aceptaba su propuesta se puso loca de contenta y, a medida que me fue ampliando la idea, también mi alegría fue en aumento.

El local donde vamos a montar el taller es una antigua mercería, tiene unos ochenta metros cuadrados que comprenden una pequeña zona donde la difunta vendía la mercancía que consta con estanterías, un mostrador y un pequeño escaparate, más una trastienda que utilizaba para impartir clases de costura. Tiene también un baño con ducha, reformado hace pocos años; una gigantesca mesa de trabajo y dos máquinas de coser industriales, que la antigua propietaria no pudo vender cuando cerró la tienda, y que nos van a venir de maravilla. Según me dijo Úrsula, el local estaba en penosas condiciones en cuanto a limpieza, pero con la ayuda de sus padres lo limpiaron y hasta le han dado una mano de pintura. Y el dato más relevante: Marisa no nos va a cobrar alquiler.

Cuando anoche hacía la maleta lo primero que metí fueron las tres carpetas llenitas de diseños y mis bártulos de dibujo mientras mi abuela insistía en que no me quedaría espacio suficiente para la ropa.

—Regina, no puedes ir vestida por Madrid con tejanos y una de esas viejas y cochambrosas camisas de franela.

—Abuela, por favor, voy a trabajar, no a lucirme. Además, no es que tenga mucho más.

—No digas tonterías, mira... —Metió la mano en el fondo del armario y sacó un amasijo de ropa—. ¿Ves? Este vestido te queda de maravilla, es un poco largo para mi gusto, pero es bonito. Y estos jerséis de cuello alto son chulísimos.

—Pican.

—Que pican, dice... Y estos pantalones son más formales que esos roñosos tejanos rotos. Una diseñadora no puede ir vestida como una mendiga.

—La ropa que diseño no es *prêt a porter*, precisamente.

Cansada de tanta negatividad por mi parte, se puso toda tiesa, colocó las manos en la cintura y me miró con la boca apretada.

—Regina...

—¡Vaaale! Ponemos uno de los jerséis y el vestido. —Acabé cediendo.

—¡Pero no es suficiente! No puedes...

—Abuela, te prometo que me compraré ropa nueva. En cuanto tengamos la tienda montada, renovaré mi vestuario,

Me observó unos segundos con los ojos entrecerrados, no demasiado convencida de que cumpliera mi promesa.

—Lo comprobaré cuando vayamos a la inauguración.

—¡Qué ilusión me hace que vengáis!

—¡Pues claro, no podemos faltar! Eso sí, búscanos un hotelito, que no queremos molestar a nadie.

—No sé si los padres de Úrsula lo permitirán.

—Por eso nos vas a reservar una habitación, para que no haya discusión. Vamos a cerrar la maleta, que tu primo está a punto de llegar. Por cierto, a tu lista de la compra, además de ropa, añade maquillaje, no puedes ir con la cara lavada; y lencería, que algunos sostenes han perdido los aros por esa manía tuya de meterlos en la lavadora; y los tangas...

—¡Abuela, ya! Eres de lo que no hay...

—¿Tienes el billete? —La voz de mi primo me devuelve a la realidad, sonriendo todavía por el recuerdo de mi abuela.

—Sí, lo compré por internet.

—Pues tenemos media hora para tomarnos un café, si te apetece.

—Me parece genial.

—¿Cómo llevas los nervios? —me pregunta Félix, sentados en una de las mesas de la pequeña estación.

—A tope.

—Te irá bien, prima, ya lo verás. Y no sufras por tus abuelos, los visitaré cada día.

—Me quedo más tranquila, con el invierno llegarán las nevadas.

—Descuida, yo me haré cargo de los recados que precisen para que no tengan que desplazarse.

Félix no es un hombre de muchas palabras, pero siempre he podido contar con él, es muy familiar y todo el mundo lo quiere y respeta. Pero ese carácter introvertido que siempre tuvo se agrió un poco más a raíz de romper definitivamente con Úrsula; se volvió más solitario y a menudo se le veía con el ceño fruncido sumido en sus pensamientos. Como en aquel momento.

—¿Qué te pasa, Félix? —Poniendo mi mano sobre la suya, observo la tristeza que hay en sus ojos tan azules como los míos, herencia de nuestros abuelos. Le ha crecido mucho el pelo, el flequillo le cae sobre la frente haciéndolo parecer más joven. Es un hombre muy guapo, de ojos grandes, boca bonita, alto y fuerte, y con una voz dulce pero profunda. Nunca le he conocido novia alguna, ni ningún rollo, ni antes ni después de lo suyo con Úrsula.

—Nada, todo está bien.

—No disimules conmigo, siempre hemos compartido nuestras penas, ¿qué te tiene así?

—Te voy a echar de menos, eres mi prima favorita. —Me guiña un ojo y sonreímos, soy la única prima que tiene—. Pero estoy contento por ti, me alegra que vayas a ver cumplido tu sueño.

—Podrías venir a la inauguración de la tienda. —Como su respuesta no me ha convencido, voy a intentar tirarle un poco de la lengua.

—No creo que pueda. —Me imaginaba que esa iba a ser su contestación.

—Hace tres años que no os veis, Félix.

—Si la veo me volveré loco, Regina.

—¿La sigues queriendo?

—Tengo asumido que no podemos estar juntos, ya que así lo decidió ella basándose en unos motivos que nunca me dio —su desolación me parte el corazón—. Supongo que aspiraba a más que vivir en una aldea con un hombre que la mayoría de las veces lleva los zapatos llenos de mierda de vaca y la ropa impregnada de olor a oveja. Pero la sigo queriendo, eso no cambiará nunca.

—Lo siento mucho, Félix.

Es muy duro ver a mi primo tan triste por culpa de mi mejor amiga y, pese a que quiero a Úrsula con locura, no puedo perdonarle lo que le hizo. Es un tema del que nunca hablamos, está vetado entre nosotras. Por supuesto, le pedí explicaciones, le pregunté la razón por la que había dejado de llamar a Félix y de cogerle el teléfono; su respuesta fue que era algo que no iba a contarme ni a mí ni a nadie y que, si quería que siguiéramos siendo amigas, debía prometerle que jamás volvería a sacar de nuevo el tema. Me enfadé muchísimo con ella, no entendía su hermetismo cuando siempre nos lo habíamos contado todo. Pero decidí cumplir con la promesa, aunque me hiervan dentro las ganas de hacerlo y, de paso, saber por qué rompió también el contacto conmigo durante tres meses.

—Regina, si las cosas no salieran como esperas, no dudes en volver; el pueblo siempre será tu hogar, el lugar que te ha visto crecer y donde nadie te hará preguntas ni te juzgará.

—Lo sé.

—Y llámame para cualquier cosa que necesites, ¿vale?

—Muchas gracias, Félix.

Una voz distorsionada anuncia, a través del altavoz colgado de la pared, que el tren a Madrid está a punto de salir.

Me despido de mi primo con un fuerte abrazo y subo sin mirar atrás; triste, pero con el estómago lleno de mariposas; nostálgica, pero ansiosa por lo que el futuro me depara.

Cuando salgo de la estación de Atocha, un vehículo llama mi atención haciendo sonar el claxon. Úrsula está detenida con su Mini 500 rojo pasión detrás de un taxi cuyo propietario, apoyado en el coche, la mira como si quisiera matarla, pero basta una sonrisa de mi amiga para hacer que el hombre a punto esté de babear.

—¡Chochoooo! —Dejando la puerta del coche abierta, se lanza a mis brazos y me aúpa del suelo como si fuera una muñeca: ella mide metro setenta y yo apenas llego al metro cincuenta y ocho—. ¡Qué alegría, Gini!

—¡Hola, loca! ¡Bájame, anda!

Sin darme tiempo a hacerlo yo, el torbellino de mi amiga se hace con la maleta para introducirla en el maletero del Mini, o Tomatito, como ella lo llama.

Cuando pone el coche en marcha le lanza un beso al taxista que sonrío bobalicón.

—Eres de lo que no hay, con una sonrisa le acabas de alegrar el día al hombre.

—Es que estaba en la zona de taxis, solo me he mostrado agradecida.

Mientras conduce, gesticula y sonrío saltando de un tema a otro; es Úrsula en estado puro, siempre ha sido así.

—Te has cortado el pelo, no me di cuenta el otro día. —Su melena rizada luce ahora por encima de los hombros, con más volumen.

—Me lo he cortado esta semana. Necesitaba un cambio de *look*.

Sus palabras hacen saltar en mí todas las alarmas.

—¡No fastidies! ¿Lo has dejado con Iván? —Es su *modus operandi* cuando rompe con un chico. Cuando dejó a Félix se rapó al uno la cabeza entera.

—Era un gilipollas, pues no le digo, toda ilusionada, que por fin íbamos a montar el negocio y me dice que si es muy arriesgado, que si qué necesidad tengo de meterme en eso teniendo un trabajo estable, que si el PBI, que si la inflación... ¡Anda y que le den al muy cenizo!

—Llevabas con él diez meses o así, ¿no?

—Nueve, suficiente. En la cama el tío era un portento, pero el sexo no lo es todo.

—Si tú lo dices...

Ella es la entendida sobre temas de cama, mi corta experiencia no tiene ni punto de comparación con la suya.

Tuve mi primer novio con dieciséis años. Raúl era el sobrino de una mujer del pueblo y nuestro romance duró un verano, después no volví a verlo nunca más. Luego tuve una relación a distancia con un chico que conocí en internet. Mientras nuestra relación transcurrió *online* funcionó bien, pero, cuando Toni y yo quedamos, nos acostamos y hablamos (en ese orden) sobre nuestras perspectivas de futuro; me quedó claro que no íbamos a llegar a ningún lado; ni él volvió a hablarme ni yo tampoco. Y ya está, me he acostado con dos chicos y con ninguno se me pusieron los ojos en blanco o se me arrugaron los dedos de los pies; con Raúl por inexperiencia y con Toni porque era un narcisista de cuidado, que solo se preocupó de quedar él bien satisfecho, algo que consiguió en medio minuto.

—Ahora vamos a casa de mis padres, se mueren por verte. Comemos con mi madre, le echamos un vistazo al local y después para el piso. ¿Te parece?

—¡Claro, yo encantada!

—He arreglado un poco tu habitación, pero puedes ponerla a tu gusto. A partir de ahora será tu casa tanto como la mía. ¡Todo está en marcha!

Comparto absolutamente la alegría de Úrsula, no es para menos, ¡nuestro sueño empieza hoy!

Capítulo 6

ALEJO

(Madrid)

—He hablado con Charley, el dueño de Crazy —nos informa Clara—. Para el ensayo general del viernes nos deja la discoteca enterita para nosotros hasta las diez de la noche.

—¡Estupendo! Clara, eres la leche—apunta Axel, cogiéndola en volandas.

—¡Bájame, energúmeno! Os quiero allí a las siete. ¿Conforme?

—¡Sí, jefa! —gritamos al unísono todos los presentes, haciendo reír con ganas a nuestra coreógrafa.

—Pero nos vemos mañana, recordadlo. Quiero que descanséis estos días, nada de juergas. —Su mirada, amenazadora, se clava en Mario y Axel—. ¿Entendido?

—Si no hay más remedio, seremos buenos —acepta Mario con sorna.

A la que ponemos un pie fuera de la academia, Axel ya la está liando.

—¿Qué os parece si vamos al Dakota a picar algo? Es hora de cenar.

—Por mí, bien —se apunta Mario al instante—. ¿Qué decís vosotros, abueletes?

Juan y yo nos miramos y asentimos.

—Vale, pero solo un rato.

Nos encanta el bar Dakota, no es un lugar especialmente moderno, ni ofrece una carta demasiado extensa ni sofisticada, pero hacen los mejores bocadillos calientes de Madrid. Nos decantamos por la «zapatilla» de lacón y queso de tetilla remojada con unas jarras de cerveza.

—Este bocadillo está para ponerle un piso —opina Juan con la boca llena.

—¿Os traigo otra ronda de cervezas?

La voz de Carla a mi espalda me paraliza y, sabiendo el cachondeo que llevan mis amigos con el tema, les echo una mirada amenazadora que les borra las sonrisas idiotas de sopetón.

—Trae otra, por favor—le pide Juan.

—Axel, Mario, os voy a decir una cosa, a ver si de una puñetera vez os queda claro: no quiero nada con Carla ni con nadie, y, si vais a comportaros como dos idiotas siempre que vengamos, conmigo no volváis a contar. Me tenéis hartos.

—Perdona, era solo un juego. Para nada queríamos ofenderte.

—Pensábamos que con un empujoncito te quitarías el hábito.

—No necesito ayuda para ligar, y menos vuestra. No creo que sea tan difícil de entender que

el poco tiempo libre que tengo es para dedicárselo a mi hijo, no voy a perder ni un segundo en nada más.

—Lo entendemos, Alejo, pero es que hace cinco años que no estás con nadie, no sé cómo lo soportas.

—Pues lo llevo de maravilla, el celibato no está tan mal. Chicos, de verdad, me gusta mi rutina, no quiero obstáculos y las relaciones al final acaban complicándote la vida.

Mario y Axel asienten serios, parece que finalmente lo han entendido.

Juan levanta la cabeza y sonríe a Carla, que deja las cuatro cervezas sobre la mesa. A partir de ese instante, la cena transcurre con normalidad, sin más insinuaciones incómodas ni comentarios pueriles.

El ensayo resulta según lo esperado. El espectáculo sale soberbio.

—A ver, chicos —nos llama la atención Clara mientras los cuatro respiramos agitadamente después de haber repetido el número dos veces—, el escenario es muy grande, no temáis moveros por él como lo habéis hecho hoy; hacedlo con total seguridad y soltura. Estoy muy contenta, vais a brillar; la gente se va a volver loca con vosotros.

—Mamá, voy a hablar con el electricista; necesitamos dos focos más allí y otro en aquella esquina; en un momento de la actuación, Axel le hace sombra a Mario.

—¡Uy, pues solúcionalo rápido, Irene, que no quiero que nadie me eclipse!

—Tened. —Clara nos da unas toallas para secarnos el sudor y una botella de agua a cada uno, que nos bebemos casi de un tirón mientras la escuchamos—. Mañana es superimportante que seáis puntuales, os quiero aquí a las siete; la modista no quiere retrasos. Traerá a cuatro de sus empleados para que os ayuden a vestiros.

—¿Y Selma?

Selma es la maquilladora que colabora con nosotros, una muchacha de diecinueve años que necesitaba trabajo tras acabar el curso de maquillaje y nosotros a alguien que no nos cobrara un riñón, pues todos los gastos de los espectáculos los financiamos entre los cuatro. Selma accedió y desde entonces forma parte del equipo.

—También vendrá mañana, quiere asegurarse que el maquillaje casa a la perfección con el vestuario. Os vestiréis, ensayaremos y se corregirá cualquier cosa que sea necesaria, tanto de vestuario como de maquillaje. Absolutamente todo debe quedar cerrado mañana. —Clara se acerca más a nosotros y baja el tono de voz—. Tendréis que vestiros en el pasillo, será un caos, lo sé, pero os pido paciencia, ¿ok?

Todos los presentes asentimos, en peores lugares nos hemos vestido.

—Muchachos, habéis estado colosales. —Nos felicita, sonriente y visiblemente complacido, el dueño del Crazy.

Charley es un hombre de unos sesenta años, alto y bien parecido; un empresario de la noche que lleva toda la vida dedicada al ocio nocturno. Hoy no ha querido perderse el ensayo, se ha mantenido al margen sin intervenir en ningún momento hasta que hemos terminado.

—Me sabe fatal que el único camerino que hay no os sirva.

Camerino, por decir algo; yo lo llamaría más bien cuarto de las escobas, por sus reducidas dimensiones; el cuchitril es incapaz de albergarnos a los cuatro más a todo el equipo que

precisamos para la actuación.

—Por eso he pensado en algo. —Sus palabras captan toda nuestra atención—. He alquilado un autobús para que os traigan hasta aquí desde el lugar donde os vistáis.

—¡Eso es estupendo! —exclama Clara emocionada.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Quiero que hagáis una entrada estelar, a la altura de las estrellas de Hollywood. El autocar os dejará en la puerta lateral, justo al lado de donde está el acceso para los clientes; de esta manera, los que esperan os verán y los que pasen por la calle también. Creo que será un reclamo de la leche. Por supuesto, apostaré a algunos de mis chicos en la calle para que nadie os moleste.

Miramos a Clara sonriendo, buscando su aprobación, y ella nos asiente complacida por la idea de Charley; es innegable que el hombre tiene visión de negocio.

—Decidme, chicos, Wicked Angels, Ángeles perversos, es un nombre genial, os define a la perfección. ¿De quién fue la idea?

—De Clara —respondo mirando a la aludida, que se ha ruborizado hasta la raíz del pelo.

—Y el nombre de cada uno ¿cómo lo escogisteis? —continúa Charley.

—Bueno, yo tuve claro que quería ser Deseo. *Desire*, me va al pelo —le explica Mario, siendo el centro de atención, algo que le encanta—. Axel quiso llamarse Pasión, *Passion*.

—¡Eso soy yo, pura pasión!

—Quedaba Amor y Lujuria. Juan, nuestro romántico empedernido, eligió *Love*; así que el grandullón, Alejo, se quedó con *Lust*.

—¡Ja, ja, ja! Sois geniales, de verdad. Ahora os dejo. Mañana nos vemos, no pienso perderme el ensayo general.

Decir que estamos emocionados es quedarse corto, y que estamos nerviosos ni se asemeja a la realidad.

Como la adrenalina me va a hacer votar en la cama, llamo a mi madre para preguntarle por Nacho, por lo visto la excursión al zoo lo ha dejado hecho polvo y ya duerme, así que decido ir al gimnasio a ver si me canso lo suficiente como para, cuando llegue a la cama, caer rendido y dormir como un lirón.

Capítulo 7

REGINA

(Madrid)

Marisa es una cocinera estupenda, no puedo casi moverme después de haberme zampado un plato de puré de calabacín y dos raciones de lasaña casera.

—Mamá, hoy te has superado —la alaba Úrsula.

—Pues la verdad es que sí, el puré estaba de rechupete. ¿Has comido bien, Regina?

—Mucho.

—¿Tres cortaditos?

—Sí, hija, gracias. —Marisa acerca su silla a la mía para poder acariciarme la cara, un gesto maternal que siempre hace y que me reconforta—. Cuéntame, cariño, ¿qué te dijeron tus abuelos cuando les contaste lo que Úrsula y tú estabais planeando?

—Me animaron a hacerlo. Mi abuela me dijo que ya era hora que los dibujos de las carpetas vieran la luz.

—Lo sabía, sabía que te animarían a venir a Madrid. Mañana la llamaré.

—Quería agradecerte lo del local, que lo hayáis pintado y, por supuesto, que no nos cobres alquiler. Más adelante, quizás podríamos...

—De eso nada, no habrá alquiler que valga, y no se hable más. ¿Has hablado con Úrsula sobre...?

—No, mamá, no he hablado todavía con ella.

Mi amiga deja una bandeja con los cafés sobre la mesa y mira nerviosa a su madre.

—¿Qué ocurre?

—¡Díselo, hija, por Dios, que no es nada malo!

—Gini, verás, mis padres han decidido echarnos una mano para amueblar el local y las primeras compras de telas y demás material que necesitamos para empezar.

—¿¡Cómo!? De eso nada. Úrsula, quedamos en que cada una invertiría lo que pudiera y que poco a poco iríamos arreglando el local. Tenemos las dos máquinas de coser, solo necesitamos unas cuantas piezas de telas para confeccionar los dos trajes que vamos a colocar en el escaparate como reclamo.

—Pero, Regina...

—Chicas, tranquilidad —interviene Marisa, que hasta el momento se ha mantenido en silencio

—. Regina, es para echaros una mano al principio, a nosotros no nos supone un esfuerzo y para vosotras va a ser una gran ayuda. En cuanto podáis nos lo devolvéis, es solo un préstamo, para que empecéis con desahogo.

—Pero es que me parece un abuso, que lo hagáis por Úrsula es normal, pero por mí...

—No digas tonterías, Regina, somos familia; tu madre y yo éramos como hermanas. Todavía la echo de menos, creo que siempre lo haré y, por el cariño que me unía a ella, siempre voy a cuidar de ti.

Me emocionan las palabras de Marisa e, imitándola, no puedo evitar romper a llorar también.

Conozco bien lo fuerte y sólido que era el sentimiento que las unía. Juntas abandonaron Yelo y se instalaron en un pequeño piso que alquilaron en el barrio de Lavapiés, estudiaron Empresariales, trabajaron en la misma empresa, se casaron el mismo año y Úrsula y yo nos llevamos solo tres meses. Sé que me quieren, estoy segura porque yo siento lo mismo por esta familia, que me ha tratado siempre como a una hija.

—Muchas gracias, Marisa.

Nos fundimos en un abrazo al que se une Úrsula, justo cuando Carlos entra en la cocina.

—Reunión de pastores, ovejas muertas. ¿Qué pasa aquí?

—Hola, mi amor.

—Hola, papá.

—¡Carlos!

Abandono los brazos de Marisa para lanzarme a los de Carlos, que me reciben con cariño.

—Regina, hija, ¡qué alegría verte! Déjame mirarte... Estás muy guapa.

—Gracias.

—Cariño, esta tarde tendrías que pasarte por la tienda de las niñas para tomar medidas y ver los muebles que quieren poner.

—Eso está hecho. Si os parece, como mientras os tomáis el café y después vamos para allí.

Carlos es propietario de una fábrica de muebles modulares que vende en grandes superficies y en una tienda que regenta Marisa.

Cuando entro en el local estoy tan emocionada que lo hago con lágrimas en los ojos; es tan amplio, tan bonito que me parece increíble.

Con la ayuda de Carlos decidimos dónde colocar las estanterías, cuántas y el color de la madera, optamos por una clara, de haya. Cuando el padre de Úrsula se marcha nos desplazamos a las afueras de la ciudad, a un polígono industrial donde hay una nave en la que venden telas al por mayor. Compramos varias piezas de satén, fieltro, encaje, tafetán y tul de diversos colores, las necesarias para coser los dos diseños que hemos elegido cada una para poner en el escaparate, a modo de reclamo, y complementos para adornarlos. Son dos trajes preciosos, muy llamativos, que la gente se va a parar a mirar sí o sí.

Bien entrada la tarde llegamos, al fin, al piso que a partir de ahora vamos a compartir. Aunque no había estado antes, pues hace solo medio año que vive en él, lo conozco a la perfección. Es pequeño, pero con mucho encanto. El sol entra a raudales por sus amplios ventanales, es todo exterior. Tiene dos habitaciones tipo *suite* —es lo mejor de todo, compartir baño con Úrsula haría peligrar nuestra amistad—, una zona de lavado con lavadora y secadora, y una cocina. El piso era de los padres de Carlos y cuando fallecieron lo reformaron al completo con la idea de alquilarlo, sin embargo, fue mi amiga quien se lo quedó a cambio de una módica renta.

—¿Te parece si dejamos puesta la calefacción? Así cuando volvamos el piso estará calentito —me pregunta Úrsula desde su habitación.

—¿Cuando volvamos de dónde? Mira que estoy baldada, no me lées.

—No seas muermo, Gini. ¡Es sábado! Así que vamos a arreglarnos y luego saldremos de marcha para celebrar tu llegada.

—¿No podemos quedarnos aquí? —suplico, intuyendo de antemano que va a ser inútil.

—Ni de coña. Tira, ponte guapa que en media hora nos vamos.

Más espabilada gracias a la ducha, me dispongo a disfrutar de mi primera noche en Madrid del brazo de mi compañera de piso, mejor amiga y, desde hoy, socia.

Capítulo 8

ALEJO

(Madrid)

Bostezo con todas mis ganas mientras, subido a la carretilla elevadora, cargo un palé de troncos de cincuenta centímetros en el camión de Rogelio, un panadero del barrio de Usera que hace un delicioso pan al estilo de antaño: en horno de leña.

—Muchas gracias, chaval.

—De nada, hombre. Hasta el mes que viene.

—¡Alejo! —El grito de Mario suena entre el ruido de las máquinas. Nos conocimos aquí hace ocho años, todavía recuerdo la primera vez que lo vi, parecía un niño: enclenque y con cuatro pelos en la cara. Pronto nos hicimos amigos y, en el gimnasio en el que ambos entrenábamos, conocimos a Axel. Se los presenté a Juan y empezamos a salir de fiesta. Nos hicimos inseparables.

—Dime, Mario.

—¿Te encuentras bien? Te he visto bostezar como un león por lo menos una decena de veces esta mañana.

—Nacho no ha dormido demasiado bien esta noche, ha tenido pesadillas.

—¡Vaya, qué putada!

No añade nada más, pero su cara lo dice todo.

—Tranquilo, no te preocupes, estoy acostumbrado a no dormir, son cosas que pasan cuando tienes un niño de cinco años.

—Pues hoy va a ser un día muy largo.

Ni que lo diga. Trabajamos un sábado al mes en el aserradero y justo ha tocado hoy, el día del estreno.

—Te he dicho que estoy bien, Mario. Venga, vamos a currar.

Después de comer el cansancio se acrecienta y me cuesta horrores acabar la tarde sin sucumbir a una siestecita encima de los sacos de serrín, que se me antojan de lo más cómodos.

Sin embargo, a medida que se acerca la hora del estreno, el sueño y el cansancio se disipan y los nervios y la excitación hacen acto de presencia, haciéndome sentir como si fuera un superhéroe, capaz de hacer lo que sea que me proponga.

El estudio de baile de Clara es un guirigay de gente en movimiento; tan solo nosotros, los

Wicked Angels, permanecemos quietos y en calzoncillos mientras el equipo de la modista se afana en ayudarnos a vestirnos. El tiempo se echa encima y no resulta fácil hacerlo sin arruinar el trabajo de Selma.

—Como el morenazo no deje de toquetearme el tanga se va a llevar la sorpresa de su vida.

Las palabras de Axel, dichas por lo bajini, hacen que me doble de la risa y mis carcajadas contagian a todos los presentes, ante la alarma de Selma, que acude rauda brocha en mano.

—¡Aaah, la madre que os parió! —grita a la vez que gesticula, fuera de sí, al ver las lágrimas provocadas por la risa incontrolable correr por mis mejillas.

El autocar llega puntual a la puerta del estudio de baile. Con la ayuda del equipo, los cuatro nos subimos al vehículo y nos instalamos en él. Es alucinante la cara de los transeúntes que pasan por la calle; nos miran, literalmente, con la boca abierta.

—¡La peña está flipando! ¿Los veis?

Un grupo de chicas y chicos hacen fotos al autobús y los saludamos a través de los cristales. ¡Menudo subidón! Nos sentimos unas auténticas estrellas.

Desde luego Charley sabe lo que se hace, el autocar no podría ser más llamativo y provocador. ¿De dónde diantres lo habrá sacado? Llama la atención allá por donde pasamos; la gente se detiene a mirarlo, nos hacen fotos, saludan y nos vitorean. Los cristales no están tintados y, como las luces del interior están encendidas, nos ven perfectamente desde el exterior.

El tráfico de Madrid a esta hora es denso y llegamos al Crazy más tarde de lo esperado. En la puerta de la discoteca se congrega ya un gran número de personas que esperan para entrar; no se ve el final de la fila, muy probablemente llegue hasta la otra calle.

—¡Es flipante, hay un montón de gente! —exclama Axel, emocionado.

—¿Cómo van a caber todas esas personas dentro? —Mario parece asustado—. ¿De cuánto es el aforo de la discoteca?

—Creo que Charley dijo de ochocientas personas —apunta Clara, que está tan impresionada como el resto.

—¿Tanto?

—¿Qué pasa, Juan? ¿Qué te preocupa?

—Nada, Alejo, nada... Simplemente que no había reparado en el detalle. Al ver siempre la discoteca vacía, no me había parecido tan grande.

—No importa si actuamos ante doscientas o ante dos mil personas. Nosotros a lo nuestro.

—Exacto. Chicos, tranquilidad, todo va a salir genial. ¡Escuchadme! —ordena Irene poniéndose en pie—: vamos a salir todos por la puerta de delante y nos meteremos en la discoteca. El grupo lo hará por la trasera y descenderá con la ayuda de los seguras que Charley ha colocado fuera, así quedamos con él y así se hará. Venga, muchachotes, arriba.

Con la ayuda de Irene y tres chavales del cuerpo de baile, nos ponemos en pie. Como yo soy el más alto, debo salir el último.

—Os dejamos solos, nos vemos dentro.

—Muchas gracias por todo, Irene.

—Madre mía... Estáis buenos hasta decir basta; si con vosotros no me animo a probar con el género masculino, nada lo hará en este mundo.

—Nos sentimos muy honrados, preciosa —digo dándole un beso en la mejilla—. Nos vemos dentro. Y vigila a tu madre, creo que Charley le ha echado el ojo.

—El que debe tener cuidado es él; Clarita lleva en dique seco una década, lo va a dejar sequito.

Cuando nos quedamos solos nos miramos en completo silencio, con los nervios saliéndonos hasta por las orejas.

—A partir de ahora somos los Wicked Angels, así que a comportarnos como tal. ¡Empieza el espectáculo! —Extiendo mi mano y uno a uno van poniendo la suya encima.

—¡A por todas!

—¡Nosotros podemos!

—¡A darlo todo!

—¡Wicked Angels! —gritamos al unísono con las manos unidas.

Dos tipos, con las medidas de un tanque de combate, nos esperan fuera, a ambos lados de la puerta del autobús.

El primero en descender es Axel, ahora Passion. Después lo hace Mario, convertido en Desire. Lo sigue Juan, transformado en Love y, cuando los tres están fuera saludando, metidos ya del todo en sus papeles, me preparo yo, Lust.

En la calle la multitud grita totalmente enfebrecida. Cuando estoy a punto de salir del bus veo cómo un pequeño grupo logra separar una de las vallas que delimita el perímetro y se abalanza sobre ellos. Los guardias de seguridad que debían ayudarme a bajar acuden raudos para dar soporte a sus colegas.

Como el espectáculo debe continuar, decido descender solo y lo logro con total dignidad. Cuando estoy a apenas un metro de mis compañeros, un grito llama mi atención y un segundo después...

Capítulo 9

Yelo

—¿Sabes algo de la niña?

—Sergio, hablamos ayer con ella; no querrás que llame cada día, ¿no?

—Es que la echo de menos.

—Yo también, pero está perfectamente y por su voz parecía contenta. No debemos agobiarla, tiene muchos asuntos en la cabeza, mucho que hacer, no puede estar pendiente de dos viejos chochos.

—Tienes razón, cariño.

En ese momento llamaron a la puerta y Sergio se levantó para abrir.

—¡Hombre, Félix!

—Buenas noches, tío.

—Pasa, tu tía está en la cocina.

Mari ya ha oído la voz de su sobrino y lo espera sonriente, lo adora.

La madre de Félix enfermó cuando él tenía quince años, una demencia prematura llevó a la familia a tener que ingresarla en una residencia donde falleció diez años después, justo cuando Úrsula decidió darle la patada. La tristeza hizo mella en el carácter ya de por sí introverso de su sobrino. A partir de entonces, siempre lo vio sumido en un halo de tristeza, de melancolía. Aunque su tormento nunca le mermó la predisposición a ayudar a cualquiera que lo necesitara, sobre todo a Regina, con la que le unía un cariño inmenso.

—Hola, cariño. ¿Qué haces tan tarde por aquí?

—Quería ver cómo estabais, hoy he pasado el día en Soria y no he podido venir antes a veros.

—No debes preocuparte, estamos perfectamente. Ayer hablamos con Regina, cree que en un mes tendrán la tienda lista para su apertura.

—¿Tan pronto?

—Ajá. El padre de Úrsula se encarga de hacerles los muebles y eso lo acelera todo.

La simple mención del nombre hace que un nubarrón tormentoso cruce su mirada.

—Genial.

—Oye, Félix, irás a la inauguración, ¿verdad?

—No lo creo, tía.

—Es fundamental que estemos con ella en un momento tan importante.

—Bueno, ya veremos, ¿de acuerdo? Mira lo que te he traído para tu colección.

Félix sacó del bolsillo de su abrigo una cajita que le tendió a Mari: era un dedal de porcelana azul con diminutos brillantitos incrustados y unas florecitas rojas pintadas en blanco.

—¡Madre mía, es precioso! Muchas gracias, cariño.

—De nada.

—¿Quieres llevarte un pastel de manzana? Este año la cosecha ha sido tan grande que no sé qué hacer con ellas. Mira, he horneado cinco tartas, he hecho compota para al menos dos años y he almibarado tres quilos. ¡Y todavía no las he acabado!

—¡Pues claro! Ya sabes que a goloso no me gana nadie. Bueno, pues os dejo, que es tarde.

—Vale, hijo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuando Sergio se acostó, Mari envolvió las tartas con film transparente para repartirlas al día siguiente entre sus vecinos, llevaría alguna también a María Eugenia. Guardó los botes de compota y almíbar en la despensa y fregó los utensilios de cocina. Pensó que quizás debía hacerle caso a su nieta y comprar un lavavajillas, cocinaba mucho y cada vez le daba más pereza fregar cacharros.

Después preparó una infusión de valeriana con un buen chorro de miel y se sentó frente al fuego que Sergio, antes de acostarse, había dejado bien cargado de leña.

Era una mujer vital y alegre, aunque, en momentos como aquellos, en completa soledad, se permitía la melancolía e incluso derramar alguna lágrima por su hija. No compartía su dolor con nadie, ni siquiera con su marido, que tampoco compartía el suyo, tan grande y lacerante como el de ella. Solo los domingos cuando, cogidos de la mano, iban al camposanto para visitar su tumba se permitían mostrarlo, juntos, ante el lugar donde yacía el cuerpo de la persona que más habían amado.

Le dio un sorbo a la infusión y su siguiente pensamiento fue para su querido sobrino. Su hermano y su cuñada tuvieron a Félix siendo ya mayores, cuando pensaban que la madre naturaleza se había olvidado de ellos. Recordó cómo cuidó de su madre enferma hasta que ya no fue posible, cuando se escapaba del instituto para ir a verla a la residencia donde estaba ingresada, el modo en que veló por su padre al fallecer ella. Siempre fue un ser especial, un adulto en el cuerpecito de un niño que casi desde pequeño se erigió cuidador de unos padres que más bien tenían edad para ser sus abuelos. Solo cuando estaba con Úrsula se le veía feliz y risueño. La pareja se veía en las vacaciones escolares, se llamaban por teléfono, se escribían cartas e incluso él viajó a Madrid para verla en un par de ocasiones.

Cuando Félix estudiaba veterinaria, los fines de semana los pasaba restaurando la casa de los abuelos, con la ilusión de que un día Úrsula y él vivieran allí. Sin embargo, de repente todo acabó entre ellos, Úrsula no volvió al pueblo y la mirada de Félix no volvió a iluminarse. Mari no supo lo que ocurrió en la pareja, qué problema hubo entre ellos para que acabaran rompiendo, ni siquiera Regina lo sabía.

El reloj de cuco del salón la sobresaltó, era la una de la madrugada. Dio el último sorbo a la infusión, apagó las luces y se metió en la cama, donde, abrazada al cuerpo de su amado esposo, sucumbió al sueño.

Capítulo 10

REGINA

(Madrid)

—Estás muy guapa, Regina.

—Tú sí que estás cañón. Esa falda me encanta.

Úrsula lleva un jersey de manga corta naranja, de cuello vuelto y ajustado, combinado con una minifalda negra de piel y una chaqueta también negra de paño con cuello chimenea que le favorece muchísimo. Completa el *outfit* con unos botines plateados preciosos.

—Cógela cuando quieras.

—Yo no la luciría, me falta como un palmo de pierna.

La otra cara de la moneda soy yo, con unos tejanos normalitos, una blusa camisera blanca y unos botines rojos. Quizás sí que tiene razón mi abuela y deba renovar mi vestuario.

—Oye, ¿no vas a tener frío?

—Esto es Madrid, cariño, no Yelo.

—Ya veo, ya... —Lo cierto es que la temperatura es de lo más agradable para ser de noche y finales de octubre; en mi pueblo, ya debe estar helando.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar: Los 100 Montaditos.

—Son bocadillos, ¿no?

—Es un pan de unos diez centímetros relleno de jamón, queso, carne; lo que quieras. Lo cierto es que para quedarte llena tienes que comerte cuatro o cinco, pero es un lugar barato y el ambiente es genial.

—Me parece bien. ¿Y no podemos ir andando?

—No, mejor no, la plaza de las Cortes nos queda un poco lejos. ¡Mira, ahí viene uno!

El taxi nos deja en la puerta del restaurante.

—Reservé una mesa mientras te duchabas. Entremos.

El local es grande, con una gigantesca pantalla plana, una zona con billar, dardos y, lo que menos me gusta, las paredes están pintadas de naranja chillón.

—Podrías mimetizarte con la pared —le digo señalando su jersey.

Úrsula no conoce la vergüenza ni el decoro ni nada que se le parezca, así que, con cara de niña traviesa, se quita la chaqueta y se pega a la pared haciendo caras y llamando la atención del resto de los comensales. Como cabía esperar, porque mi amiga levanta pasiones allá por donde pisa, a

los dos segundos y medio se acercan a nuestra mesa unos chicos bastante guapos.

—Soy Leo y él es Gustavo.

—Un placer, chicos. Ella es Regina y yo Úrsula. ¿Queréis sentaros?

El amable camarero trae dos servicios más y los recién llegados se encargan de coger las sillas.

Al principio me encuentro algo cohibida, no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones y no sé cómo comportarme ni qué decir; en cambio, mi amiga se desenvuelve con soltura y desparpajo. Mientras los tres hablan, me fijo en los chicos: Leo, que se ha sentado a mi lado, es alto y bastante guapo, su sonrisa es bonita y lleva el pelo muy corto. Su amigo, Gustavo, es igual de alto, igual de guapo, va igual de rapado y, seguramente, ha conquistado a más de una con sus preciosos dientes blancos y parejos. Aunque hay algo en él que no me acaba de gustar.

A los veinte minutos queda claro que el chico con sonrisa Profiden bebe los vientos por Úrsula, así que Leo se sale de la ecuación y centra su atención en mí.

—Siento si te ha molestado que nos sentemos con vosotras, pero es que Gustavo ha insistido.

—No pasa nada.

—Puedo marcharme si te hago sentir incómoda, no es para nada mi intención. De hecho, te entiendo, soy tímido y los impulsos de mi amigo a veces me hacen pasar malos ratos.

Mientras lo escucho, me fijo mejor en su cara, en la forma en que gesticula y el hoyuelo que se le hace en la mejilla derecha cuando habla, y decido que quiero que se quede; no soy una mujer tímida, aunque sí un poco desconfiada, pero no quiero perder la ocasión de conocer a este muchacho tan guapo.

—A mí me pasa igual con mi amiga, es como un huracán, no hay quien la pare —nos miramos y sonreímos—. Quédate, ¿quieres otra cerveza?

—¡Claro!

Leo es un chaval muy divertido e inteligente. Estudió Ciencias de la Tierra y al terminar aprobó las oposiciones para el cuerpo de bomberos de Madrid, al igual que su amigo.

A las once los camareros nos anuncian que van a cerrar y los chicos proponen ir a un pub a tomar unas copas. He tomado dos cervezas y ya estoy con la risa tonta, por lo que paso de tomar más alcohol y pido un Bitter Kas, a lo que Leo se suma. Úrsula y Gustavo optan por dos lingotazos de ginebra con cola, que marean tan solo con olerlos.

—¿Qué os parece si nos pasamos por la discoteca Crazy? ¿Habéis ido alguna vez?

—Me han dicho que está muy bien. Regina, ¿te apetece que vayamos?

—Por mí sí. ¿Tú qué dices, Leo?

—Vayamos, ¡la noche es joven!

Úrsula y Gustavo caminan delante de nosotros cogidos del brazo y bastante acaramelados. En cambio, Leo y yo vamos a nuestro aire, haciendo tonterías y desternillándonos de risa por cualquier chorrada.

Antes de girar la esquina de la calle donde está la discoteca, ya podemos ver la cola de gente que espera para entrar. Sin drama alguno, nos unimos a la marabunta y esperamos pacientemente durante tres cuartos de hora, entonces solo tenemos delante un grupo de unas diez personas.

De repente, la gente empieza a alborotarse por un autocar de lo más llamativo que aparca justo a nuestro lado. Un grupo de guardias de seguridad, como armarios roperos de grandes, se posicionan al lado de la puerta trasera y, cuando esta se abre, aparece un personaje que levanta la admiración de todos los allí presentes, incluida yo, que lo miro con la boca abierta, fascinada, sorprendida e hipnotizada.

—La madre que me parió... —susurra Úrsula pegada a mí y agarrándome el brazo como si

fuera una abrazadera—. ¿Gini, estás viendo eso?

—Es... ¡flipante! En mi vida había visto nada igual.

—¿No sabíais que hoy estrenaban este espectáculo? —pregunta Gustavo, señalando la fachada del local donde una gigantesca pancarta, que obviamente ninguna de las dos habíamos visto, anuncia la actuación del grupo Wicked Angels.

—Con razón hay este gentío. ¡Ay, Úrsula, esto va a ser alucinante! —le digo mientras damos saltitos sin apartar ni un segundo la mirada del autobús del que baja el siguiente componente del grupo.

En la vestimenta del primero predominaba el color rojo, en este segundo el verde. Ambos saludan con elegancia y picardía a los que hacemos cola y a la gente que se va congregando al otro lado de la calle con gran revuelo.

El tercero en hacer acto de presencia resplandece con tonos azules y, al igual que los otros dos, lanza besos con ambas manos enguatadas y hace guiños con sus largas y brillantes pestañas plateadas. Lo que más llama la atención del espectacular atuendo son sus enormes alas de plumas blancas, brillantes, mullidas, preciosas. Unas chicas se saltan la valla de seguridad y se acercan enloquecidas a los tres componentes del grupo; los seguratas acuden raudos para apartarlas.

El cuarto en bajar va de negro y capta mi atención inmediatamente; viste como los otros y saluda igual, pero desprende algo que traspasa, que encandila, que me atrapa. Está a solo unos pocos metros de mí y, por un segundo, nuestros ojos se cruzan y me quedo si aire.

El público congregado sigue gritando y aplaudiendo, los seguratas están centrados en proteger a los tres ángeles de las niñas enloquecidas, y yo no puedo apartar la vista del ángel negro. Un movimiento por mi derecha llama mi atención y al girarme veo que un repartidor en patinete eléctrico se acerca a toda velocidad; nadie parece darse cuenta de que se aproxima peligrosamente al último componente del grupo, que sigue en la acera, solo, saludando. Como veo que el choque es inminente, ni corta ni perezosa, aparto una de las vallas y le grito a pleno pulmón:

—¡¡¡Cuidadooo!!!

Capítulo 11

ALEJO

(Madrid)

—¡¡¡Cuidadooo!!!

El grito de alerta hace que me ponga tenso como las cuerdas de un violín, no sé hacia dónde mirar ni de qué lugar proviene el peligro.

La muchacha morena de preciosos ojos azules que antes ha captado mi atención gesticula y me señala la calle, entonces lo veo, sin embargo, el tipo del patinete eléctrico está tan cerca que solo puedo apartarme lo justo para que no choque frontalmente conmigo, pero es insuficiente para quedar a salvo de él.

El sobresalto me deja un momento en *shock* hasta que la chica se acerca rápidamente a mí.

—¡Madre mía! ¿Estás bien? ¡Oooh, tu ala...!

Cuando bajo la cabeza para mirarla, mis ojos impactan en los suyos, azules como un cielo de verano. Pero, antes de que pueda contestarle y darle las gracias, un par de brazos tiran de mí alejándome de ella, que permanece en la acera mirándome.

—¡Alejo, ¿estás bien?!

Los chicos me rodean alarmados mientras los guardias de seguridad nos apremian para que entremos, pues el altercado con el patinete eléctrico ha agitado a la gente aún más si cabe.

—¿Te ha golpeado?

—Tranquilos, ha sido solo un roce.

—¿Es legal circular con patinete eléctrico por la acera? —dice Axel, mirando a Juan.

—¡Y yo qué coño sé, soy arquitecto, no policía municipal!

En el pasillo al que accedemos desde la calle, el equipo al completo nos espera preocupado.

—Estoy bien, no ha pasado nada —los tranquilizo.

—¡Ah, horror! ¿Que no ha pasado nada? ¿Has visto tu ala derecha? —grita Irene, alteradísima —. ¡Joder! ¿Y qué hacemos ahora? ¡Esto es un monumental desastre!

—Déjame ver. —Selma se pone de puntillas para acceder al ala y la examina durante unos segundos en los que nadie dice ni mu, expectantes ante su veredicto—. Creo que puedo arreglarlo; por suerte esta noche solo hacemos un pase. Sí, aguantará. ¡Necesito una grapadora, ya!

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a graparla? A ver si se va a caer en medio de la actuación y la

vamos a liar.

—No pasará. Sonia, cariño, quiero que estés pendiente de Alejo, no le quites ojo a esa ala, ¿ok? Paula, Antón, Pieter —le dice Clara al resto de los bailarines—, cambio de planes: bailaréis en abanico tras ellos, de esa forma estaréis un poco más lejos y, si la dichosa ala cae, tendréis margen para esquivarla. En tal caso, apartadla del escenario de la forma más natural posible, sin florituras, con una patada si es necesario; ¿de acuerdo? ¡Grapadoraaa!

—El peso hará que se desgarre la tela —sentencia Mario, que no pierde detalle de lo que hace Selma, al ver que grapa el ala al mono de tul.

—Mario, precioso, no ayudas. Esto ya está. Alejo, baila libremente, olvídate de lo que pase en tu espalda, ¿estamos?

—Vale, Selma, muchas gracias.

Como el mono que nos cubre el cuerpo está confeccionado con tul, un material muy fino, noto que me tira del cuello debido al peso del ala que, entre la estructura y las plumas, rondará los tres quilos de peso.

—No temo que se caiga el ala, lo peor será que raje el mono y me quede en cueros.

—Te aseguro que el público no se quejará de eso.

—Gracias, Axel.

—¡Basta de cháchara! Chicos, a vuestros puestos, tras el escenario. Vosotros cuatro —Clara, a casi un metro de distancia por debajo de nosotros, nos mira muy seria—, sabéis la coreografía, hemos ensayado y sois unos profesionales de los pies a la cabeza, así que tranquilos y a darlo todo, como siempre hacéis. Os quiero mogollón.

Una vez que recibimos la palmada de rigor en el culo —ritual que siempre sigue para darnos suerte—, respiramos hondo y nos dirigimos al trasenio o *backstage*, donde nos espera Charley, que nos desea suerte antes de salir al escenario para anunciarnos.

—¡Bienvenidos, gracias por estar aquí! Vosotros habéis cumplido vuestra parte, ahora le toca al Crazy devolveros el favor —la gente grita a pleno pulmón—. Esta noche vamos a ofreceros un espectáculo que os dejará con la boca abierta. ¡Bailad y pasadlo bien! ¡Con todos vosotros: Love, Passion, Desire y Lust: Los ángeles perversos, los Wicked Angels!

Suenan las notas de *Go Up* en la voz de Gizzel y vamos saliendo en el orden que hemos ensayado. Acostumbro a estar nervioso antes de una actuación, pero en cuanto me subo al escenario los nervios desaparecen y disfruto como un loco, dándolo todo y pasándomelo en grande. Pero, en esta ocasión, con todo el lío con el tío del patinete eléctrico y la dichosa ala amenazando con caerse a cada paso que doy, tengo un nudo en el estómago del tamaño de una rueda de camión.

Cuando salgo tras Juan, echo una rápida mirada al público e intuyo que hemos llenado. Hay muchísima gente y, por lo que he podido ver al entrar, con edades bastante variopintas. Es genial, el sueño de todo artista.

Ese detalle deshace el nudo de nervios de mi estómago sustituyéndolo por un subidón de energía y vitalidad, apareciendo Lust en estado puro: viciosa, transgresora, la reina de la lujuria.

Durante los diecinueve minutos de espectáculo, los asistentes lo dan todo cantando y bailando al ritmo de la música. Tanto se entregan que, tras acabar el número, decidimos alargarlo un poco más. Y la gente lo agradece.

A la media hora saludamos y damos las gracias a tan entregado público, entre aplausos y vítores. La ovación se alarga durante unos minutos y descendemos del escenario a tope de adrenalina. El equipo nos abraza y felicita por lo bien que ha salido.

—¡Qué pasada, chicos, lo habéis hecho genial!

—Bebed.

La botella que Clara nos da queda vacía en dos tragos, estamos sedientos.

—Vámonos antes de que la gente se concentre en la puerta. Démonos prisa.

Sin tiempo para descansar, Irene nos apremia a movernos deprisa hacia el pasillo que lleva a la puerta de salida. El autocar sigue en el mismo lugar y subimos con la ayuda de nuestro equipo.

Durante el trayecto nos quitamos las plataformas y las pelucas.

—Toma, Alejo —dice Sonia, entregándome el ala averiada, que se ha caído al finalizar el espectáculo.

Una vez en el estudio de baile nos desnudamos y desmaquillamos, una ardua tarea que lleva su tiempo; no es fácil retirar los restos de maquillaje, purpurina y plumas de nuestros cuerpos.

Me meto en la cama a las tres de la mañana. La preciosa ala malograda reposa en una silla de mi habitación, junto con la otra que sigue enganchada en la cinta que nos permite llevarlas cómodamente. A ver qué me invento para repararla.

El cansancio empieza a vencerme; noto cómo mis músculos, tensos durante todo el día, se relajan; los párpados pesan y la mente se queda en blanco, a excepción de la imagen de una chica menuda con cara de ángel y ojos azules como un día de verano, que hace que me duerma con una sonrisa.

Capítulo 12

REGINA

(Madrid)

Abro los ojos y durante unos segundos no sé dónde estoy; es el primer día que me despierto en Madrid, en mi nueva casa. Estoy desubicada.

Anoche nos acostamos a las tantas, pero lo pasamos en grande con Gustavo y Leo.

Después de salir del Crazy nos acompañaron a casa en taxi, intercambiamos teléfonos y quedamos en volver a vernos. Al subir al piso cada una se metió en su habitación, estábamos rendidas, muchas emociones para un solo día.

A medida que me espabilo mis sentidos lo hacen también y percibo el olor a café y a algo dulce. Con más hambre que un mosquito en un museo de cera, salgo de la cama y sigo el delicioso aroma que me lleva hasta la cocina, donde Úrsula, con una camiseta de los Lakers y meneando el culo, espátula en mano, cocina lo que creo que son tortitas.

—Por el bien de mis cartucheras...

Mi amiga, que no me ha oído entrar, da un respingo y la espátula acaba en el suelo.

—¡Aaah, qué susto! ¡Te voy a poner un cascabel!

—Perdona, no era mi intención asustarte. —Recojo la espátula del suelo, le paso agua y la seco antes de entregársela de nuevo a la cocinera.

—Tus cartucheras están a salvo; este desayuno es solo para darte la bienvenida, no te acostumbras. Siéntate.

Ocupo una de las dos sillas mientras ella pone sobre la mesa las tazas de café con leche, los platos y las tortitas.

—Muchas gracias por la bienvenida, Úrsula.

—No me las des, ha sido la excusa perfecta para bombardear mi cuerpo con grasas saturadas, que son las que están más buenas.

—¡Pues al ataque!

Después de desayunar y vestirnos vamos hacia el local: hoy llega el rótulo de la fachada. Dos días han tardado en hacérselo, no hay nada como tener contactos; bueno, no nosotras, sino Carlos.

Al llegar vemos a dos operarios que, subidos en unas escaleras, colocan el metacrilato rosa chicle con el nombre de la tienda en el soporte metálico que han atornillado a la pared, donde las

letras en lila: Mar de Fantasía, brillan con intensidad.

—Buenos días, Úrsula y compañía, ¿os gusta? Creo que se corresponde con el dibujo que nos mandasteis, ¿verdad?

Los operarios han descendido de las escaleras y nos miran sorprendidos.

—Chicas, ¿estáis bien? Que si no os gusta, no hay problema.

Cogidas del brazo miramos con los ojos llenos de lágrimas el precioso cartel que materializa nuestro sueño.

—¡Qué va, es precioso, Gabriel, muchísimas gracias!

—¡Vaya! Es la primera vez que alguien llora de emoción al ver nuestro trabajo —dice sonriendo el otro muchacho mientras recoge las herramientas de la acera.

—Es que es precioso —repito balbuceando.

—Pues nos alegramos mucho de que os guste. ¿Y qué nos decís del escaparate? Parece otro, ¿verdad?

Nos hemos emocionado tanto con el rótulo que ni siquiera habíamos visto que han cambiado los cristales del escaparate y la puerta de la entrada.

—¡Aaah, qué chulo!

Gritamos al unísono, dando saltitos.

—¡Parece mucho más grande!

—Bueno, nuestro trabajo está hecho. Tened las llaves nuevas, tres juegos.

—Muchísimas gracias por todo.

Una vez controlada la emoción, nos ponemos manos a la obra. Con las piezas de telas que compramos, nos colocamos en la mesa de la trastienda para trabajar. Es una superficie enorme, que nos permite colocar los dos patrones de los respectivos diseños para empezar a cortar los trajes que cada una va a coser.

—A finales de semana vendrán a montarnos las estanterías y demás mobiliario. Mi padre me acaba de mandar un wasap. Va a quedar genial todo, Gini.

—Sí... ¿Has visto cómo brilla el rótulo? —Todavía sigo impactada.

—Escoger el metacrilato con purpurina fue un acierto.

—Pásame la caja de alfileres, porfa. Úrsula, lo de anoche fue una pasada, nunca había visto un espectáculo así.

—Yo tampoco, fue alucinante. Los bailarines eran espectaculares.

—¿Y los trajes que llevaban? ¡Uf! ¿Te imaginas poder hacer algo así?

—Bueno, hacerlos los podemos hacer; lo difícil es venderlos. Por desgracia los espectáculos de Drag Queen o transformismo todavía son algo escasos en España, aunque cada vez se oye hablar más de ellos. ¿Te preocupa no poder ganarnos la vida con esto y que acabemos cosiendo faldas para las abuelas del barrio?

—Pues sí, la verdad. He dejado mi trabajo; si no tengo ingresos...

—Gini, no quiero que te preocupes por nada. Yo sigo trabajando y no tenemos demasiados gastos. Por ahora, con los trajes de la comparsa de la Casa Andaluza tenemos para ir tirando. Nos daremos a conocer y nos lloverán los trabajos. Vamos a estar bien, ya lo verás.

Eso es cierto, los carnavales ya empiezan a organizarse y gracias a la madre de Úrsula la Casa Andaluza del barrio nos ha escogido para confeccionar los modelos de las veinte señoras.

—¡Vamos a poner un poco de música!

Es como mejor funcionamos, en eso también nos parecemos. La canción de las K-Narias, *No te vistas que no vas*, empieza a sonar.

Con la música, el sonido de las tijeras al cortar las telas, bocetos por todas partes y las cintas métricas colgadas del cuello, estamos en nuestra salsa, felices.

—Regina, voy a buscar un par de cafés, ¿te parece?

—Estaría genial.

A los cinco minutos veo un movimiento en la tienda y doy por hecho que es Úrsula con los cafés. Hago un poco de espacio en la mesa retirando las telas y recogiendo las tijeras. Pero no es mi amiga quien acaba de entrar, sino un hombre; al estar de espaldas a la luz no puedo apreciar sus rasgos, aunque sí intuyo su enorme altura. Es tan grande el susto que una de las tijeras que sostengo se me cae de las manos y aterriza en la uña del dedo gordo del pie, provocándome un dolor punzante, como si me lo hubiera reventado. El dolor acapara toda mi atención y me agacho para... ¡Yo qué sé! ¿Para calmarlo, para cerciorarme de que todavía continúa ahí?

A través de las lágrimas que me empañan los ojos veo al desconocido entrar en la trastienda y arrodillarse ante mí. Si fuera un asesino en serie se lo habría puesto bien fácil.

Al mirarlo de reojo... Madre del amor hermoso, ¡qué hombre más guapo!

Capítulo 13

ALEJO

(Madrid)

—¿Hola?

He llamado a la puerta y nadie ha contestado; al entrar en la tienda, entiendo el porqué: la música suena atronadora al fondo del local, creo que es Juan Magan cantando *Bailando por ahí*.

Cuando me he adentrado unos pasos, veo que al fondo alguien me mira, se sobresalta emitiendo un jadeo y un objeto se le cae de la mano directo al pie. No sé qué se le ha caído, es algo largo y metálico, pero, por el grito de la chica, debe ser bastante pesado.

Sin dudarlo un segundo suelto las alas en el suelo y me acerco a ella preocupado, pobre chavala, primero el susto y ahora el golpe.

—¿Estás bien?

Al lado del pie que se agarra hay una tijera de dimensiones descomunales, nunca había visto unas tan grandes.

—¡Caray, menudo tijerón! ¿Aquí qué cortáis, tela o chapa? Quítate la deportiva, a ver el desastre.

La muchacha no levanta el rostro en ningún momento, supongo que está abochornada, pero me hace caso y se quita la zapatilla de tela. Lleva unos calcetines tobilleros de huevos fritos que me hacen gracia, sin embargo, al verle el dedo gordo, mi sonrisa se torna una mueca de dolor; menudo desastre.

—Tienes un hematoma bajo la uña, el golpe ha sido fuerte.

En un impulso le acaricio el dedo, pequeño y delicado, como el resto del pie, blanco y de piel suave. Debo parecer un tarado perturbado: he entrado en su tienda dándole un susto de muerte, la he descalzado y le estoy acariciando el pie como si fuera un fetichista. Avergonzado, aparto la mano y me levanto.

—Siento haberte asustado, te has hecho daño por mi culpa.

—No pasa nada —susurra, todavía agachada atándose los cordones.

—He llamado a la puerta y, como nadie contestaba, he entrado.

—Es que la tienda todavía está cerrada al público.

Eso me ha parecido nada más entrar y ver el local completamente vacío.

—Lo lamento, he visto luz.

Dicho esto, lo suyo sería despedirme y marcharme, pero algo me lo impide: la curiosidad por verle la cara a esta muchacha menuda, algo torpe y que huele tan bien.

Mi deseo se hace realidad al instante: se pone en pie y me mira directamente. Sus ojos vuelven a atraparme como lo hizo en la puerta del Crazy e igual que en el sueño que esta noche he tenido con ella y en el que me perdía en su mirada azul y en su cuerpo de ninfa.

—No pasa nada, a entrar, me refiero. Y esto... Bueno, soy algo torpe, a menudo se me caen las cosas de las manos, tropiezo...

Su mirada no se aparta de la mía mientras observo en ella un gesto de confusión.

—¿Nos conocemos? —pregunta, con la cabeza ladeada y el ceño deliciosamente fruncido.

—No.

¿No? ¿¡Por qué carajo he dicho que no!?

—Perdona, ha sido una pregunta tonta, solo llevo en Madrid dos días. Bueno, ya que estás aquí, ¿en qué podemos ayudarte?

«Vale, so lelo, ¿ahora cómo le explicas lo de las alas?»

—Ah... esto... He traído una cosa para que reparéis.

—¿El qué? —pregunta mirando mis manos vacías.

—Perdona, está ahí. —Salgo de la trastienda y vuelvo con las alas. En cuanto las ve se le ilumina la mirada.

—¡Oooh, son las alas del Drag Queen de anoche!

Se acerca salvando toda la distancia y las acaricia con dulzura.

—Son preciosas... —apunta, mirándome con emoción, sin dejar de acariciarlas con sus pequeñas y delicadas manos. Caricias que siento como si las recibiera yo, por ende, mi miembro se pone contento y tengo que mordirme el labio para intentar distraer mi mente y detener así el espectáculo que se está empezando a gestar dentro de mis pantalones—. Entonces tú eres...

—Yo...

Se aparta de las alas como si quemaran y me mira muy seria; con las manos en la cintura, me planta cara pese a que le saco por lo menos dos cabezas.

—¿Te crees que soy tonta? Tú anoche llevabas puestas estas alas.

—Tienes razón, lo siento.

—¿Por qué me has mentido?

—No lo sé... Perdóname.

—¿Pensaste que tendría prejuicios por ser Drag Queen? Nuestro negocio se dedica a la confección de ropa de fantasía, por si no has visto el rótulo de la puerta.

—De verdad que lo siento. Ha sido una estupidez.

No puedo decirle más porque realmente no entiendo lo que me ha pasado por la cabeza para mentirle.

Durante unos segundos me observa sin decirme nada, nadie diría al verla que tiene tanto carácter. ¡Cuidado con la pequeñita que muerde!

—Ya te vale, angelito.

—Y tú eres quien me avisó del loco en patinete eléctrico. Si no me hubieras alertado, el daño podría haber sido peor. Gracias.

—No tiene importancia. Anda, déjame las alas ahí encima para que pueda echarles un vistazo.

Hago lo que me pide y las extiendo encima de la mesa. Ella se inclina, las mira atentamente y las toca con sus delicados dedos.

—Así que aquí te dedicarás a confeccionar trajes de fantasía.

—Ajá, mi amiga y yo.

—Qué gran noticia...

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. ¿Cómo lo ves? ¿Tiene arreglo?

—Has hecho bien en traer las dos alas, así veo cómo van sujetas a la estructura, pero necesito que también me traigas el traje. Mira, acércate.

Nuestros cuerpos se tocan y el contacto hace que un escalofrío me recorra entero. ¿Qué me pasa con esta mujer? ¿Por qué mis cinco sentidos están continuamente alerta en su presencia?

—El ala se ha despegado de la cinta de soporte, pero no creo que sea difícil repararla. Sin embargo, aquí veo un trozo de tela que parece haberse desgarrado del mono que llevabas.

—Es que me la graparon a él.

—¿En serio? Bueno, situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Pero te rasgó el traje. Tenemos dos opciones: reparo el ala y ya, o, reparo ambas cosas, ala y traje.

—Te traeré el traje.

—Te aviso que no sé si podré coserlo, el trozo que se ha desgarrado es bastante grande y el tul no es precisamente fácil de zurcir. Si te urge, estaremos aquí esta tarde también.

—Te lo traeré un día de la semana que viene, por la tarde, si es posible —ella asiente—. Genial. Para el *show* de esta noche llevamos otro *look*, por lo que no lo necesito.

—¿Y el ala?

—Tampoco, esta noche llevo unas iguales que estas, pero negras.

Gratamente sorprendido, la veo ponerse colorada como el capote de un torero. Vaya, vaya, mis alas la ponen mucho.

—Por cierto, me llamo Alejo; Lust cuando llevo las alas puestas.

—Yo Regina. Encantada.

Ni corto ni perezoso, me agacho y, al ponerme a su altura, le doy dos besos en sus rosadas y calientes mejillas. Deliciosa.

—Llévate esta preciosidad, con el ala dañada me basta.

—De acuerdo. Nos vemos, Regina.

Salgo de la tienda contrariado a más no poder: desde los catorce años mi cuerpo no tenía una reacción tan salvaje ante una fémina. Por otra parte, estoy contento y no solo porque mi ala tenga arreglo, sino porque acabo de encontrar modistas para los Wicked Angels, lo que significa que Regina y yo vamos a vernos muy a menudo, algo que todavía no sé si será sano para mi cuerpo después de un celibato de casi seis años.

Capítulo 14

REGINA

(Madrid)

Sigo mirando la puerta como una imbécil. Alejo me ha dejado conmocionada, cardíaca perdida y más sudada que el sobaco de un churrero.

—¡Uf! Respira, Regina. ¡Qué calor, madre! —suspiro mientras me abanico con la mano.

—¿Qué te pasa? ¿Estás menopáusica o qué?

—¡Aaah, qué susto, leches!

—Perdooona, pensaba que habías oído la puerta.

—Hay que poner una campanilla o algo para que suene cuando se abra o moriremos de un susto.

—¡Gini, tienes sangre en la zapatilla! ¿Qué te ha pasado?

—Se me han caído las tijeras. Las dos.

—¡¿Las dos?!

—Estaba haciendo espacio en la mesa para los cafés.

—¿Y justo han aterrizado en tu pie? Si es que lo que no te pase a ti...

—Por suerte solo una ha impactado en el dedo gordo, me lo ha reventao, literalmente.

—Quítate la bamba. Mi madre nos dejó aquí un botiquín, te curaré.

Mi dedo gordo no solo presenta un hematoma como se veía en un primer momento, también una herida muy pequeña en la parte derecha de la uña, pero que sangra profusamente y me duele horrores.

—Qué torpe eres, amiga. ¿Cómo te has apañado?

—Ya te lo he dicho, las cogí para hacer espacio, luego me asusté y este es el resultado.

—Ahora te pongo un poco de Betadine. ¿Y por qué te asustaste?

—No te vas a creer quién ha venido.

—¿Aquí? ¿Quién?

—Una Drag Queen del grupo de la otra noche, el que tuvo el incidente con el del patinete eléctrico.

—¡No fastidies! ¿Y qué quería?

—Que le reparemos el ala dañada.

Noto como mis mejillas vuelven a caldearse, lo que hace que Úrsula sonría con sorna.

—Interesante. Así que un ángel te ha provocado taquicardias, ¿eh, pillina? Imagino que el ser alado está que cruje.

—No te equivocas. Es un hombre muy guapo, impresionante, altísimo, pelo castaño, cuerpo de infarto... Pero lo más importante es que tenemos un cliente nuevo.

—Sería estupendo poder crear trajes como los que llevaban, ¿verdad? Oye, si ha venido aquí, puede que sea del barrio.

—Igual sí.

—¿Cuándo vendrá a buscarla?

—Le repararemos el ala y la semana que viene traerá el mono. El apaño que le hicieron para intentar sujetársela durante la actuación se lo desgarró; a ver si es posible hacerle algún tipo de cosido.

—La semana próxima tengo turno de tarde, así que a no ser que venga por la mañana me voy a perder el espectáculo.

—Vendrá por la tarde. Al menos es lo que me ha dicho.

—Pues tendrás que ocuparte tú del ángel.

—De Alejo, es como se llama.

—¡Ay, amiga! Has dicho su nombre como si estuvieras saboreando el más dulce de los manjares.

—Estás majara, Úrsula, mucho.

Tras muchas risas y cachondeo, continuamos con el trabajo.

La semana que viene va a ser movidita. El martes a las nueve de la noche vendrán las señoras de la Casa Andaluza a que les tomemos las medidas para empezar cuanto antes a coser. Los disfraces son creaciones sencillas, pero con bastantes adornos, como vivos, lentejuelas y plumas, materiales que ya tenemos en *stock*. Úrsula encontró una tienda en Castellón que vende *online* todo tipo de accesorios de fantasía y maquillajes, y nos ha venido genial para la confección de la comparsa. A esto hay que sumarle que debemos terminar los trajes que estamos haciendo para colocar en el escaparate, acabar de limpiar la tienda, ordenar el material que nos tiene que llegar y colocarlo en el mobiliario que nos montarán el jueves y, además, la loca de mi amiga quiere organizar la inauguración para el fin de semana siguiente.

Y, lo más estresante, volver a ver a Alejo.

No puedo con tanto estrés, ¡con lo tranquila que vivía yo en Yelo!

Capítulo 15

ALEJO

(Madrid)

—¡Un, dos, tres, vuelta! ¡No, Juan, tú hacia la derecha! Paramos, paramos... A ver, chicos, ¿qué os pasa hoy? Estáis muy dispersos. —A Clara no le falta razón, parecemos novatos, no damos una con el baile, nos perdemos, incluso hemos llegado a pisarnos los unos a los otros.

—Perdona, Clara.

—Mejor lo dejamos por hoy o acabaréis haciéndoos daño. Sentaros un momento.

Nos dejamos caer en el suelo, apoyados en los espejos de la pared, y Clara se sienta ante nosotros.

—Entiendo que tenéis una vida aparte del baile y que no paráis en todo el puñetero día, por eso vamos a darnos un respiro. No pasa nada, sabéis la coreografía a la perfección. Ahora, dicho esto, ¿alguien quiere compartir conmigo lo que sea que le preocupa?

—Es culpa mía —confiesa Juan—: mi desconcentración ha arrastrado a mis compañeros. Tengo problemas personales y no logro centrarme. Lo lamento muchísimo, pero hoy no es un buen día.

—¿Te pasa algo con Sofía?

—Todavía no, pero le pasará.

—¿Por qué no te callas, Axel? —le increpa Juan, rojo de rabia.

—Veo que es un tema peliagudo si no podéis hablarlo ni entre vosotros que sois amigos.

—Es un tema demasiado personal, simplemente no quiero opiniones al respecto, es solo asunto mío.

—No estoy de acuerdo —apunta Mario—, pues ese «asunto», como tú lo llamas, nos puede joder a todos.

—Chicos, somos amigos y debemos apoyarnos —digo en un intento de calmar las aguas—. Creo que ya le hemos dicho a Juan lo que pensamos, pero él decidirá lo que más le convenga. Por otro lado, el grupo lo formamos para pasarlo bien, no hay ningún tipo de contrato que nos obligue a permanecer en él. Así que, si llega el día en que alguno de nosotros decide dejarlo, sea por el motivo que sea, está en su derecho.

—Tienes razón, tío. Lo siento, Juan —se disculpa Axel, al que su perfeccionismo y competitividad lo lleva a meter la pata bastante a menudo.

—No pasa nada. Lo solucionaré.

Aprovechando el tenso silencio, decido meter cuña y acabar con el tema que tanto incomoda a Juan.

—Tengo buenas noticias: he encontrado un taller de costura en el barrio que podría confeccionarnos los vestuarios.

—¡Qué casualidad! Precisamente Marisa, la de la tienda de muebles, nos ha comentado a tu madre y a mí esta mañana en la cafetería que su hija ha abierto una tienda en el barrio de esas características junto con una amiga. Supongo que se tratará del mismo negocio.

Mi madre, Clara, Marisa y alguna otra vecina se juntan cada mañana para desayunar y poner en orden el barrio.

—Puede ser.

El recuerdo de Regina me acelera el pulso.

—Pues, según nos ha dicho, este fin de semana la inauguran. Un día de estos me pasaré y hablaré con las propietarias, a ver qué nos pueden ofrecer. ¿Os parece?

—Yo fui ayer, llevé el ala para que la reparen.

—¿Y qué te dijeron?

—Solo hablé con una de ellas, no sé si era la hija de Marisa, no la conozco. Dijo que lo solucionará. Quedé en llevarle el mono esta semana, pues se rasgó con las grapas. A ver si tiene arreglo.

—La hija de Carlos y Marisa se llama Úrsula.

—Pues no era ella. Me atendió Regina.

—Bueno, machote, al fin has quedado con una mujer —apunta Mario, con cachondeo.

—Vete a la mierda, coñazo, que eres un coñazo.

—¡Esa boquita, Lust! Cuida tu vocabulario delante de la señora costurera, ¿eh?, no nos la vayas a asustar antes de que nos conozca. —Lo apoya Axel, con choque de puños incluido y partiéndose de risa como dos niños chicos.

El comentario me arranca una sonrisa porque Mario y Axel no viven en el barrio y no conocen a Marisa, que debe rondar los cuarenta o cincuenta y pocos años, por ende, su hija seguramente es bastante joven; al menos a mí Regina me lo pareció. Ya verás cuando se enteren, la chanza va a ser...

—Pues, para que lo sepáis, la señora costurera de la que Alejo habla no debe tener más de veinticuatro años —apunta Clara.

—¡Toma yaaa! ¿¡En serioooo!? ¡Esto se pone interesante!

¿Qué había dicho? ¡Si los conoceré yo!

—Axel, tío, ¿no te cansas? —Finjo estar molesto, pero lo cierto es que me lo estoy pasando bien, y Juan vuelve a sonreír.

—¿De tocarte los huevos? No, ni un poquito. Clara, bonita, danos datos de las modistas. —Alcahueta número uno en acción.

—Sé que la hija de Marisa debe tener más o menos la misma edad que Irene porque coincidimos embarazadas, y su amiga igual, ya que se conocen desde el colegio —informa la alcahueta número dos.

—¡Uy, uy, uy...!

—Bueno, se acabó el cachondeo.

—Alejo, aquí veo yo posibilidades, ya me imagino la escena: dos guapas costureras, metro en mano, tú en paños menores, ellas recorriendo tu cuerpo tomándote medidas...

—Pues no andas tú cachondo ni nada, a ver si el que no se come ni una rosca eres tú —lo pincho, sabiendo que va a entrar al trapo, a ver si suelta algo de la historia en la que está metido, porque sabemos que tiene un lio con alguien, pero no suelta prenda.

—¡Ay, cariño! Si te comieras la mitad de las rosas que me como yo, te saldría el azúcar por las orejas.

El comentario nos hace reír, pero me fijo en que Mario, al que le gusta este tipo de salseo más que comer con los dedos, sonrío con la cabeza gacha y, diría, algo sonrojado.

—Cotilleos aparte, si las chicas nos pudieran hacer el vestuario sería genial, no tendríamos que desplazarnos hasta Getafe, como hemos venido haciendo hasta ahora, y la ganancia se quedaría en el barrio. Pues, venga, cada mochuelo a su olivo, que son casi las diez de la noche. Mañana más y, seguramente, mejor.

—Igual me equivoco, amigo —me susurra Juan, de forma confidencial—, pero me ha parecido que la modista te pone un poquito nervioso.

—¿A mí? Para nada. ¿Por qué te ríes? —A veces odio que Juan y yo tengamos tanta conexión. No se equivoca y lo sabe.

¿Habéis tenido alguna vez la sensación de que estáis a punto de meteros en un lío de los gordos? Pues así es exactamente como me siento yo ahora mismo.

Capítulo 16

Yelo

Mari balancea su cuerpo al son de la música de la radio mientras prepara una pequeña maleta para pasar el fin de semana en Madrid.

Joan Manuel Serrat cantando *Mediterráneo* le arranca un suspiro de melancolía; le gusta ese cantante en particular, es uno de sus preferidos y, aunque la melodía le provoca un punto de tristeza, le encanta la canción. La tararea mientras intenta cerrar la cremallera del equipaje, primero apretando con una mano, para acabar sentada sobre la maleta en una postura imposible.

—Estás para hacerte una foto, mujer.

—¡Sergio, llegas en el momento justo! Anda, ven a echarme una mano.

—¿No puedes coger una maleta más grande?

—No hace falta, solo vamos a pasar una noche fuera.

—Pues la llevas bien llena.

Sergio hace fuerza y la cremallera se cierra finalmente.

—¡Listo! —grita Mari triunfante.

—Estás preciosa, cariño.

El hombre mira a su esposa con adoración. Llevan juntos desde los dieciséis años, cuatro décadas de amor puro, verdadero y desinteresado, del que te hace feliz, del que te da una razón para levantarte por las mañanas, del que te hace sentir importante y nunca te deja solo. Ese amor lo sacó de la oscuridad en la que lo sumió la muerte de su hija; la fuerza de su mujer y la capacidad de cargar con su pena y con la de él la santifica ante sus ojos. Ella es su todo, la mujer más preciosa del mundo.

—Sergio, ¿qué te pasa? ¿Te preocupa algo?

—Nada. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso mi cara es de preocupación?

Mari sonríe con nerviosismo, y algo de coquetería, conoce bien esa mirada masculina que la turba y la calienta.

—Te noto tenso.

—Ya te digo yo que una parte de mi cuerpo está bien tensa. ¡Ven aquí!

Entre besos y risas caen sobre la cama abrazados.

Félix está muy estresado, algo a lo que no está para nada acostumbrado. Desde que se ha levantado no ha parado de meter la pata: se ha quemado con el café después de calcinar las tostadas, se ha cortado al afeitarse y ahora casi se amputa un dedo con la puerta del coche. Saber que en pocas horas verá a Úrsula lo tiene malo.

Entra en casa de sus tíos por la puerta de la cocina, que como siempre está abierta y, en cuanto pone un pie dentro, se da cuenta de que su letanía de mala suerte no había acabado: unos gemidos, retransmitidos en estéreo, le provocan un calorcillo en la cara que le incendia las mejillas.

—Manda cojones, que hasta el Inmerso folle más que yo.

Como no quiere cortarles el rollo a sus tíos y menos todavía avergonzarlos, sale al patio para esperar que acaben la faena, que concluyen un ratito después con resultado satisfactorio a tenor de sus caritas de felicidad.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunta Mari a su sobrino, aprovechando que Sergio dormita en la parte de atrás del coche.

—Sí, tía, todo genial.

—Escúchame, Félix, no te amedranes; tú acércate a ella con confianza, que no te note nervioso.

—Hablas como si estuviera a punto de enfrentarme a un león.

—No, hijo, no; a una leona, que todavía es peor.

—Tú sí que sabes cómo animarme, tía.

—Te conozco a ti, la conozco a ella, os he visto juntos, soy mujer y tengo un montón de años; te aseguro que sé de lo que hablo.

—Tranquila, no sufras por mí, ese tren ya pasó. Úrsula me es indiferente.

—¡Qué bien! Me alegro, hijo, me alegro de verte tan seguro.

Mari sonríe por lo bajini mirando a su sobrino de reojo.

Lo que acaba de decir no se lo cree ni él.

Capítulo 17

REGINA

(Madrid)

—¡Úrsula!

—¡Dime!

—¿Me dejas rímel?

—¡Sííí!

Salgo de mi habitación envuelta en una toalla y entro en la de Úrsula, que ya se ha duchado y está medio vestida.

—Hemos ido tan de culo que no he tenido tiempo de ir a comprar maquillaje.

—¿En Yelo no te maquillas?

—Pues no. Como mucho si voy a la ciudad me pongo un poco de colorete, me pinto la raya, un poco de vaselina en los labios y andando.

—Ni ropa.

—¿Cómo?

Hay qué ver la cara que ponemos las mujeres cuando nos aplicamos el rímel: ojos abiertos, boca abierta y frente más arrugada que la rodilla de un elefante.

—Que no has tenido tiempo de comprarte maquillaje ni ropa. Que no me molesta dejarte la que necesites, ¿eh?, pero tienes que comprarte algunos trapitos.

—A ver si la semana que viene nos podemos escapar un rato.

—Claro, amiga. ¿Te gusta?

Úrsula se ha puesto un vestido camisero verde botella que en otro cuerpo podría pasar por recatado, pero que en el suyo queda pecaminoso. Pobre Félix, le va a dar un parraque cuando la vea.

—¿Con botines negros o *stiletto*s rojos?

—Hummm... *Stiletto*s.

—Ok. ¿Y tú qué te pones al final?

—Las mallas de cuero y la americana fucsia.

—Pues ponte tú los botines, te quedarán geniales. Qué suerte que tengamos el mismo número de pie.

—Sí, amiga, sobre todo para mí.

—Gini, en cuanto te compres ropa, yo también te la gorrearé, que lo sepas.

—¡Mierda! ¡Mira qué estropicio me he hecho! Si es que tengo un tembleque en las manos que no atino. ¿Tú no estás nerviosa?

—Déjame. —Úrsula se acerca y me retira el rímel del párpado con una toallita desmaquillante y mucha pericia—. Llevo nerviosa toda la semana, sobre todo el jueves y ayer, que al acostarme hasta tuve taquicardias. Pero hoy no, ya está todo hecho: los muebles están montados, los accesorios colocados, el material de confección ordenado y nos dio tiempo de terminar los dos preciosos diseños que ahora decoran nuestro espectacular escaparate.

—Suerte que tu madre ha organizado el *catering* y el tema de las invitaciones.

—Eso sí, sin ella lo hubiéramos tenido crudo. Tus ojos ahora están perfectos. Ve a vestirme que en veinte minutos vendrán a buscarnos.

Los chicos llegan puntuales y nos esperan pacientemente delante de la tele mientras nos damos los últimos retoques.

Leo no ha estado aquí antes, no así Gustavo, al que Úrsula ha convidado un par de veces. Aunque seguramente no había visto el salón, ya que en las otras ocasiones entraron comiéndose la boca mientras iban directos a la habitación de la pendona de mi amiga.

Tras recibir sendos piropos sobre lo guapas que estamos, los cuatro, caminando, nos dirigimos a la tienda. En una hora empezarán a llegar los invitados y queremos echarles una mano a Marisa y Carlos, que ya han hecho bastante.

Tampoco tardarán en llegar mis abuelos y Félix con los que he comido este mediodía.

El *catering* ha traído la comida y, entre los padres de Úrsula, los chicos y nosotras, repartimos las bandejas en las mesas que hemos colocado pegadas a la pared más vistosa: la que está pintada de negro. Allí están colgadas las estanterías metálicas que contienen los accesorios más llamativos: plumas, purpurinas, lentejuelas, botones, cintas de raso, remaches decorativos y abalorios, mucho brilli-brilli. Aunque, por esta noche, lo que más llama la atención en esa pared es la enorme ala; es tan bonita y llamativa que no me he podido resistir a colgarla, con mucho cuidado.

La puerta de la tienda se abre, activando el musical sonido del móvil de bambú y tubitos de metal que hemos colocado, y aparece mi familia. Suelto la bandeja de canapés de salmón y corro a recibirlos.

—¡Qué alegría teneros aquí! ¡Todavía no me lo creo!

—Nieta, no vuelvas a ponerte a llorar —me advierte mi abuelo, después del dramón de ese mismo día cuando los he ido a ver al hotel.

—¡Claro que no, abuelo! ¡Adelante, pasad!

Úrsula y sus padres se funden en un abrazo, sincero y cariñoso, con mis abuelos. Tras el saludo Marisa y mi abuela se alejan y mi abuelo y Carlos se quedan hablando de sus cosas. Mi amiga y Félix no se saludan, se limitan a echarse una mirada. ¿Es rencor o rabia lo que percibo? Sin embargo, al fijarme mejor, lo veo con claridad meridiana, ¡la leche! Definitivamente es lujuria, lascivia y deseo lo que observo, miradas de esas capaces de descongelar un iceberg que hubiera estado entre ellos. Lo de estos dos es de traca. Como no quiero sulfurarme, respiro hondo y me largo. Félix solo va a estar aquí esta noche, así que no pienso preocuparme del tema.

A los pocos minutos de estar la comida y la bebida correctamente colocadas, comienzan a entrar los primeros invitados. Han venido amigas de Marisa, trabajadores de la empresa de los padres de Úrsula que han montado los muebles, vecinos, gente de la Casa Andaluza y algunos curiosos.

Durante la semana hemos preparado un *planning* de trabajo con el tiempo que podemos dedicarle al negocio —teniendo en cuenta que Úrsula todavía trabaja media jornada en la clínica —, precios y un calendario donde ya tenemos algunas semanas en rojo, ocupadas por la confección de los vestidos para las mujeres de la Casa Andaluza. Y todo está en las preciosas *tablets* que hemos comprado; la organización es importante.

La gente que ha acudido nos felicita por lo bonita que está la tienda y se interesa por el tipo de confecciones que hacemos. Una de ellas es una señora que debe haberse comido como diez canapés de atún y que nos ha preguntado si podría traernos unas faldas para hacerles unos arreglos; por supuesto, le hemos tenido que decir que no. Vamos a intentar vivir de lo nuestro y, si no, bienvenidos serán los dobladillos y las cremalleras.

Interactúo con la gente con una copa de vino que se ha calentado en mi mano de tanto pasearla. En un momento de la velada, me acerco a Félix, que permanece en un rincón mirando a la nada; parece tan desolado que se me hace un nudo en la garganta. No ha sido buena idea que venga.

—Félix, ¿qué te parece?

—Os ha quedado precioso, prima, felicidades.

—Gracias. No te imaginas la ilusión que me ha hecho que vinieras. Aunque igual no ha sido buena idea.

—No he tenido otra opción —dice con una sonrisa triste—. Tu abuela me amenazó con no venir si no lo hacía.

—Lo siento.

—No pasa nada, todo merece la pena si es para verte.

—Oye, en un rato vamos a ir con unos amigos a una discoteca que está cerca de aquí. Me gustaría que vinieras. Ofrece un espectáculo que te va a dejar con la boca abierta. —Solo pensar en que voy a volver a ver a Lust, me entra repelús.

—Uy... No sé yo.

—Por favor, primo, venga; bailaremos, beberemos y lo pasaremos en grande. ¡Porfa, porfa, porfa!

—¡Vale, pesada, que sí! Pero solo un rato, estoy cansado.

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar. Bueno, te dejo, voy a hablar con...

—Espera, espera. ¿Qué hay entre tú y Leo? He estado un rato hablando con él y me ha parecido majo.

—No hay nada, solo nos hemos visto en un par de ocasiones.

—Pues te aseguro que él quiere verte más.

Mis ojos buscan instintivamente a Leo; me encuentro con su mirada, alegre y chispeante, y me atrapa hasta que un ala, que cuelga majestuosa tras él, capta mi atención, me arranca un suspiro y me hace olvidar lo que me rodea.

Capítulo 18

ALEJO

(Madrid)

La expectación al entrar en Crazy ha sido la misma que la última vez, eso sí, sin patinete eléctrico. Dentro el aforo estará al completo, la gente está respondiendo de una forma maravillosa a nuestro espectáculo.

Hoy vamos de color oscuro con las alas negras y mucho violeta y gris en el maquillaje.

Cuando acabamos el segundo pase son más de las dos de la madrugada, pero decidimos quedarnos a tomar una copa. Una vez cambiados y desmaquillados, nos camuflamos entre la gente que, por suerte, no nos reconoce.

Este fin de semana Nacho está con su abuelo materno: hace dos meses que se ha quedado viudo y me ha pedido, por favor, pasar unos días con su nieto y, por supuesto, he accedido. Es un buen hombre y un buen abuelo, mi hijo lo adora. Por esa razón voy ya por mi segundo ron con cola, al igual que Juan; ninguno de los dos estamos acostumbrados y vamos con esa risa tonta típica del puntillo que te provoca el alcohol.

—La madre que me parió...

—¿Qué pasa? —me pregunta Juan, con la lengua pastosa.

—¿Ves a esa chica morena, la de la chaqueta fucsia?

—Más o menos... Ja, ja, ja...

—La próxima copa de agua, Juan.

—Eso no te lo crees ni tú. Bueno, ¿y qué pasa con esa chica?

—Pues que es una de las costureras, Regina. Y la otra, la chica rubia, seguramente es la socia, ahora que la veo me suena del barrio.

—Es muy guapa, ya decía yo que te había gustado. Vamos a acercarnos. Preséntamela.

Sin tiempo a negarme, Juan se dirige al grupo. Dudo un segundo de si es buena idea, no por falta de ganas —que tengo muchas—, sino por vergüenza. Sin embargo, el arranque de mi amigo y el alcohol me envalentonan y lo sigo decidido a volver a hablar con ella.

En cuanto Regina me ve se lleva la copa de cerveza a la boca y empieza a beber compulsivamente, mirándome con los ojos muy abiertos. Esta mujer me encanta.

—Buenas noches, Regina —la saludo, agachándome hasta su oreja.

El grupo al completo, tres chicos y una chica, me miran con diferentes expresiones en sus

rostros: tres sorprendidos y uno cabreado, que me mata con la mirada.

—Esto... Hola. —Por sus ojos deduzco que no soy el único que se ha pasado con el étlico.

—Soy Alejo, él es Juan —me presento, dirigiéndome al grupo, al ver que la modista se ha quedado muda—. Somos dos de los integrantes de Wicked Angels.

—¡Tú trajiste el ala! —grita emocionada la otra chica.

—Exactamente. Eres la hija de Marisa, ¿verdad? Te pareces mucho a ella.

—Sí, me lo dicen a menudo. Me llamo Úrsula, soy la otra mitad de Mar de Fantasía.

—Vuestro espectáculo es impresionante, felicidades. Soy Félix.

El tal Félix ha metido su mano entre Úrsula y yo como si de una espada se tratara. Aunque el gesto pueda parecer agresivo, no me ha dado esa impresión, simplemente ha querido marcar territorio de una manera que estoy seguro ha sido inconsciente, reacción que se tiene solo si estás enamorado; y este lo está de la rubia, hasta las trancas.

—Veo que allí ha quedado libre un espacio —vocea Juan.

La suerte nos acompaña y podemos ocupar una mesa alta que nos permite quitarnos del medio y soltar los vasos. He procurado quedar al lado de Regina, que no ha vuelto a abrir la boca. Siempre bajo la atenta mirada de ceño fruncido del machote que insiste en pegarse a ella.

—Regina, ¿has podido mirar lo mío? —La música está lo suficientemente alta como para tomarme la licencia de acercarme mucho a ella para hablarle en el oído. Su olor es exquisito, me quedaría aquí inhalando su aroma toda la noche.

Ayer por la tarde, porque soy un agonías y no podía esperar hasta la semana que viene para volver a verla, le llevé el mono. Esperaba estar a solas con ella, sin embargo, no acerté, pues un montón de mujeres tenían allí montada una algarabía impresionante y lo único que pude hacer fue darle la bolsa con la ropa.

—Sí, sí... Lo que pasa es que no me aclaro.

Su aliento en mi cuello me provoca un millón de sensaciones, sobre todo en la parte inferior de mi cuerpo.

—¿Y eso?

—No veo cómo coserlo sin que se vea. No sé si las alas te taparán el desperfecto.

Pese al aturdimiento por el par de cubatas y su cercanía, todavía me queda algún resquicio de lucidez y se me ocurre algo.

—Si quieres, en el camerino tengo el traje de esta noche, es igual que el que te llevé. Podrías echarle un vistazo para hacerte una idea.

Ella me mira son sorpresa, duda un momento y asiente.

—Me ayudaría mucho.

Sin dilación, la cojo de la mano y la guio, apartando a la gente de nuestro camino, hasta la puerta oculta detrás de unas cortinas que dan al pasillo que conduce a un espacio que Charley ha preparado, por fin, para nosotros a modo de vestuario.

La sala es enorme y el dueño de la discoteca la ha habilitado con grandes espejos, mucha iluminación, colgadores para los trajes y espacio suficiente para que el grupo y el equipo podamos movernos cómodamente.

A esta hora se encuentra a oscuras. El olor a sudor todavía flota en el aire, aunque de manera sutil, pues Irene, al grito de «joder, aquí huele a choto que tira de culo», ha abierto las ventanas de par en par, cosa que en este momento le agradezco.

—Espera, encenderé la luz de donde me cambio. —Todavía de la mano, la guio en la oscuridad hasta el cuarto tocador, el mío, según la decisión de Axel, el mandón del grupo.

Acciono el interruptor y el espejo se ilumina con las múltiples bombillas que lo rodean.

—¡Hala, qué chulada! —dice impresionada.

—Charley, el dueño de Crazy, fue productor de musicales en New York durante treinta años, supongo que por eso le pareció apropiado ponernos esta especie de tocador tan rimbombante.

—Son como los de las películas y tenéis uno para cada uno. Está genial.

—Es el primer día que usamos este vestuario y no sé dónde está el interruptor general, tendrá que bastarnos la luz del espejo. —Que a mí me parece de lo más íntima y romántica.

—Bastará —decide brindándome una preciosa sonrisa que me estremece todo el cuerpo.

—Mira, esta es mi ropa.

A regañadientes le suelto la mano y cojo el mono, ahora pienso que debe oler a choto, como bien dijo Irene, sin embargo, a Regina parece no importarle, pues lo coge y se acerca a las bombillas del espejo para mirarlo atentamente.

—Una pregunta —dice con cierta inseguridad, mordiéndose el labio inferior, gesto que me impacta justo en la entrepierna como si me hubiera disparado una bala—. ¿Podrías colocarte las alas un momento? Así veré qué porción del mono te cubren y el margen que tengo para coser el roto.

Sin dudarle un segundo, cojo las alas negras que he llevado esta noche y me las coloco sobre la camiseta blanca.

Su forma de mirarme me enciende, me altera, me dispara la respiración y, sumado al hecho de llevar la parte más importante de mi lujuriosa indumentaria, sufro la transformación y Lust saca la patita.

Y la mete hasta el fondo.

Estoy sentado en la barra disfrutando de una tónica bien fría y se acercan Axel y Mario, a los que no he visto desde que acabamos la actuación.

—¿Qué pasa, macho?

—¿Dónde os habíais metido? Hace horas que no os veo —les pregunto, cansado de estar solo.

—Hemos estado aquí todo el tiempo —me explica Mario.

—Socializando y eso...

—Estoy hecho polvo, me marchó ya. —Estoy muy agobiado y frustrado, la noche no ha ido como esperaba.

—¡Ey, mirad quien está ahí! —Seguimos el indiscreto dedo de Axel que apunta hacia la puerta de los baños y vemos a Carla, la camarera del Dakota, abrochándose la blusa y componiéndose el maltrecho moño—. Parece ser que la loba se acaba de comer a algún corderito en el baño. Perdiste la ocasión, Alejo.

Cuando estoy a punto de mandarlo a tomar por donde amarga el pepino, nos quedamos ojipláticos al ver al tipo que sale del baño tras ella, sudoroso y peinándose con los dedos la melena oscura.

—¡La leche, es Juan! —Estoy alucinando.

—Joder, ahora sí que la ha cagado, pero bien. Ha metido la pata hasta el fondo.

—Y lo que no es la pata, también —apunta acertadamente Axel—. Bueno, seguro que ahora ya le preocupa menos que Sofía averigüe que es Drag Queen.

Cojo el teléfono y le escribo un mensaje a Juan indicándole dónde estamos y le pido que venga.

Durante diez minutos, Axel, Mario y yo lo esperamos en la barra, sin embargo, los dos palitos se ponen azules indicándonos que Juan ha leído el wasap, pero ni responde ni aparece.

Me lamento en silencio. Mi amigo acaba de complicar un poquito más su ya enmarañada vida. Exactamente lo mismo que sospecho me va a pasar a mí.

Los dos nos hemos cubierto de gloria esta noche.

Capítulo 19

REGINA

(Madrid)

—Una pregunta —le digo insegura y avergonzada—. ¿Podrías colocarte las alas un momento? Así veré qué porción del mono te cubren y el margen que tengo para coser el roto.

Me da un morbo increíble verlo con esas preciosas y majestuosas alas negras puestas solo para mí, y la excusa para satisfacer mi necesidad está justificada.

Alejo asiente, se gira, coge las alas y se las coloca de espaldas a mí. La luz es algo pobre y no me permite ver con claridad el proceso que sigue para ponérselas, pero cuando se acerca el corazón me da un bote en el pecho que resulta hasta doloroso. Parece haberse metido en su personaje, todo su cuerpo irradia el erotismo y la sensualidad que caracteriza a Lust. Definitivamente, estas alas negras se acaban de convertir en mis preferidas.

—Regina, si me sigues mirando así, Lust te comerá. —Es tan alto, tan guapo, está tan bueno y me altera tantísimo que no sé si responder, temo que si abro la boca para decir algo lo que haga sea babear.

Como una descerebrada que ni piensa ni razona ni sabe cómo puñetas se llama en este momento, me limito a asentir. Alejo no espera ni un segundo en cogerme en brazos y sentarme sobre el tocador.

—Qué pequeña eres, Regina. —Su voz rasgada, sensual y llena de promesas pecaminosas y obscenas me arranca un jadeo.

Sus manos se anclan en mis muslos cubiertos por las mallas, ahora me arrepiento de no haberme puesto la falda plisada corta. Es lo único que hace, calentarme con su voz y su mirada. ¿Lust, por el amor de Dios, a qué estás esperando para desplegar tus alas?

—Solo seguiré si me das permiso. —¡Puñetas, haberlo dicho antes! Permiso concedido.

Como si me fuera la vida en ello, lo cojo de la nuca y salgo al encuentro de su boca, que asalto con premura y necesidad. Juro que jamás he estado tan ansiosa. Alejo recibe mi beso con un gruñido propio de un animal.

Nos besamos de forma salvaje, con lengua y dientes, devorándonos mutuamente. Necesito más y lo busco bajo su camiseta. Sin embargo, él continua sin despegar las manos de mis muslos, aunque está tan tenso que me clava los dedos con fuerza, estoy segura de que me dejará marcas. No me puede importar menos.

Mis ganas no se calman, ansío más piel, más contacto y, como las alas impiden que le pueda arrancar la camiseta, a tientas busco su cinturón. Sin embargo, Alejo parece tener otros planes, pues cuando se da cuenta de mis intenciones, me coge las manos y me detiene.

Lo miro confusa.

—Hoy no, preciosa.

¿¡Cóoomooo!?

Me siento estúpida y avergonzada. La primera vez en mi vida que me lanzo a tomar la iniciativa y va el demonio este de pacotilla y me rechaza. Me levanto del tocador como un resorte.

—Regina, no te enfades, escúchame.

Su mano atrapa la mía cuando paso por su lado y me detiene, pero no me giro, no quiero que vea mis lágrimas de frustración y ganas no satisfechas.

—No quiero una relación, mereces saberlo. Mi vida no es fácil y no tengo ni tiempo ni ganas. Solo quiero momentos compartidos, pero no puedo darte más.

—Pues genial. Gracias por tu sinceridad. Adiós.

Su mano no suelta la mía, así que tiro con todas mis fuerzas para deshacerme de su agarre y corro hacia la puerta.

De vuelta a la discoteca busco a Úrsula con desesperación, pero no la veo por ninguna parte, debo marcharme de aquí antes de que Alejo salga.

—Regina, ¿dónde te habías metido? Te...

—Leo, ¿has visto a Úrsula? —lo interrumpo con nerviosismo.

—Está allí arriba. Pero...

Dejándolo con la palabra en la boca, subo a la carrera la escalera que lleva a la parte de los reservados, el lugar que me ha indicado Leo, y la hallo sentada a horcajadas sobre alguien, Gustavo; aunque la iluminación del reservado es tan lúgubre que no logro distinguirlo.

—¡Úrsula!

—¿¡Qué!? —contesta alterada, dando un repullo y poniéndose en pie como un muelle.

—¡Vámonos, deprisa!

—¿Pero qué ocurre? —me pregunta preocupada.

—Luego te lo explico. Corre.

Tiro de ella sin miramiento alguno, con urgencia, pero Úrsula se detiene al pie de las escaleras y casi me arranca el brazo.

—Regina, ¿dónde coño te has metido?

—Luego te lo explico, ahora marchémonos, porfa.

—Pero es que parece que te has revolcado en un saco de purpurina, ¡la tienes por toda la cara!

—Que luego te lo explico, porras. ¿Quieres hacer el favor?

Finalmente, logro que se ponga de nuevo en marcha.

Cuando nos hemos alejado unos metros del local, me viene a la cabeza que me he dejado algo dentro de la discoteca.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Félix! ¡Lo he dejado tirado! Voy a llamarlo.

—Eh..., no hace falta.

—¡Pero se preocupará si no me encuentra!

—Hace como media hora que lo vi marcharse.

—Si no me ha dicho nada...

—Venga, vámonos. —Pasa el brazo por mis hombros y me besa en la cabeza—. Ahora

cuando lleguemos a casa nos pondremos cómodas, prepararemos un chocolate y me explicarás el motivo por el que brillas más que un Ferrero Rocher.

Su abrazo me calma y me aprieto contra su cuerpo.

—Oye, ¿Gustavo ha cambiado de colonia?

—¿Cómo? ¿Por qué lo dices?

—Porque no hueles como otras veces.

—¡Pues yo qué sé! No me he fijado. Qué cosas tienes, amiga...Venga, aligera, que los zapatos me están matando.

Con el pijama puesto y una taza de chocolate caliente en la mano, me lanzo a explicarle a Úrsula mi encuentro con Alejo/Lust.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunto, viéndola mirarme con los ojos tan abiertos como la boca.

—Mátame, camión... ¡Toma ya! ¡Di que sí, ole por ti! —vocea mientras baila subida al sofá, la mar de divertida—. ¡Muy bien, amiga, muy bien hecho! Así me gusta, tomando el control.

—Ya, bueno, el resultado no fue el deseado.

—¿Cómo que no?

—Detuvo mi avance para decirme que no quiere una relación, que no tiene tiempo.

—O sea, ¿que lo que quiere es un lío, follar de vez en cuando y nada más?

—Supongo que sí.

—¡Es una opción cojonuda! —Mi cara de disgusto borra su sonrisa—. Gini, ¿sabes a dónde te puede llevar un tío como él?

—Al cielo, por lo menos.

—No, hija, no. Un jamelgo como ese no te lleva al cielo, sino al mismísimo infierno. ¡Un demonio así te descubrirá los placeres más oscuros y hará que te dé vueltas la cabeza, que se te encojan los dedos de los pies, que se te pongan los ojos en blanco, que no recuerdes ni tu nombre, que te arranques el pelo, que no puedas cerrar las piernas en semanas!

Su pederrea me hace tanta gracia que el chocolate que estoy bebiendo se me escapa de la boca cayéndome sobre el pijama. Durante un buen rato no podemos parar de reír.

—¡Qué bruta eres!

—Regina, tírate a la piscina. No lo pienses tanto. Escucha, acabamos de abrir un negocio que nos va a absorber la vida; tú tampoco tienes tiempo para invertirlo en una relación, noviazgo, obligación; llámalo como quieras.

—Es que no sé si sirvo para un rollo así.

—¡Tenemos veintitrés años! ¡Ahora es cuando hay que tener rollos así! ¡Disfruta, vive y arráncale todas las plumas que puedas a ese ángel del demonio!

Metida en la cama le doy vueltas a las palabras de Alejo y a la conversación que he tenido con Úrsula después. Razón no le falta a mi amiga, ella tiene un rollo así con Gustavo y no parece irle mal. El problema es que no sé si yo estoy hecha para tirarme a esa piscina.

¿Dónde quedan los sentimientos? ¿Dónde queda el corazón? ¿Cómo evitas implicarte más de la cuenta?

Me parece mentira estar barajando la posibilidad de hacerlo.

Madrid me está transformando en una persona que no sé si quiero ser.

Capítulo 20

ALEJO

(Madrid)

A la mañana siguiente me duelen todos los huesos y las articulaciones, y en el estómago parece que tengo un volcán, me arde.

¡Cómo se estropean los cuerpos! Antes era capaz de correrme una juerga de viernes a domingo, del tirón, y el lunes estar fresco como una rosa. Y ahora no aguanto ni una noche.

Ayer no volvimos a ver a Juan, pasó de nosotros, se marchó sin decirnos nada. Desapareció sin más.

Cojo el teléfono y lo llamo. Contesta al segundo tono.

—Alejo, no es buen momento.

—Buenos días a ti también.

—¡Uf! Lo siento, tío, pero es que me encuentro fatal.

—¿Tanto bebiste?

—No, solo los dos cubatas y un chupito de whisky.

—Te vimos salir del baño. —Se hace el silencio entre nosotros.

—Ojalá pudiera echarle la culpa al alcohol. Los remordimientos son peores que cualquier resaca.

—No entiendo lo que se te pasó por la cabeza para hacer algo así.

—¡No me vengas con esas! No necesito un sermón, bastante tengo con mi conciencia. Voy a ir a comer a casa de los padres de Sofía.

—Como cada domingo.

—Exacto.

—¿Cómo vas a manejar el asunto, Juan?

—No lo sé. Supongo que lo que hice anoche es suficiente motivo para acabar con esto. No puedo con más secretos.

—Vale. Si necesitas hablar llámame, voy a estar en casa todo el día.

—Gracias, amigo. Hasta luego.

Menudo follón. La metedura de pata de Juan ha sido épica. Aunque la pifia comenzó hace dos años, cuando empezó a salir con Sofía. Debería haber hablado con ella y contarle de una maldita vez a lo que se dedica por las noches, pasando de lo que sus padres puedan opinar al respecto.

No lo hizo, dando por hecho que ni su novia ni su familia lo aceptarían. Ahora ya es tarde.

Desde luego, la noche se sucedió de lo más extraña: lo mío con Regina, la extraña actitud de Mario y Axel y el rollo de Juan con Carla. Aunque no fue lo único que pasó.

Cuando me disponía a marcharme me encontré con Félix en la puerta que también salía de Crazy.

—Ey.

—Ey.

El mismo saludo y con la misma entonación, quedó claro que ninguno de los dos estaba para mucho más. Pero su semblante serio y abatido me preocupó y no pude evitar preguntarle si se encontraba bien.

—No, la he cagado. He hecho algo sabiendo que estaba metiendo la pata. Pero no he podido evitarlo.

Pobre chaval, parecía derrotado, con unas pronunciadas ojeras y los hombros caídos como si cargara con un peso enorme. Yo no me encontraba mucho mejor, pero me pareció buena idea escuchar los problemas de otro para no tener que pensar en los míos.

—Oye, en la esquina hay una churrería que sirve un café bastante decente, ¿te apetece que vayamos?

—Vamos. Estoy muerto de cansancio, pero tampoco podría dormir aunque lo intentara.

Nos sentamos en una de las mesas con un vaso de café.

—Chicos, os dejo estos churritos antes de que se enfríen. En media hora cierro, la noche está floja y me van a sobrar bastantes. —El dueño de la churrería nos dejó un plato delante que olía estupendamente.

—Muchas gracias.

—Si os apetecen más, decídmelo.

Durante un buen rato solo bebimos y comimos, en silencio, dando buena cuenta de los cuatro churros que nos tocaban por cabeza.

—¿Qué hora es? Me dejé el reloj en el hotel.

—Las cuatro y veinte. ¿No eres de Madrid?

—No. He venido con mis tíos, los abuelos de Regina, desde Soria para la inauguración de la tienda de mi prima.

—¿Tu prima...? ¿Regina...?

—Exacto.

Suspiré maldiciendo la coincidencia y aliviado por saberlo antes de una más que probable metedura de pata.

—Hemos compartido un plato de churros y eso une mucho —Félix sonrió—, así que voy a hacerte una pregunta: lo que sea que te pasa ¿tiene que ver con la amiga de tu prima?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, soy bastante observador.

—Juré no volver a acercarme a ella.

—Y te has acercado, bastante.

—Mucho. Úrsula y yo nos hicimos novietes de niños. Su madre y la madre de Regina eran amigas desde la infancia, ambas se criaron en Yelo. Vinieron a Madrid a estudiar, aquí se casaron y regresaban a Yelo en vacaciones de Navidad y, por supuesto, en verano. Estuvimos saliendo hasta hace tres años, cuando ella decidió cortar sin darme ningún motivo. Simplemente, no volvió por el pueblo y nunca más me cogió el teléfono. También estuvo meses sin ponerse en

contacto con Regina. Desapareció.

—¿Y no sabes el motivo por el que cortó contigo?

Félix negó con el cabeza, apesadumbrado.

—Te preguntarás si, siendo mi prima y ella amigas, Regina alguna vez le ha preguntado algo al respecto. —Acertó de pleno, era justo lo que iba a preguntarle—. Le rogué a Regina que hablara con ella, necesitaba saber, se lo supliqué, estaba desesperado. Sin embargo, no sirvió de nada. Por lo visto, Úrsula le dijo que nunca le volviera a preguntar nada sobre mí, ni siquiera por el distanciamiento con ella. Se volvió un tema tabú y, por el bien de la amistad, mi prima calló.

De la seriedad, Félix pasó a la risa. Pobre chaval, pensé que se le estaba yendo la cabeza.

—Tiene gracia, ¿sabes?

—¿El qué? —le pregunté intrigado.

—Nunca hablo de esto con nadie y te lo estoy contando a ti que ni siquiera te conozco.

—A veces es más fácil hablar con extraños. No puedo juzgarte, no te conozco.

Si no hubiera sido su primo, yo también le hubiera explicado lo que me había pasado con Regina. Creí que era mejor callar, no quería que Félix pagara su mal rollo rompiéndome la cara.

—¿Qué harás ahora? ¿Vas a hablar con Úrsula?

—Mañana nos marchamos y no pienso volver a tener nada que ver con ella. No pisaré de nuevo Madrid ni muerto. Lo siento por mi prima, pero no puedo estar cerca de Úrsula, me perjudica.

—Poner tierra de por medio es una opción, aunque no una solución.

—No hay otra posible. No podemos estar juntos, Úrsula lo decidió así. Además, ella es una chica de ciudad. Siempre tuve claro que el tema abriría una brecha en nuestra relación llegado el día. Aunque no sé si fue ese el único motivo por el que rompió conmigo. No tengo ni pajolera idea de nada.

—Quizás para Úrsula solo fuiste un amor de verano. —En cuanto se lo dije, me arrepentí, sonó cruel aunque no fuera mi intención.

—Puede. Ella solo tenía veinte años cuando rompimos. Quizás no quería atarse siendo tan joven.

—¿Cómo se comportó la última vez que estuvisteis juntos?

—Pasamos el mejor verano de todos. —Veo que su mirada se torna nostálgica y se le escapa una sonrisa triste—. Todavía recuerdo cómo lloraba cuando nos despedimos, su madre tuvo que salir del coche para arrancarla de mis brazos. Aquella fue la última vez que la vi y hablé con ella. Hasta hoy.

—¿Te ha dicho algo al despedirse?

—No nos hemos despedido. Regina se ha presentado en el reservado en el que estábamos, muy nerviosa y alterada, y le ha dicho que tenían que marcharse. —Un nudo del tamaño del puño de un gorila se me atascó en la garganta y lo disimulé a duras penas.

—Y... ¿Qué le pasaba a tu prima? —me atrevo a preguntar, temiendo la respuesta.

—Tío, ¡para hacerle preguntas estaba yo! Úrsula se ha puesto en pie, tapándome para que Regina no me viera y no he abierto la boca. Si llega a verme, no sé qué hubiera pasado.

—¿No se lo hubiera tomado bien?

—Para nada. Regina es una mujer muy franca, no le gustan las medias tintas. Adora a Úrsula, ambas son hijas únicas y se quieren como hermanas, sin embargo, le dolió lo que me hizo y no se lo ha personado. Calla por el bien de la amistad que las une, pero si algún día el tema sale a relucir, su relación acabará y no quiero que eso ocurra. Así que, por favor...

—No te preocupes, esta conversación quedará entre nosotros.

—Ajá... Bueno, ¿y qué diantres te ha pasado a ti esta noche? Porque sospecho que también tiene nombre ¿De hombre, de mujer?

—De mujer.

—¡Ah, no, amigo, no te vas a guardar nada! Escupe —me dijo sonriendo, visiblemente más aliviado tras su confesión.

—Le he dicho a una chica que no quiero nada serio con ella.

—Un tópico.

—No en mi caso. Soy viudo y tengo un niño de cinco años. Trabajo todas las horas que puedo para sacarlo adelante. No me sobra tiempo para invertirlo en una relación.

—O sea, que le has propuesto ser follamigos. Esta gente de ciudad... ¿Y cuánto llevabais juntos?

—No estamos juntos, casi no la conozco, pero esta noche la cosa se empezó a desmadrar y preferí ser honesto antes de... ya me entiendes.

—Yo sí, pero ella no, ¿verdad?

—No. Ha salido corriendo como si le hubiera dicho que degolláramos una cabra y nos bebiéramos su sangre.

Mi comentario le hizo gracia y estalló en carcajadas; si hubiera sabido que hablábamos de su prima, no se hubiera reído tanto.

—Has sido honesto, pero cuidado con lo que deseas, a ver si la chica va a aceptar el trato que le has propuesto y el que se pillas eres tú.

—No lo creo, a que acceda me refiero; si hubieras visto la cara de espanto que puso...

—¿Cuánto te gusta ella?

—Demasiado, lo confieso. Nunca me ha pasado algo parecido, de verdad. Desde que la vi por primera vez sentí algo muy fuerte por ella. Me atrae de una manera inexplicable.

—Pues bienvenido al club de los gilipollas. Dame tu teléfono.

Tras guardar nuestros números nos despedimos y Félix cogió un taxi.

Me quedé en la acera mirando cómo se alejaba con la certeza de que volveríamos a encontrarnos.

Capítulo 21

REGINA

(Madrid)

—Abuela, gracias por haber venido. Y a ti también.

Abrazo a mis abuelos todo lo fuerte que puedo, los voy a echar mucho de menos.

—Ven en cuanto tengas un fin de semana libre, ¿vale, cariño?

—Claro, abuelo.

Félix ha guardado las maletas en el maletero y se acerca a mí cuando mis abuelos suben al coche.

—Ayer te fuiste pronto.

—Ya sabes que a mí no me van las discotecas. Soy el *grinch* de las fiestas.

—Espero que vengas algún fin de semana a verme, podemos planear algo tranquilo los dos solos. ¿Qué me dices?

—Ya veremos, prima. Vamos hablando. Cuídate mucho. —Félix me besa en la cabeza y me estrecha entre sus brazos. —Te quiero, Regina.

—Y yo a ti. Conduce con cuidado y avísame cuando lleguéis a Yelo.

—Claro, tranquila.

Vuelvo caminando a la tienda, me lleva casi media hora, pero me sirve para sosegarme y tragarme las lágrimas que se me agolpan en los ojos. Hay que sacrificar muchas cosas para alcanzar un sueño y hoy, al ver alejarse a mi familia, me he preguntado por primera vez si merece la pena.

—¡Ya estoy aquí, Úrsula!

—¿Has llorado mucho?

—Ni una lagrimita me ha caído, bruja.

—Muy bien, cariño, eres una campeona.

—Podrías haber venido.

—Tenemos mucho trabajo, por eso esta mañana he llamado a tus abuelos para despedirme. Por cierto, mi madre se ha pasado por aquí hace un rato y tengo noticias sobre tu ángel.

—¿Qué noticias?

—Trabaja en un aserradero en las afueras, es viudo y tiene un hijo de cinco años.

—¿Viudo? ¿Tiene un hijo?

Me dejo caer en una silla bastante impresionada por la información.

—Es bastante mayor que nosotras y se independizó con dieciocho años. Mi madre dice que su madre, Susana, que es enfermera, lo ayuda con el pequeñajo. No sale; va al trabajo, al estudio de baile de Clara, donde supongo que ensayan los números, y para casa. Por lo visto no ha salido con nadie desde que su chica murió en el parto debido a una complicación.

—Madre mía, qué fuerte.

—Lo es. Vive en el barrio desde entonces.

—Es raro que no lo hubieras visto antes, ¿no?

—No trabajo en la zona y no me muevo demasiado por aquí. Este barrio es mil veces más grande que Yelo, viven muchísimas personas, Gini. Nuestras madres se conocen desde hace veinticinco años porque fueron vecinas. Pero cuando Alejo se quedó viudo, Susana, se trasladó a un piso en el mismo bloque donde él vive para estar más cerca y poder echarle una mano con el crío.

—Ah...

—Mamá dice que Susana recuerda a tu madre de cuando venía a mi casa. Me ha explicado que alguna vez se unió a ellas en sus cafés de las tardes.

—¿De verdad? —le digo sorprendida.

—Ajá. Aunque Susana era madre soltera y no tenía demasiado tiempo para socializar, coincidieron en pocas ocasiones.

Mientras corto volantes, tafetán y tul para los disfraces de la Casa Andaluza, pienso en lo que me ha contado Úrsula, estoy muy sorprendida. Me ha impactado que la madre de Alejo conociera a la mía y que tenga un hijo. Alejo no me mintió; si es padre y trabaja tanto, realmente no tiene tiempo más que para algún que otro encuentro sexual, que es lo que me propuso.

—Úrsula, pásame la caja de alfileres, por favor.

Pero, aunque mi amiga esté a mi lado físicamente, su mente vuela por otro lugar.

—¡Úrsula...!

—Dime, dime...

—¿Estás bien?

—Claro, concentrada en no cagarla con este patrón. ¿Por?

Si no la conociera tanto la creería, pero, al conocerla como si la hubiera parido, te digo yo que le pasa algo. Sin embargo, sé que no me lo va a contar por mucho que insista; está digiriendo lo que sea que le ocurre. Todavía no está preparada para decirlo en voz alta.

—Te veo un poco ausente.

—Es domingo y ayer salimos hasta las tantas. Me muero de sueño.

Suelto la caja de los alfileres y le cojo el brazo para que me mire.

—Vamos a dejar ahora mismo lo que estamos haciendo, cogeremos los bolsos y nos iremos a desayunar por ahí. Mañana será otro día.

—Pero, Gini...

—No hay peros que valgan. Mañana vendré temprano y cuando llegues de la clínica estará todo preparado para empezar a coser.

—Pues no voy a decirte que no. Me duele horrores la cabeza.

Los domingos son para despanzurrarse en el sofá y ver series, leer y comer lo que sea que te apetezca, y es precisamente lo que hicimos ayer: gandulear.

Descansada y con las pilas cargadas a tope, me levanto temprano y a las ocho ya estoy en la tienda. No abrimos hasta las nueve y media, así que tengo tiempo de acabar el patrón que Úrsula dejó ayer a medias y empezar a cortar los boleros. Las faldas las acabamos la semana pasada.

Por la tarde nos ponemos en faena a las tres, mientras nos comemos un bocadillo de tortilla que Marisa nos ha preparado.

—Son las siete y media, me marchó —dice Úrsula, recogiendo su zona de trabajo—. A ver si la podóloga me quita el ojo de pollo este de una vez por todas.

—Ya verás que sí. Nos vemos en casa.

—No cierres tarde. Llevaré unas quesadillas para cenar, ¿te parece?

—Genial, amiga. Hasta luego.

Preparo un té rojo y me tomo un descanso, las cervicales me están matando. Mientras sorbo el líquido rojizo, suenan las campanillas de la puerta. Es Alejo. El corazón me empieza a latir a toda castaña.

—Buenas tardes, Regina.

Suelto la taza a toda prisa con las cachas temblando y los pelos de punta. Es un hombre imponente y no solo por su belleza —que guapo es un rato—, es algo poderoso que irradia, que me atrae, me hechiza.

—Hola —contesto temblando y alterada. No nos hemos visto desde su «proposición indecente». No sé cómo comportarme.

—¿Has acabado lo mío?

—Sí, claro. Voy a buscarlo —le digo desde el vano de la puerta de la trastienda.

Alejo entra tras de mí ocupando todo el espacio con su altura y su cuerpo fuerte. Lo siento detrás cuando intento coger el ala que Úrsula ha dejado sobre una estantería, pero no la alcanzo.

—Deja que te ayude.

Él se ocupa pasando los brazos por encima de mí, su pecho contra mi espalda. Se hace con ella y la deja sobre la mesa de trabajo.

—Mira el mono, creo que ha quedado bastante bien. A ver qué te parece.

Alejo agacha la cabeza y observa de cerca mi trabajo. Las manos me tiemblan por el deseo de volver a tocar su pelo castaño, algo largo, que le cubre la nuca.

—Está muy bien. ¿Clara ha venido a hablar con vosotras?

—¿Clara? —El nombre me suena de algo, sin embargo, los nervios me tienen tan apabullada que no logro ubicarlo.

—Nuestra profesora de baile.

—¡Ah, vale! No, no ha venido.

—Pues lo hará en breve, necesitamos nuevo vestuario.

—¿Lo dices en serio? —En mi vida he visto una sonrisa tan bonita como la suya—. ¿Alejo?

—Sí, nos hemos quedado sin modista.

—Estaremos encantadas de colaborar con vosotros.

—Ajá... Bueno, te he traído algo. Son dos invitaciones para el sábado, para nuestra actuación en Crazy.

—Muchas gracias. Es un detalle por tu parte.

La mesa de trabajo es bastante alta, a Úrsula le va perfecta, a mí no tanto, me llega por debajo del pecho, pero ya estaba aquí y no íbamos a malgastar dinero sustituyéndola. Me apaño perfectamente con un taburete algo más alto que el de mi amiga. Alejo, que es tan alto, parece que está apoyado en una mesilla de noche.

—Regina, quería pedirte disculpas si el otro día te ofendí, no fue mi intención. —Está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara, dulce y caliente.

—No me ofendiste. Yo también siento haberme marchado dejándote plantado.

—A lo que me refería, lo que quería explicarte, es que no tengo tiempo para hacer las cosas que se hacen en una relación: ir a cenar, vernos cada día, irnos de viaje... En fin, tener una rutina en pareja.

—Lo entiendo, Alejo, y estoy totalmente de acuerdo. Yo tampoco tengo tiempo, estamos empezando con el negocio y nos ocupa muchas horas.

En cuanto lo digo sé que no debería haberle dado esa información, la mirada de Alejo —y una sonrisa capaz de deshacer un iceberg— me lo confirma.

Capítulo 22

ALEJO

(Madrid)

—Lo entiendo, Alejo, y estoy totalmente de acuerdo. Yo tampoco tengo tiempo, estamos empezando con el negocio y nos ocupa muchas horas.

La afirmación de Regina me sorprende.

—Entonces... —Tiro con delicadeza del bolígrafo que le sujeta a duras penas un moño, y su cabello, negro y brillante, cae sobre sus hombros. Regina cierra los ojos y suspira.

Me acerco más, la cojo de la cintura y la subo a la mesa.

—Eres muy pequeña. Perfecta para mí.

Abre la boca, quizás para decir algo, quizás para suspirar; no le doy tiempo a nada, me abalanzo sobre ella y la beso; no he podido dejar de pensar en sus labios, su lengua juguetona, su sabor.

Regina agarra mi camiseta y se yergue, movimiento que aprovecho para besarle el cuello, lamerlo, morderlo. Esta mujer me desequilibra, no entiendo el motivo; puede deberse a la química de la que hablan algunos. Sea por el motivo que sea, me tiene loco de deseo. Ahora la tengo entre mis brazos, ha accedido al trato y no voy a perder el tiempo.

Sus manos calientes en mi espalda me provocan un escalofrío y sus ruiditos de placer van a hacer que me reviente la cremallera del pantalón.

Las camisetas desaparecen y el sujetador va detrás. La pasión se desata por parte de ambos y, cuando empiezo a bajarle el pantalón, el sonido de unas campanas resuena en mi cabeza.

—¡Dios...! —susurra Regina con un suspiro tembloroso.

—Llámame como quieras...

—¡No, para, Alejo, la puerta! —dice con urgencia al tiempo que se incorpora.

Al darme cuenta de a lo que se está refiriendo, le tiendo la camiseta y me pongo yo la mía a toda prisa. Ella se mete tras una puerta que supongo es el baño y yo salgo de la trastienda para ver quién carajo ha entrado, disimulando lo mejor que puedo.

—Hola, buenas tardes.

Saluda un tipo cuya cara me suena bastante. Al segundo lo recuerdo: acompañaba a las chicas el sábado, junto con el otro tío, el que me mataba con la mirada y se empeñaba en pegarse a Regina.

—Hola, Gustavo, ¿ocurre algo? —dice Regina, saliendo tras de mí, con los labios enrojecidos por mis besos y las mejillas coloradas. Está preciosa.

—Quiero saber si está Úrsula.

—No, no está.

—¡Pues no te creo! ¿¡Vale!? —le espeta de muy malos modos, dando un paso al frente.

Cuando el mamarracho va a dar el segundo, lo detengo poniéndole una mano en el hombro.

—Regina acaba de decirte que no está. ¿No la has oído?

—Necesito hablar con esa mentirosa.

—Te estás pasando, colega.

—¿Y a ti qué coño te importa? ¿Acaso también te la estás tirando? Ya me advirtieron que era un poquito suelta.

No soporto a los machistas y no consiento la falta de educación. Cojo al hombrecillo de la pechera de la camisa de cuadraditos pijos y lo estampo contra la pared más cercana.

—A las mujeres se las respeta y, si no sabes cómo se hace, yo te enseñaré.

—¡Alejo, déjalo, por favor! —Regina se coge a mi brazo, puedo notar cómo le tiemblan las manos, está asustada.

Lo suelto y el muy desgraciado casi acaba de morros en el suelo.

—Gustavo, quiero que te marches ahora mismo.

—Dile a tu amiga que he venido a buscarla y que me devuelva las puñeteras llamadas; no se ha dignado a contestarme desde el sábado.

Gustavo se marcha dando un portazo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No me imaginaba que pudiera llegar a comportarse de semejante manera. Estaba fuera de sí.

—¿Sale con Úrsula?

—Tienen un rollo, nada más.

—¿Y tú con su amigo?

—¿Con Leo? Para nada, solo somos amigos.

—Pues si es tan gilipollas como este...

—Leo es amable, divertido, atento y muy educado. Desde luego que no tiene nada que ver con Gustavo.

Las palabras de Regina defendiendo a Leo tan fervientemente me cabrean y provocan que un sabor agrio me suba por la garganta desde el estómago.

—Me alegro por ti. Voy a buscar lo mío y me marchó.

Quiero largarme cuanto antes.

—Alejo, ¿qué te pasa? —me pregunta Regina, yendo tras de mí.

—Nada, se me ha hecho tarde. Nos vemos.

¿Qué puñetas me ha pasado? Me acabo de comportar como un crío; esta mujer me lo remueve todo por dentro, me agita de tal manera que no reconozco mis reacciones.

De camino a casa le doy vueltas al asunto y me convengo de que Regina y yo no somos nada y puede estar con quien quiera. No es justo que no le pueda dar una relación, pero que le exija exclusividad... Ha sido una reacción pueril, fruto de la falta de sueño y el cansancio.

Al entrar en casa veo a Nacho mirando la tele, con el pijama puesto y muy bien peinado; está para comérselo.

—Hola, cariño.

—¡Papi!

Salta del sofá y se tira a mis piernas.

—Espera, que no puedo abrazarte. —Dejo el ala y la bolsa sobre la mesa y lo cojo en brazos —. Ahora sí, quiero el abrazo más fuerte que puedas darme.

Sus pequeños bracitos, que apenas me pueden rodear el cuello, me aprietan y me llena la cara de besos.

—¿Dónde está la abuela, chiquitín?

—En la cocina, me ha dicho que iba a tomarse una pastilla.

Preocupado, suelto a mi hijo, que corre de nuevo hacia el sofá, y voy en busca de mi madre. La encuentro sentada en una de las sillas, blanca como el papel.

—Mamá, ¿te encuentras mal?

—No, hijo, he tenido una bajada de tensión. Llevo todo el día mareada.

—Trabajas en un hospital, no en una zapatería, ¿no has podido ir al médico?

—Y he ido, por eso sé que tengo baja la tensión. El doctor Arán me ha recetado unas pastillas. Mañana me hará unas pruebas.

—Iré contigo.

—De eso nada. Iré a trabajar y subiré a cardiología cuando me avise. No sufras, ya me ha pasado alguna que otra vez.

—Precisamente por eso sufro, porque no es la primera vez.

—Me encuentro bien, hijo. Mañana, en cuanto me visite el doctor, te llamo para contarte. Ahora me marchó.

—Te acompaño a casa.

—De eso nada, estoy bien. —Me da un beso y sale de la cocina para despedirse de Nacho—. Descansad, amores míos.

—Cualquier cosa llámame, ¿vale?

—Que sí, hijo.

Por si no tenía suficiente con la comedura de olla por lo ocurrido con Regina, ya tengo otro motivo más para no pegar ojo esta noche.

Capítulo 23

REGINA

(Madrid)

Cuando llego al piso Úrsula está en la cocina tarareando alguna canción mientras pone la mesa.

—He traído una botella de vino, para acompañar las quesadillas.

—¡Perfecto! ¿Cómo ha ido la tarde?

«¡Uy, genial, de lo más movidita! Llegó Alejo, la cosa se puso calentita y de nuevo me quedé con las ganas, pues tu querido Gustavo llegó en plan chulito buscándote; te insultó, Alejo casi le parte los piños y se marchó. Todo estupendo».

—Gustavo ha venido buscándote a la tienda —me limito a explicarle.

—¿Y qué coño quería?

—Por lo visto te llama y no le coges el teléfono. ¿Qué pasó el sábado entre vosotros, Úrsula?

—Nada.

Está a la defensiva y algo nerviosa, deja las copas sobre la mesa como si fueran un mazo y los cubiertos, prácticamente, los tira desde un metro de distancia. Cuando veo que coge los platos, decido intervenir para evitar males mayores.

—Oye, amiga, si sigues tratando así la vajilla, vamos a tener que usar platos y vasos de plástico. Ven, siéntate, voy a servir el vino y me explicas lo que te ocurre.

—Estoy harta de los tíos.

Úrsula coge la copa de vino y bebe un largo trago.

—Lo que no entiendo es que el sábado, cuando te fui a buscar al reservado, parecíais estar bien. Más que bien, diría yo. Luego estuvimos aquí, nos tomamos el chocolate y nos quedamos dormidas en el sofá. Así que, ¿cuándo discutiste con él?

Úrsula me mira a través de la copa. Está pensando una respuesta. Me esconde algo.

—No quiero seguir con él y, simplemente, no lo lleva bien.

Su mirada es huidiza y está sentada tiesa como una vela, tensa a más no poder. ¿Qué puñetas está pasando?

—¿Me estás ocultando algo?

—No seas paranoica, Gini. ¿Qué te voy a ocultar? ¿Cenamos? Si sigo bebiendo voy a coger una cogorza. Por cierto, el ojo de pollo ya es historia, me ha dolido un huevo, pero ha valido la pena.

—Me alegro.

Cenamos olvidando el tema de Gustavo; no vuelvo a preguntarle al respecto, ya me lo contará cuando lo crea oportuno.

—Por cierto, Alejo ya ha recogido lo suyo.

—¡Mírala qué calladito se lo tenía! ¡Cuenta, cuenta...!

Recordar sus besos, sus manos y lo que me hizo sentir hace que las mejillas se me pongan rojas como el culo de un mandril.

—Pues hablamos y...

—¡Accediste a tener un rollo con él! ¿A que sí?

—Acceder, acceder, con palabras, no. Pero nos besamos y justo cuando la cosa se ponía interesante...

—No me digas que volvió a dejarte a medias.

—Es que apareció Gustavo y nos cortó el rollo.

—Jodido capullo inoportuno. ¿Qué pasó después?

—Cuando Gustavo se marchó, pagó y se largó a toda prisa.

—¿Así, sin más? ¿No te dijo nada?

—No, su actitud cambió de repente, se puso serio, yo diría que estaba enfadado.

—¿Y cuál crees que puede ser el motivo de ese cambio?

—El caso es que me preguntó si Leo era igual de gilipollas que Gustavo y si estábamos liados. Le dije que no a ambas cosas.

—Vaya, vaya... Al machote le escoció que hablaras bien de otro hombre.

—No lo sé, Úrsula... Por cierto, me dio dos invitaciones para el espectáculo del sábado de los Wicked Angels.

—¿En serio? ¡Genial! El sábado vamos de fiesta.

—Yo no sé si voy a ir.

—Claro que vas a ir. Y además lo harás con un objetivo: hacer que Lust te arrastre al lado oscuro de una puñetera vez.

—Tú y tus ideas. Me lo pienso. —Le hago un gesto para que no diga ni una palabra más en cuanto la veo abrir la boca—. No quiero hablar más del tema; vamos a cenar, que las quesadillas se van a quedar como un zapato.

La semana transcurre tranquila. Trabajamos muchas horas, pero es gratificante, disfrutamos mucho de lo que hacemos y el negocio va viento en popa. Clara vino a vernos y quedamos en confeccionarles un vestuario completo a los Wicked Angels y a su equipo de bailarines. En unos días vendrán para que les tomemos las medidas, me tiemblan hasta las pestañas solo de pensar en medir el cuerpo de Alejo.

Úrsula ha logrado convencerme y aquí estamos, en la pista de Crazy, a pie del escenario, esperando la actuación del grupo. La discoteca está llena, no cabe un alfiler.

No he vuelto a tener noticias de Leo, pero Úrsula sí habló con Gustavo; bueno, hablar es un eufemismo, más bien le berreó hasta que se quedó a gusto.

Una melodía empieza a sonar y las luces de la discoteca se apagan, solo el escenario se ilumina levemente. La canción es *Flowers* de Miley Cyrus, el grupo hace acto de presencia y la

gente enloquece.

Espero emocionada la salida de Lust, lo hace en último lugar. Hoy lucen sus esplendidas y enormes alas blancas. Las pelucas son blancas también con mechas rosadas, el mono color carne con plumas rosas, blancas y flecos plateados, que relucen como estrellas.

—¡Con el vestuario de estos sí que vamos a poder lucirnos, niña! —me dice Úrsula al oído mientras bailamos.

La música que han escogido para la actuación está volviendo loco al público y a mi cachonda perdida. La forma en que Lust baila al son de *Loco*, de Cimbala, es hipnótica; su forma de mover las caderas es sexi a rabiar. Cuando Alejo se adelanta con *Anybody Seen My Babe*, de los Rolling, y baila solo, sus ojos de largas pestañas plateadas se clavan en mí; el contoneo de su cuerpo me hace jadear.

De repente, la discoteca se queda en silencio, Alejo me guiña un ojo y un segundo después los altavoces reproducen *Hot N Cold*, de Katy Perry, y el público lo da todo saltando y bailando. Creo que soy la única que está estática, hipnotizada o, mejor dicho, idiotizada.

—El ala ha aguantado perfectamente, hiciste un buen trabajo... ¿Estás bien, Gini? —Mi actitud catatónica ha preocupado a Úrsula.

—Creo que estoy loca por Alejo.

Lo suelto así, de sopetón, sin pensarlo, a bocajarro, a corazón abierto; tanto como la boca de mi amiga, que me mira con sorpresa.

Decidida, me dirijo al lugar por el que el otro día Alejo me condujo a su vestuario. La música para y solo oigo los vítores de la gente.

En cuanto traspaso la puerta me encuentro a todo el equipo de baile, Alejo sobresale por encima de todos, incluso de sus compañeros de grupo; no tarda más de dos segundos en verme. Se acerca a mí y, sin mediar palabra, me coge de la mano.

Entramos en un cuarto que parece ser un almacén.

Alejo se apoya en una mesa y se quita las plataformas, ahora solo nos separan treinta centímetros. Sigue sin decir nada. Yo tampoco hablo, no puedo, jamás me he sentido así, tan necesitada, tan excitada.

Su peluca también ha desaparecido, se arranca las pestañas y con el dedo me indica que me acerque hasta él mientras se sienta con parsimonia en la mesa.

Me obligo a moverme hasta colocarme entre sus piernas.

Él me ha dado el control y pienso aprovecharlo, Lust no va a salir de aquí hasta que yo quiera.

Capítulo 24

ALEJO

(Madrid)

Me he quitado la peluca, las pestañas y las plataformas para tener tiempo de tranquilizarme y respirar.

Me tiemblan las manos por las ganas de tocarla mientras me desnudo.

Cuando la he visto en el pasillo sabía lo que venía a buscar, deseaba lo mismo que yo, lo vi en sus ojos durante la actuación.

Regina se acerca a mí y, en cuanto la tengo atrapada entre mis piernas, le agarro la cara y la beso, con la boca abierta, abarcando sus labios, saboreándola, degustándola. Esta mujer me vuelve loco.

Nada va a evitar lo que va a pasar en este almacén, aunque el mundo se venga abajo. Sería la segunda vez que nos cortan el rollo por una interrupción, ni de coña.

—Cariño, echa el cerrojo.

Regina no pierde un segundo y hace lo que le pido.

—De aquí hoy no te escapas —dice con una sonrisa pícara.

Minutos después estamos desnudos, jadeando, entregándonos a la pasión, nuestros cuerpos sudorosos y cubiertos de purpurina. Jamás he sentido nada parecido, ningún acto sexual me ha hecho sentir tan completo, tan feliz, tan en paz.

Pegados el uno al otro, abrazados, intentamos recuperar el aire y respirar; la beso en la cabeza, acaricio su cuello con mi nariz. Todavía no he salido de ella y ya vuelvo a desearla. Pero tendrá que ser en otra ocasión.

—Pequeña, aunque me gustaría quedarme aquí contigo toda la noche, tenemos que salir.

—Sí, será mejor que nos vistamos.

En un rincón veo un espejo apoyado en la pared y, cogiéndola de la mano, la llevo ante él.

—Mira como brillas.

Su cuerpo menudo, curvilíneo, perfecto, resplandece bajo el fluorescente.

—¡Madre mía! —susurra impresionada.

—Estás preciosa, cubierta de plumas y purpurina, pareces un ser celestial.

—Puedes cubrirme de plumas y purpurina siempre que quieras.

—Tomo nota. Ahora, a vestirse.

Abro la puerta del almacén y miro fuera para asegurarme de que no hay nadie a la vista. Antes de dejarla salir, nos fundimos en un beso que vuelve a excitarnos.

—Te veo fuera. Espérame —le pido antes de marcharse.

Entro en el vestuario pletórico, más feliz de lo que me he sentido en años. Sin embargo, la felicidad dura poco en casa del pobre y la imagen de mi amigo Juan, apoyado en el tocador con la cabeza escondida entre las manos, me devuelve a la realidad de sopetón. Ha faltado a los ensayos, algo inusual en él; sin duda, está muy fastidiado.

Unos leves sonidos indican que está llorando.

—Juan... —Sigue con las plataformas puestas, solo se ha deshecho de las alas y la peluca.

—¡Joder, qué susto! —dice sobresaltado, quitándose las lágrimas a manotazos.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy, pero da igual, me lo merezco. —Me siento culpable por no haber buscado un momento para hablar con él, pero, entre el trabajo y que Nacho ha sufrido terrores nocturnos, he pasado una semana complicada.

—Pensé que el domingo me llamarías.

—No he tenido ánimos. He fingido tanto estos días que estoy agotado, tan solo me apetece estar solo.

—Juan, conmigo no tienes que fingir.

Le pongo una mano en el hombro para reconfortarlo, pero se pone en pie sin aceptar mi consuelo.

—Voy a cambiarme y me marcharé.

—Iremos a comer algo.

—Sé lo que intentas hacer y te lo agradezco, de verdad, pero no quiero hablar.

—Pues no hablaremos, nos limitaremos a cenar.

Lo piensa durante tanto tiempo que creo que va a negarse.

—Está bien. Por cierto, ¿de dónde carajo vienes medio desnudo?

—Luego te lo cuento.

Quiero ayudar a mi amigo, no pienso dejarlo en la estacada. Nos conocemos desde niños y siempre ha estado ahí para mí, sin embargo, no puedo evitar maldecir para mis adentros por tener que decirle a Regina que debo marcharme.

—Vayamos por la puerta de atrás, no quiero ver a nadie —dice Juan cuando salimos del vestuario.

Rectifico, no solo no podré estar con ella, es que ni siquiera voy a poder avisarla.

Una sensación de tristeza me invade, me apetece pasar la velada en compañía de Regina. Y a ese estremecimiento se suma otro más inquietante: acabo de levantar mis manos de su cuerpo y ya estoy deseando volver a tocarla.

Las palabras de un desconocido en un encuentro inesperado resuenan a todo volumen dentro de mi cabeza: «Has sido honesto, pero cuidado con lo que deseas, a ver si la chica va a aceptar el trato que le has propuesto y el que se pillará eres tú».

Capítulo 25

REGINA

(Madrid)

A las tres cierro la puerta de Mar de Fantasía porque tengo la sensación de que mi estómago se está comiendo a sí mismo. He retrasado la hora de la comida para poder acabar de embastar los volantes de los boleros, pero es que ya no puedo con mi alma.

Al salir a la calle, mientras guardo las llaves en la mochila, una señora llama mi atención y me detiene.

—¿Regina?

—Sí, soy yo.

—Qué gusto verte por fin. Soy Susana, la amiga de Marisa.

Y madre de Alejo, ups...

—¡Hola, encantada!

Se acerca y me da dos besos, a los que correspondo de buen gusto.

—Bueno, ¿y cómo va el negocio? ¿Ya tenéis clientes?

—Estamos haciendo los disfraces para la comparsa de la Casa Andaluza. Para empezar está muy bien.

—Tened paciencia, este es un barrio obrero, pero estoy segura de que tendréis trabajo. Creo que conoces a mi hijo.

3, 2, 1... mejillas coloradas como un pimiento morrón.

—Sí, sí, claro.

—¿Haréis el vestuario del grupo?

—Si todo va bien, sí, lo haremos.

El ser que habita dentro de mi estómago decide protestar y suena alto y claro, haciendo que Susana me mire sorprendida.

—Parece que tienes hambre —acompaña sus palabras con una preciosa sonrisa.

—Mucha, estoy famélica.

—Ya me parecía... Oye, iba al bar de la esquina a comer. Los martes hacen garbanzos con sepia y no me los pierdo ninguna semana, siempre me guardan una buena ración. ¿Quieres acompañarme?

—Me encantaría. Pero ¿no es un poco tarde? Quizás la cocina esté ya cerrada.

—No te preocupes. Manuela, la cocinera, hace de comer como para un batallón. Algo comeremos.

—Genial. Vamos.

Efectivamente, Manuela nos ha servido dos sendos platos de garbanzos y de segundo va a prepararnos una lubina a la plancha con setas marinadas.

—¿Sabes que conocí a tu madre?

—Sí, me lo dijo Úrsula.

—Solo coincidimos en un par de ocasiones en casa de Marisa. Era una mujer preciosa. Te pareces mucho a ella.

—Gracias, Susana.

—Y Úrsula y tú continuáis con la amistad que vuestras madres iniciaron.

—Cierto.

Sonríó al pensar en las historias que Marisa nos ha contado a Úrsula y a mí sobre esas tardes en las que se encontraban las dos. Tomaban café, iban de compras, a la peluquería, visitaban exposiciones... Eran sus momentos y nadie, ni marido ni hijos, interferían en ellos. Eran solo Marisa y Anabel, dos mujeres amigas desde la infancia.

—Se conocían desde niñas, nunca hubo desavenencias entre ellas. A mitad de camino de nuestras casas estaba el colegio, por lo que se veían a diario.

—Mi nieto, el hijo de Alejo, estudia también allí.

—Es uno de los mejores centros educativos públicos de Madrid. Aunque yo solo estuve hasta los siete años.

—El accidente de tus padres fue un impacto enorme. Marisa y Carlos lo pasaron fatal. Y me consta que Úrsula te echó mucho de menos. Eras tan pequeña... Por suerte tenías a tus abuelos que seguro te colmaron de cariño y amor.

—Sí, a ellos se lo debo todo.

Susana me da unos golpecitos tranquilizadores en la mano que mantenía entre las suyas y cambia de conversación; sin duda, ha visto mis lágrimas pugnando por derramarse.

—Bueno, dime, ¿qué te ha parecido la comida?

—Estupenda; Manuela cocina muy bien.

—Pues ya lo sabes, yo vengo todos los martes; si algún día te apetece, estaré encantada de compartir mesa contigo.

—Te tomo la palabra. ¿Quieres café?

—¡Y tanto! Me encanta el café. Siempre he bebido en exceso, ya sabrás que soy enfermera y para aguantar los turnos de veinticuatro horas me lo tomaba a litros.

—A mí también me gusta. Solo y sin azúcar.

—¡Igual que a mí! Si paso por delante de un bar y me llega el olorcito tengo que entrar a tomarme uno. Llevo una temporada con la tensión baja, así que vamos a tomarnos un par de cafés largos.

Cuando salimos del restaurante, Susana se apresura a coger el autobús para ir a buscar a su nieto al colegio y yo vuelvo a la tienda donde Úrsula ha retomado el trabajo que dejé a medias y se afana en embastar volantes.

—Hola, amiga. ¿Ya has comido?

—Sí, Gini. Me he comido un menú en el bar de al lado de la clínica con una compañera. ¿Y tú?

—He comido con Susana.

—¿Susana? —pregunta, algo desconcertada. Cuando se da cuenta de a quién me refiero, su cara es de sorpresa y cachondeo—. Ganando puntos con la suegra, ¿eh?

—Vete a la porra, tonta. —A modo de proyectil le lanzo una bobina de hilo que le impacta directamente en el ojo.

—¡Ah, bruta!

—¡Perdona, perdona! —Preocupada salgo corriendo hacia ella y le quito la mano del ojo temiendo haberle hecho un destrozo.

—¿Quieres dejarme tuerta o qué?

Por suerte, no hay que lamentar daño alguno.

—Lo siento, Úrsula, ha sido un impulso incontrolable.

—No pasa nada, entiendo que te hayas puesto nerviosa al mencionar a tu suegra.

—Ya vale, por favor.

—Valeee... Esta tarde va a venir Clara para decirnos lo que tenemos que confeccionarles a los Wicked Angels. La vida se te complica, amiga.

—Eso parece.

—Por cierto, eso que me dijiste de que Alejo te estaba empezando a molar ¿fue en plan «qué bueno está y quiero un revolcón con él» o «me estoy enamorando»?

—No lo sé. ¿Crees que te puedes enamorar de una persona que solo has visto cuatro veces?

—Y que solo hayas visto una vez, también. Amor a primera vista, se llama. Y pasa, cariño.

—Nunca me he enamorado y no sé si será eso lo que me sucede.

—¿Piensas en él continuamente? ¿Se te acelera el corazón cuando lo ves? ¿Te tiembla el cuerpo entero ante su presencia? ¿Su rostro es lo último que ves antes de dormirte?

—Ya te digo...

—Pues, amiga, estás enamorada hasta las trancas.

—Soy tonta de remate, Úrsula. El sábado me dejó tirada. Es cierto que accedí a tener un rollo con él, lo que implica cero compromisos, pero ¿dejarme plantada? Eso fue demasiado. ¿Por qué no me enamoro de Leo? Sería sencillo, factible. Pero no, lo complico colgándome de un hombre que pasa de mí.

—El corazón va por libre, escapa a la lógica y de lo que es correcto o incorrecto.

—Igual solo es fascinación; que Alejo es guapo es innegable y jamás he estado con un hombre como él. Puede que con el tiempo se me pase.

—Puede, y ojalá que así sea. No quiero que sufras, y lo harás si te enamoras de Alejo —sentencia muy seria—. Tiene un hijo; su vida es complicada, Gini.

—Y no quiere una relación.

—Lo siento, Regina. Cuando te animé a liarte con Alejo no imaginé que te implicarías emocionalmente. De hecho, ni siquiera imaginé que aceptarías.

—No es culpa tuya, yo te hubiera aconsejado lo mismo. No pienso volver a pisar Crazy; lo siento por ti, pero creo que será lo mejor.

—Por mí no hay problema, hay montones de locales chulos en Madrid.

La campanilla de la puerta acaba con la conversación y la persona que entra hace que se me forme un nudo en el estómago.

—¡Hola, chicas! Os dije que vendría por la tarde, pero pasaba por aquí y...

—¡Hola, Clara! Pasa.

—Tengo un montón de ideas para el vestuario de mis chicos, me he tomado la libertad de traerlos unos dibujos. Estamos encantados de haberos encontrado.

La mirada que Úrsula me dirige me transmite lo que yo temo: aunque no vaya a Crazy, va a ser imposible librarme de Alejo, de sus plumas, su purpurina y su lujuria. Estoy condenada.

Capítulo 26

ALEJO

(Madrid)

Esta tarde a las siete vamos con Clara a Mar de Fantasía.

Le debo una explicación a Regina de por qué la dejé plantada el sábado. Sin embargo, no creo que hoy pueda disculparme, vamos a estar rodeados de gente. Aunque no pienso perder la oportunidad de pedirle el número de teléfono.

Puntuales, nos juntamos los cuatro en la puerta de la tienda esperando a Clara.

—Bueno, bueno, al fin vamos a conocer a la modista.

—Axel, compórtate, ¿vale?

—¡Vega, Juan! No me digas que tú no tienes ganas de ponerle cara a la chica.

—Pues no, porque yo ya sé la cara que tiene. La conocí en Crazy, a ella y a su socia.

—Por ahí viene Clara.

—Mario, la advertencia que le he hecho a Axel también va por ti. No quiero que me hagáis lo mismo que con Carla.

—¿¡Te avergüenzas de nosotros!? —pregunta Mario, con fingida sorpresa.

—Pues un poco sí, mira.

—Qué feo, Alejo, qué feo —responde Axel, dándome un toque en el pecho.

—Buenas tardes, chicos. Perdonad la tardanza. ¿Entramos?

Soy el último en entrar, estoy nervioso, más de lo que recuerdo en mucho tiempo. Y la cara de Regina al verme no ayuda a tranquilizarme. Es evidente que está molesta.

—Aquí os traigo a los chicos. Son todos vuestros.

La cara de asco de Regina es tan evidente que Juan me da un codazo disimuladamente.

—Esa cara va por ti, amigo.

La noche del sábado, como Juan no quería hablar de lo suyo con Sofía, ni nada referente a Carla, me tocó a mí hacerlo y le expliqué lo que había entre Regina y yo.

—Ella es Regina y yo Úrsula. Id pasando para mediros.

—¡Nosotros primero! —grita Mario, tirando del brazo de Axel.

—¿Nos quitamos la ropa, preciosa? —dice Axel con picardía.

—No, cariño, hoy no será necesario —le contesta Úrsula, guiñándole un ojo, sin achantarse. Regina, en cambio, se ha puesto colorada como el cuello de un cantaor.

Mientras miden: ancho de cabeza, cuello, largura de brazos, ancho de espalda y de pecho, contorno de cintura y caderas, largo de piernas y altura de nuestros amigos, Juan y yo permanecemos sentados a cierta distancia.

No puedo dejar de mirar a Regina mientras hace su trabajo —subida en un pequeño taburete—, anota en una libreta y sonríe por las bromas que Mario le hace. Es preciosa. Ella no es consciente, pero su forma de moverse emana dulzura y sensualidad. Su mirada azul es limpia, pura; es evidente que no guarda nada.

—Alejo, te la estás comiendo con los ojos —dice Juan, con los labios cerrados como un ventrílocuo.

—Juan, Alejo, os toca.

Mi amigo se adelanta para colocarse al lado de Úrsula, por ende, yo subo a la plataforma junto a Regina. Su incomodidad es evidente.

Por suerte, Axel no puede estar callado ni debajo del agua y capta la atención de los presentes relatándoles alguna batallita de las suyas.

—Oye —susurro mientras Regina me mide el largo de las piernas.

—Agáchate, por favor, debo medirte el contorno de la cabeza.

—Regina, siento lo del sábado. Juan estaba mal y no podía dejarlo tirado.

—Haz el favor de alargar el brazo.

Ella continúa a lo suyo sin ni siquiera mirarme, pasando de lo que le digo.

—Tienes que escucharme, por favor —le suplico, aprovechando que subida al taburete estamos casi a la misma altura.

—No tienes que disculparte —dice seria, con un hilo de voz.

—Pero...

—Sé lo que tenemos. Me lo dejaste bien claro.

—Tienes que darme tu teléfono, si lo hubiera tenido habría podido avisarte.

—No te muevas. Y ponte recto, por favor.

No vuelvo a abrir la boca, aprieto los dientes y me concentro en no dejar que mi cuerpo reaccione a tanto roce de sus manos por todas partes. Cosa que consigo centrándome en la rabia que me da no poder explicarme.

Después Úrsula se encarga de comentarnos los materiales y telas que van a usar para confeccionar el vestuario, con base en los dibujos que hizo Clara, mientras Regina permanece al margen, concentrada en la libreta donde ha ido anotando las medidas.

—No podremos empezar a trabajar en esto hasta que acabemos lo que estamos haciendo que, contando que las Navidades están por medio, será hacia mediados de enero. Luego nos pondremos con lo vuestro en exclusiva.

—Tranquilas, no hay prisa. Bueno, si habéis acabado, nos marchamos.

Antes de salir de la trastienda, también en último lugar, Regina desliza dentro de mi mano un papel.

—Ahí tienes mi teléfono.

La congoja que me apretaba el estómago se disipa al instante.

—Nosotros vamos al metro —anuncian Axel y Mario ya en la calle—. Nos vemos mañana.

—Adiós.

—Yo también me marchó.

—Hasta mañana, Clara, gracias.

—Bueno, ¿quieres que tomemos algo? —me pregunta Juan, al quedarnos solos.

—Es hora de cenar. Ven a casa; Nacho y mi madre estarán encantados de verte.

—Acepto. ¿Qué te ha dado Regina?

—No se te escapa una, tío. —Juan es muy callado y a menudo parece que no se entera de nada, pero se percata de todo lo que pasa a su alrededor—. Me ha dado su número de teléfono.

—Alejo, esa chica está colada por ti.

—¿Qué va! ¿Por qué lo dices?

—Le temblaban las manos mientras te tomaba las medidas y estaba sonrojada. Con Mario ni se ha inmutado. ¿Estás seguro de que no quieres una relación con ella?

—Segurísimo. No tengo ni tiempo ni ganas. No quiero sentimientos.

—Pues creo que para Regina ya es tarde. Le gustas.

—Ella también me gusta, es guapa, divertida y lo pasamos bien. Punto. No hay más.

—Alejo, somos amigos desde hace muchos años y tengo que decirte que no va a funcionar.

—Se lo dejé claro, sabe perfectamente que lo que tenemos es sexo sin ataduras. Si intenta cambiar las reglas, me alejaré de ella.

—Tú verás.

Mi hijo se tira a sus brazos en cuanto Juan pone un pie en casa; luego es mi madre la que lo estrecha con cariño.

—Vuelvo enseguida.

—No tardes, hijo, la cena está lista.

En el baño me lavo la cara y me refresco la nuca. Las palabras de Juan me han agobiado. No puedo negar que yo también he pensado en ella más de lo que esperaba —y querría— y que deseo tocarla cada vez que la veo. Sin embargo, tengo muy claro que no es el momento de iniciar una relación.

Lo pasaremos bien el tiempo que el trato se mantenga.

Capítulo 27

REGINA

(Yelo)

—Siéntate, cariño, he hecho rosquillas.

—Abuela, no puedes cebarme cada vez que venga a veros.

—Bobadas. Come.

Llegué ayer viernes a Yelo para pasar el fin de semana. No veía a mis abuelos desde diciembre, cuando fueron a Madrid para pasar la Navidad en familia y se marcharon al día siguiente.

Esa noche que pasé con mis abuelos, Úrsula y sus padres fueron lo único bueno de las fiestas navideñas.

En Fin de Año, después de cenar con Marisa y Carlos, fuimos a un bar de Carabanchel con las compañeras de trabajo de Úrsula. A la media hora de estar en el pub, Alejo me llamó, muy zalamero, y vino a buscarme. Fuimos a un hotel precioso e hicimos el amor, hasta ahí todo fue perfecto. Al terminar, teniendo en cuenta la hora que era, pensé que nos quedaríamos a dormir. Sin embargo, al proponérselo, se puso serio y se levantó de la cama como un resorte. Me sentí tan triste, frustrada y cabreada que no dejé que me llevara a casa y regresé en metro. No hay un día peor para usar el transporte público, había gente que regresaba a casa después de estar toda la noche de fiesta y el vagón parecía un after.

Después de Nochevieja estuve dos semanas sin saber de él, hasta que un día vino por la tienda a última hora y pasó lo inevitable. Por muy asqueada que esté con la situación, es verlo y se me olvida hasta mi nombre, no puedo resistirme a Alejo. Lo asumo y lo sufro, cada día más.

Clara vino a Mar de Fantasía con su hija, Irene, a traernos invitaciones para el espectáculo de carnaval en Crazy y no pude rechazarla, ¿qué excusa iba a poner para no ir? Además, Úrsula se empeñó en que nos merecíamos una buena celebración después de haber triunfado con los disfraces de las chicas de la Casa Andaluza, pues ganaron el segundo premio a la mejor comparsa. Así que volví a la discoteca, enfundada en un disfraz de troglodita sexi. A Alejo le encantó mi disfraz, por cierto.

Ni que decir tiene que sucumbí de nuevo a los encantos de Lust.

A esa siguieron unas cuantas más.

—Regina, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí...

—Es que te has quedado empanada con la rosquilla en la mano.

—Es solo cansancio, no te preocupes.

—Cuéntame, hija, ¿va todo bien por Madrid?

—Sí, abuela, todo va genial. El trabajo va mejor de lo esperado. Estamos confeccionando el vestuario de un grupo de Drag Queen, es justo lo que Úrsula y yo queríamos.

—¡Qué bien, hija, me alegro mucho!

—Además, una amiga de Marisa le habló de nosotras a un director de teatro y vamos a diseñar el vestuario de los actores de una de sus obras que se estrenará en la ciudad después de verano.

—¿Y ya podréis con tanto trabajo?

—Úrsula va a dejar la clínica, pero le han pedido que no se marche antes de las vacaciones de verano. Además, vamos a contratar durante unas horas a una señora del barrio que es costurera, aunque solo podrá ayudarnos durante unos meses, hasta que su hija, que ha sido madre recientemente, se incorpore de nuevo al trabajo. Después nos dejará para cuidar de su nieto.

—Encontraréis a alguien más, ya lo verás. A veces es preferible ganar menos si con ello podéis ir más tranquilas.

—Abuela, ¿cómo está Félix?

—La verdad es que cuando viene lo hace con una sonrisa, pero a mí no me engaña; no está bien, Regina. El motivo no lo sé, pero algo le preocupa.

—Tío me ha dicho que está en Soria. Me habría gustado verlo.

—Supongo que habláis por teléfono, ¿no?

—Bueno, por wasap y no demasiado; he estado muy ocupada.

—Está así desde que vinimos de Madrid. Ver a Úrsula no le hizo bien. No tendría que haberlo chantajeado con no ir si no nos acompañaba.

—No es culpa tuya. Es mayorcito y sabía que vosotros vendríais aunque él se hubiera negado a ir. En el fondo creo que estaba loco por verla.

—Creo que sigue enamorado de ella.

—Pues tendrá que superarlo, han pasado ya tres años. No hay otra opción. Cuando no puede ser, no puede ser.

—Tienes razón. Y dime, ¿cómo está Úrsula?

—Está bien, tan loca como siempre.

—¿Sale con alguien?

—Estuvo con un chico que conocimos la primera noche que pasé en Madrid. Tontearon un tiempo, pero no funcionó. Después no ha estado con nadie más. Dice que quiere estar sola.

—¡Uy, qué raro! No veo yo a la locuela guardando celibato durante mucho tiempo.

—A mí también me extraña, pero ahí sigue.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Le has echado el ojo a algún madrileño?

—No tengo tiempo.

—Para darle una alegría al cuerpo no hace falta mucho tiempo, hija.

El desparpajo de mi abuela me hace sonreír, siempre ha sido muy liberal. Dudo durante un momento si explicarle lo mío con Alejo y justo cuando me decido a hacerlo, mi abuelo entra en la cocina.

—Nieta, vengo del bar; María Eugenia dice que quiere verte.

—Ahora iremos, cariño. Venga, Regina, acaba de desayunar que vamos a ir a dar una vuelta y después pasaremos por el bar, que ayer Esteban también me dijo que pasaras. Sergio, cómete

unas rosquillas.

—Sí, abuelo, por favor, come. —O acabaré zampándomelas yo todas.

Con María Eugenia y Esteban tan solo puedo hablar un momento, pues, a la que se corre la voz de que estoy en el bar, los vecinos acuden para verme. Al cabo de una hora hay más gente dentro que fuera. Y, como a mis amigos les gusta más una fiesta que comer con los dedos, proponen que cenemos juntos los allí presentes, cincuenta y siete personas en total. Entre todos montamos las mesas, hacemos la carne a la brasa y servimos la comida.

La noche transcurre de lo más divertida y entrañable, me emociona que todas estas personas estén aquí por mí.

Después de la cena los mayores se marchan y nos quedamos unos cuantos charlando y tomando chupitos.

De camino a casa de mis abuelos pienso en Alejo, en lo mucho que me gusta y lo feliz que me siento cuando estoy entre sus brazos, momentos efímeros que me rompen el corazón un poquito más en cada ocasión. Como ocurrió la última vez.

Alejo me mandó un wasap para preguntarme si estaba sola en la tienda. Hacía una semana que no lo veía y le dije que sí, ansiosa por estar con él.

Cuando entró en la tienda se me cortó la respiración.

—Regina...

—Alejo...

Tras el breve saludo él se acercó a mí con paso seguro mientras yo retrocedía hasta que el trasero chocó contra la mesa. Mi respiración, ya acelerada, se disparó cuando su dedo me recorrió la mejilla y luego el cuello hasta acariciar la cinta métrica que allí colgaba y que retiró con sinuosa lentitud.

—Date la vuelta, por favor.

Hice lo que me pedía sin dudarle ni un segundo. Sus manos cogieron las mías y noté la cinta, fría, enrollarse en mis muñecas, de forma suave, sin apretar, solo a modo de intención, provocación, sensualidad, erotismo.

Cerré los ojos cuando sentí sus labios, calientes y suaves, apretarse bajo mi oreja y luego la lengua descender por el cuello. Apartando la camiseta continuó el camino que había despejado hasta llegar a la clavícula.

—Eres todo lo que no quiero y, a la vez, todo lo que ansío.

Sus palabras me desconcertaron, sin embargo, su traviesa lengua, los besos, lametones y mordiscos acapararon toda mi atención.

Con lentitud me giró y nuestras miradas conectaron, mezclando el verde de su iris con el mío azul, formando un mar profundo, embravecido, donde se estaba gestando una tempestad de pasión que temí acabara conmigo y con todo lo que soy. Sin embargo, no lo detuve, me dejé llevar a la deriva y, seguramente, a la destrucción.

Alejo retiró con suavidad la cinta métrica liberándome las muñecas. Lo que me permitió tocarlo, al fin. Alcé las manos y le acaricié los labios; él atrapó mi dedo entre sus dientes, lo que me provocó una sonrisa nerviosa.

—Qué bonita eres, Regina.

—Y pequeña, ¿no? —repetí lo que tantas veces me había dicho.

—Perfecta para mí.

De repente me vi sentada sobre la mesa con él entre mis piernas y su boca devorando la mía de forma salvaje y erótica mientras sus manos me alzaban lo justo para bajarme los pantalones de yoga y el tanga. Alejo es capaz de hacer cuatro cosas a la vez y hacerlas todas estupendamente.

Después de torturarme durante un rato, arrancarme unas cuantas súplicas y muchos jadeos, me penetró de forma lenta, cogiéndome la cara de forma posesiva para besarme.

Enredé las piernas en sus caderas y me anclé a su cuello, sujetándolo por el pelo en un intento de retenerlo, quizás, para siempre, porque sabía que cuando su cuerpo abandonara el mío la temida distancia y la frialdad se harían de nuevo entre nosotros hasta el próximo encuentro íntimo.

No me equivoqué.

Cuando Alejo salió de la tienda tras un escueto «ya nos veremos, preciosa», dejé ir las lágrimas que había estado reteniendo mientras se vestía, indiferente, a lo que bullía dentro de mí.

En ese momento juré que esa sería la última vez que caía en su hechizo. Los diez minutos de felicidad ya no compensaban los días de sufrimiento, amargura y noches en vela que me quedaban por pasar hasta que al señorito le volviera a apetecer estar conmigo.

Cuando me meto en la cama —mareada de tanto chupito de orujo, crema de arroz y tequila—, pienso en que debo hacer lo mismo que mi primo Félix con Úrsula: cortar toda relación con Alejo y superar ese amor imposible, porque con cada encuentro íntimo mi corazón se ve más comprometido y temo que, cuanto más alargue esta situación, más mal parada saldré.

Capítulo 28

ALEJO

(Madrid)

«Por fin es viernes», debe ser la frase más repetida en el día de hoy. Estoy agotado. Hemos pasado la semana ensayando intensamente algunos cambios que Clara ha querido hacerle al número. Pues Charley nos ha propuesto que la semana que viene hagamos una actuación el jueves, las habituales del sábado, más otra el domingo. Razón por la que Clara nos ha tenido esclavizados.

Crazy los jueves por la noche ofrece sesiones con un DJ que pincha básicamente reggaetón para las salidas semanales de los universitarios, los viernes música de la década de los 80 y 90, los sábados se puede bailar todo tipo de estilos y los domingos por la tarde se dedica a la salsa, bachata, merengue y canciones pachangueras de toda la vida. Esperemos gustar al nuevo público.

Esta noche no ensayamos, es el primer viernes que tenemos libre en meses y me apetece pasarlo con Regina. Últimamente la veo más seria de lo normal y percibo que tiene preguntas que no se atreve a hacerme. Prefiero que no las haga, con total seguridad supondría el final de lo nuestro, pues irían ligadas a demandas a las que no accederé. Ella me gusta mucho, me atrae de mil maneras diferentes y lo que tenemos es perfecto tal y como está.

Salgo de trabajar y, una vez en el coche, le mando un wasap.

ALEJO

Hola, preciosa.

Espero, sin despegar la vista de la pantalla, hasta ver los dos palitos que indican que el mensaje le ha llegado. A los cinco minutos de no recibir respuesta por su parte, pongo el coche en marcha. Sin embargo, no circulo ni veinte metros antes de detenerme: ha contestado.

REGINA

Hola

Respuesta escueta y seca donde las haya.

ALEJO

Te apetece que nos veamos hoy?

REGINA

Y a ti?

Bueno... Esto no mejora.

ALEJO

Mucho. He pensado que podríamos ir al hotel.

Me muerdo el labio con nerviosismo mientras miro hipnóticamente los dos palitos en azul. Tarda unos minutos en responder.

REGINA

A qué hora?

ALEJO

A las diez en recepción?

REGINA

Allí nos vemos

A modo de despedida, le mando una carita sonriente que no recibe respuesta. Miro conversaciones anteriores con ella y no tienen nada que ver con esta; eran cómplices, divertidas y tan subidas de tono que ruborizarían a una meretriz. Definitivamente, algo le ocurre.

A la hora acordada, entro en el hotel. Hemos venido aquí unas cuantas noches; es un lugar bonito, limpio y discreto. Dos de los recepcionistas son amigos del gimnasio; esta noche es el turno de Jaime, al que saludo antes de dirigirme a unos sofás situados frente a la zona del bar.

Estoy nervioso, algo ha cambiado en Regina y me preocupa. No, eso no es cierto, no me preocupa, temo que se haya cansado de nuestro acuerdo y rompa conmigo. Antes de analizar en profundidad ese sentimiento, Regina entra por la puerta del hotel y mi sorpresa es mayúscula al ver cómo va vestida. Lleva puesta una minifalda negra con una chaqueta de cuero roja y botines también rojos. Me pongo cardíaco, no puedo dejar de mirarla, está para comérsela.

Seguramente con cara de bobo, me levanto del sofá para saludarla. Sin embargo, ella tiene otros planes, pues me coge de la mano y me guía hasta los ascensores sin mediar palabra. La miro por el rabillo del ojo y veo que se ha maquillado más de lo habitual y engominado el pelo, lo que le da un *look* de *femme fatale* que me inquieta tanto como excita.

El ascensor abre sus puertas ante nosotros y, nada más poner un pie dentro, se tira encima de mí para besarme. El beso es dominante, posesivo y diría que hasta agresivo. Tras recibir un doloroso mordisco en el labio que me arranca un jadeo de dolor, la separo de mí.

—Regina, ¿va todo bien?

—Va todo perfecto. ¿La habitación de siempre?

—Ajá.

Sigo pegado a la pared del ascensor, no me permite tocarla, inmovilizando mis manos con las suyas. Está claro que ha tomado el control. En otro momento me encantaría su actitud, hoy me mosquea.

Al llegar a la habitación, me empuja con fuerza y caigo en la cama mientras ella se deshace del tanga y se sube la falda.

—Esta noche mando yo.

No respondo, estoy sin palabras. No diría de Regina que es una mujer pasiva en cuanto al sexo se refiere, pero esto es otro nivel.

Con sinuosos movimientos reptá sobre mi cuerpo y toma mi boca. A la que intento tocarla,

con desesperación, se detiene.

—Si me tocas, pararé.

Tras sus palabras me quedo inmóvil, no tanto por su advertencia, sino por su sorprendente forma de actuar. Estoy cachondo, por supuesto, pero también preocupado por su actitud.

Sin dejar de besarme, sus manos bajan por mi cuerpo hasta desabrocharme el pantalón. Mete la mano bajo el calzoncillo y masajea mi miembro sin apartar sus ojos de los míos.

—Quiero tocarte —le susurro ansioso.

—No.

Tras su seca respuesta, se baja de la cama y me arranca los pantalones. Su intención es clara, va a torturarme, lo veo en sus ojos. Y lo consigue.

Cuando se cansa de jugar entre mis piernas me tiene sudoroso y afónico de tanto jadear. Mis manos han deshecho la cama por agarrarme a las sábanas como si me fuera la vida en ello.

Cuando se coloca encima de mí se acopla a mi cuerpo de una embestida que a punto está de hacerme perder la razón. Me muerdo el labio inferior con fuerza que, dolorido tras sus mordiscos, tiene un gusto metálico.

Regina se mueve tortuosamente despacio al principio y, cuando nota que estoy a punto de estallar, acelera sus movimientos y nos corremos entre gritos. Ha sido el mejor polvo de mi vida.

Cuando sale de mí estoy sin fuerzas y la sonrisa con la que la miro se me borra al ver que se está vistiendo. No me mira, su cara no tiene expresión alguna y, tras un «no vuelvas a llamarme. Se acabó», sale de la habitación dejándome medio desnudo y sorprendido por sus palabras.

¿Acaba de romper conmigo?

Mierda.

Capítulo 29

REGINA

(Madrid)

Camino por la calle perpendicular a Gran Vía hasta la parada de taxis más cercana que, según Google, está a cien metros.

Son casi las once de la noche y la calle está desierta. En esta zona no hay restaurantes ni locales de ocio, por lo que no me cruzo con nadie en mi apresurado paseo.

Cuando planeé esta velada con Úrsula no pensé que la despedida me dolería tanto, porque es lo que ha sido, una despedida.

Mi amiga, cansada de mi hermetismo sobre el tema de Alejo, me obligó a hablar bajo amenaza de apagarme el calentador de agua cada vez que me metiera en la ducha.

—Te lo digo en serio, Gini, estoy cansada de verte pulular como un fantasma.

—Es simplemente que estoy cansada por el trabajo.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—Úrsula...

—Ni Úrsulo ni Úrsula. Llevas dos findes sin salir, vas de casa a la tienda, rechazas todos mis planes y tus ojos son un pozo de tristeza. Así que no me insultes, te conozco lo suficiente, sé que estás triste y eso solo te lo puede provocar Alejo. Cuéntamelo.

—La relación que mantengo con él me hace sentir mal. No sirvo para ser el pasatiempo de un hombre.

—Pues déjalo. No debes hacer nada que no quieras.

—Es que estoy enamorada.

—Pero ahora ya no te conformas con las miguitas que te da, ¿no?

—Quiero más. Mis ganas de estar con él no se sacian con los encuentros que mantenemos. Necesito hacer planes: ir a cenar, al cine, a pasear, dormir juntos. Tengo veintitrés años y nunca he tenido una relación así, y quiero tenerla con él.

—Ya, ten entiendo. El problema es que...

—Sé bien cuál es el problema: lo que quiero es precisamente lo que no quiere él.

—Ay, amiga, ¿y qué vas a hacer?

—Cortar por lo sano. La próxima vez que me pida quedar pondré cualquier excusa para no hacerlo. A la que vea que lo rechazo se dará por vencido.

—No lo creo, pero bueno... —susurró mientras se levantaba del taburete.

—¡Caray, Úrsula, no me ayudas en absoluto!

—Lo que tienes que hacer es coger las riendas de la situación. Me parece horrible que se marche nada más echar un polvo, como si fueras una pilingui. Es ofensivo. Así que, por una vez, tú serás la que mande, a ver cómo se siente cuando te largues y lo mandes a tomar viento fresco.

Pensé unos instantes lo que me estaba proponiendo.

—¿Y qué debería hacer, según tú?

—Despedirte de él a lo grande. Toma, bebe. —Me entregó un vaso con agua caliente y una bolsita de algún brebaje de los suyos, ni siquiera le pregunté—. ¿Siempre te llama para quedar?

—Desde que le di mi número de teléfono no ha vuelto a presentarse aquí sin avisar. Normalmente, me manda un wasap antes de venir o para encontrarnos en el hotel.

—Perfecto. La próxima vez que se ponga en contacto contigo queda con él.

—Pero...

—Espera. Tú queda con él y dale el mejor polvo de su vida.

—Estás majara, Úrsula.

—Amiga, lo quieres, no renuncies a él sin exprimirlo al máximo. Ponlo al límite, igual si ve que te alejas reacciona.

—No creo que funcione con Alejo. Tiene muy claro que no quiere una relación.

—Puede, o quizás al ver que te va a perder se decide a darle una oportunidad a lo vuestro. ¡Joder, ni que fuera el único hombre que trabaja y tiene un hijo!

—Creo que esos no son los únicos motivos.

—Da igual. Si funciona, perfecto; si no, te llevas un polvo. Sin discusiones ni malos rollos. ¿Qué me dices? ¿Serás capaz?

—Si con este plan hay una posibilidad de hacerle cambiar de opinión, que se prepare.

—También puede que sea una despedida definitiva, Regina. Puede que su reacción no sea la que esperas. Debes estar preparada para lo peor.

Sonríó al recordar las palabras de Úrsula. Sonrisa mezclada con lágrimas de amargura.

Sin embargo, lo que he hecho hoy ha sido fácil; dejarme llevar con él no me supone ningún problema, lo difícil está por venir, cuando vuelva a mí y deba rechazarlo.

Llevo dos días botando cada vez que me suena el teléfono o se abre la puerta de la tienda. Pero, como las cosas malas no se hacen esperar demasiado, el momento temido se da justo cuando me encuentro sola en la tienda. El tío parece que sepa los horarios de trabajo de Úrsula.

En cuanto lo veo entrar cierro los ojos y respiro profundamente para infundirme valor. No me muevo de la mesa, ni tampoco lo miro.

—Hola.

Está a un metro de mí, con las manos en los bolsillos y cabizbajo, inseguro. La flaqueza y la vulnerabilidad que percibo en él me proporcionan el valor que necesito para tomar las riendas de la situación.

—Hasta mañana no tenemos la prueba de vestuario, Alejo.

—No he venido por la prueba.

—Entonces, no entiendo lo que haces aquí.

Da un rápido paso hacia mí y me abarca la cara con sus manos.

—Mírame.

—Suéltame. —De un manotazo, que lo deja con la boca abierta, le aparto las manos.

—¿Qué ha pasado, Regina? Parecía que todo iba bien entre nosotros y el otro día te comportas

como una *mata hari* para dejarme tirado después. ¿Por qué te marchaste así? No creo merecerlo.

Al escuchar sus palabras un volcán de ira estalla dentro de mí. Suelto la tijera haciendo un gran estruendo y lo miro con toda la rabia y el dolor que llevo guardándome dentro durante meses.

Capítulo 30

ALEJO

(Madrid)

—¿Qué ha pasado, Regina? Parecía que todo iba bien entre nosotros y el otro día te comportas como una *mata hari* para dejarme tirado después. ¿Por qué te marchaste así? No creo merecerlo.

En cuanto las palabras abandonan mi boca, el cuerpo de Regina se sacude como si la hubieran zarandeado, tira los tijerones sobre la mesa y me mira. Su mirada, siempre azul como un mar en calma, es ahora un mar tormentoso, embravecido. Lentamente se gira hasta estar frente a mí, mi pequeña se crece como un gigante.

—Eres egoísta, engreído, egocéntrico y un capullo —espeta con los dientes apretados y casi pegada a mi pecho.

—No te pases. Solo he venido a...

—Ya sé a lo que has venido, a reprocharme haberte tratado como tú has hecho conmigo desde que estuvimos juntos por primera vez hace ya seis meses.

—Eso no es cierto, yo...

—¿Qué no es cierto?! —Su elevado tono de voz me empieza a mosquear.

—Te estás comportando...

—¿Cómo una novia? —Y que me corte continuamente todavía me mosquea más.

—Pues mira, sí.

—Estás equivocado, Alejo. Me comporto como una mujer con sentimientos.

—Te dije que no quería una relación. Te avisé que no iríamos a cenar, ni pasearíamos cogidos de la mano, ni dormiríamos haciendo la cucharita, Regina, te lo dije.

—Cierto, lo dejaste meridianamente claro. Pero no tener una relación no implica que cada vez que hagamos el amor huyas después como si tuvieras una esposa esperándote en casa. ¿Sabes cómo me he sentido todas y cada una de las veces que te has marchado sin ni siquiera un beso de despedida?

—Actuar así no forma parte de la clase de relación que busco.

—Ni yo tampoco. Por eso te dije que se había acabado. No te doy lo que necesitas y tú tampoco a mí. No puedo, lo siento, no soy tan superficial como para llevar una relación de ese tipo. Búscate a otra.

—Creí que te gustaba, que lo pasábamos bien juntos.

—Alejo, eres un iluso. Tienes treinta años, madura.

—¡Joder, ¿qué quieres decir con eso?!

—Tienes miedo, Alejo, miedo a enamorarte.

—¡Mi vida ha sido complicada! Sabes que tengo un hijo y...

—¿Y crees que la mía ha sido fácil?

—Ya sé que...

—¡Tú no sabes nada porque nunca te ha interesado! Solo la tuya de pobrecito padre viudo tras la que te escondes. Eres un cobarde.

Se hace el silencio entre nosotros. Regina me da la espalda durante unos segundos y, al volver a mirarme, sus ojos están inundados de tristeza.

—No puedo seguir contigo porque me he enamorado de ti. Saber que voy a verte, estar contigo, me llena de felicidad, pero, cuando todo acababa y te vas de mi lado, me siento tan sola, tan vacía que he empezado a temer recibir una llamada tuya. No te reprocho el hecho de que no quieras estar conmigo, pero sí que no te hayas dado cuenta de lo egoísta que has sido conmigo hasta que yo te he tratado igual.

—Regina, yo...

—Quiero que te marches, Alejo. Hemos acabado para siempre.

—¡Genial, pues, si es lo que quieres, adiós!

Salgo de la tienda dando tal portazo que los cristales del escaparate no se han hecho trizas de milagro.

La mala leche me recorre el cuerpo entero. Estoy cabreado con ella, ¿o conmigo mismo? En este momento no lo sé y tampoco quiero pensarlo. Pero bajo esa ira hay algo más que identifico sin ninguna duda: dolor.

Cada una de sus palabras se repiten en mi cabeza, se me han grabado a fuego. No tenía ni idea de que se había sentido tan mal estando conmigo. No supe verlo, o puede que no quisiera.

Los pensamientos me van a hacer estallar la cabeza. No puedo presentarme ante mi madre y mi hijo en este estado.

Derrotado, me siento en los escalones del portal de mi casa, esperando que el tiempo apacigüe la rabia y el dolor de mi corazón.

Capítulo 31

REGINA

(Madrid)

No levanto cabeza, intuía que dejar a Alejo me iba a afectar, pero no imaginaba que hasta el punto en el que me encuentro. Me he convertido en una zombi, un espíritu, una sombra de la mujer que era. La tristeza me acompaña cada hora del día, y de noche sufro terribles pesadillas que me impiden descansar.

Hace un mes y cuatro días que vi a Alejo por última vez. No se ha presentado a las pruebas de vestuario. Clara dijo que tenía asuntos familiares de los que debía ocuparse. Intuyo que ella se lo cree, pero yo sé que no es cierto y su amigo Juan también, a tenor de cómo me mira. Así que, como Alejo no ha venido ni se le espera, le confeccionaremos el vestuario a ciegas, basándonos únicamente en las medidas que le tomé.

Juan se mantiene inmóvil mientras le sujeto con alfileres, al mono transparente, una pieza de cuero negro que les cubre sus partes íntimas. Estoy nerviosa y muy incómoda, él sabe lo mío con su mejor amigo y temo que me diga algo fuera de lugar.

El tembleque de mis manos hace que apriete más de la cuenta un alfiler y acabe pinchándole.

—¡Ah, joder, qué daño!

—¡Lo siento, lo siento...!

—Cuidado, a ver si le vas a desinflar un hue...

—Cállate la boca, Axel. Tranquila, Regina, no pasa nada.

—Perdóname, Juan.

—Por el bien de tu salud y de mis partes nobles, quizás deberías tranquilizarte un poco, te tiemblan mucho las manos. —Ha bajado el tono para que solo yo lo oiga—. No tienes motivos para estar nerviosa.

—Gracias, Juan.

Después le toca el turno a Mario, que empieza con sus bromas e insinuaciones, arrancándome una sonrisa; menudo personaje. Al levantarme, después de marcar el dobladillo del mono, la cabeza empieza a darme vueltas y, sin ser consciente, me agarro a su pierna.

—¡Esas manos quietas, ricura! —dice él, pensando que estoy bromeando.

Oigo el grito de Úrsula justo cuando las fuerzas me abandonan y caigo lentamente al suelo. Luego todo se torna negro.

Cuando recobro la conciencia, cinco pares de ojos me observan con preocupación.

—¡Gini! ¿Te encuentras bien?

—Clara, trae un poco de agua, por favor.

—Enseguida.

Juan me incorpora y acerca el vaso a mi boca. Después sujeta mi muñeca, tiene los dedos calientes.

—Su pulso es muy débil y está helada.

Alguien coloca una chaqueta sobre mis hombros.

—Deberíamos llamar a una ambulancia. ¿No os parece?

—No —contesto intentando incorporarme—. Ya me encuentro mejor.

Juan, que todavía no ha soltado mi mano, me ayuda a sentarme y me ofrece más agua.

—Hay que prepararle un café; si lo que le ha pasado ha sido una bajada de tensión, eso la ayudará —dice Mario, inusualmente serio. Mi amiga, que tiene la cara blanca y compungida, se pone a ello con premura.

Una vez incorporada empiezo a sentirme mejor, pero tengo un fuerte dolor de cabeza.

—¿Has comido hoy?

—No..., no me acuerdo, Úrsula.

—Has perdido bastante peso desde la última vez que te vi, ¿tienes problemas de alimentación?

Las palabras de Clara hacen que Úrsula me mire derramando las lágrimas que hacía rato intentaba retener.

—Hemos estado tan ocupadas que no me he dado cuenta... Gini, ¿has dejado de comer?

—Puede que me haya saltado algunas comidas.

Muy seria, Úrsula agradece a Clara y los chicos su ayuda y se marchan. Luego habla con alguien por teléfono, apaga la cafetera y me ayuda a ponerme en pie.

—Mi padre va a venir a buscarnos con el coche.

—No hacía falta, vivimos aquí al lado.

—No puedes ni sostenerte en pie, Gini. Salgamos, el aire de la calle te irá bien.

Al llegar a casa, Marisa me prepara un plato de sopa y me obliga a meterme en la cama. Durante una semana no me dejan salir de ella y vigilan al gramo todo lo que como.

—Debí vigilarte mejor —lamenta Úrsula, metida en la cama conmigo.

—No digas tonterías, no soy ninguna niña.

—Pues no deberías haber dejado de comer.

—En eso tienes razón. No fue a propósito, un día simplemente no me apetecía comer y no lo hice.

—Has perdido mucho peso, eso no es de saltarte una sola comida.

—Olvídalo, no volveré a hacerlo, te lo aseguro.

—Eso espero, porque ahora voy a estar pendiente y, si no mejoras, llamaré a tus abuelos.

—Lo prometo —lo digo con el corazón, no volveré a hacerles pasar por lo mismo otra vez—.

¿Cómo va nuestro negocio?

—Genial. Manoli vino ayer a ayudarme a coser lentejuelas. Esa mujer vale un imperio.

—¿Le comentaste lo del trabajo?

—Sí, y aceptó. Dice que se aburre y que trabajar unas horas a la semana le vendrá bien para entretenerse.

—Estupendo. Menos mal que la hemos encontrado.

—Sí, y tan rápido. Ha venido mucha gente a interesarse por tu salud.

—¿Ah sí...? ¿Quién?

—Él no, Regina.

Sea por culpa de la debilidad de mi cuerpo, sea por las pocas ganas que tengo ahora mismo de vivir, las palabras de Úrsula me duelen tanto que rompo a llorar desconsoladamente.

—Llora, amiga, llora todo lo que necesites —me consuela, acunándome entre sus brazos de forma maternal—, pero que sea la última vez que lo haces por él. Desahógate, cariño, sácalo todo.

Dos horas después estamos en la cocina frente a un plato de pasta que me sabe de maravilla y una copa de vino tinto. Me siento tan bien después de haber llorado que hasta he recuperado el apetito.

Al día siguiente me incorporo de nuevo al trabajo con fuerzas renovadas. Llego a Mar de Fantasía a las ocho de la mañana y trabajo hasta las dos, he quedado con Marisa para comer, y a las tres estoy de vuelta. Pero le he prometido a Úrsula no saltarme ninguna comida y eso incluye la merienda, así que a las seis y media cierro la tienda poniendo el letrero de madera —con unas bonitas letras pintadas a mano y una taza humeante de café, regalo de la novia de Irene—, que dice: «Volvemos en lo que tardamos en tomar un café».

Al pasar por delante del banco de piedra que hay en la acera de la tienda, veo a Susana. Está sentada con los ojos cerrados en compañía de un niño que debe ser Nacho. El niño permanece agarrado de su mano con ojos llorosos.

Alarmada, me acerco a ellos.

—Susana, ¿va todo bien?

—Hola, Regina. Sí, ha sido solo un mareo sin importancia. He ido a comprar el pan y al salir se me ha ido un poco la cabeza.

—¿Te sientes con fuerzas para caminar? —Ella asiente con la cabeza—. Pues venga, que os acompaño a casa.

Susana no protesta y se coge de mi brazo. Sorprendentemente, Nacho me coge de la mano donde llevo la bolsa de la compra. Su contacto despierta en mí una ternura que nunca había experimentado.

—Muchas gracias, Regina. —Al llegar, Susana parece encontrarse mejor.

—No se merecen. ¿Dónde quieres que deje la bolsa?

—Ahí mismo, encima de la mesa. Nacho, ¿qué te parece si preparo una rica merienda para agradecerle a Regina su ayuda? Y tú, mientras, podrías enseñarle tu habitación.

—¡Sííí!

—No quiero molestar, debes descansar, Susana. —Estoy aterrorizada por si aparece Alejo y me encuentra en su casa—. Creo que es mejor que me marche.

—De eso nada. Me encuentro perfectamente. Nacho, esta noche cuando llegue papá no le diremos lo que ha pasado, ¿a que no? Será nuestro secreto. —El pequeño niega con la cabeza con semblante serio y a mí se me aplacan un poco los nervios al saber que Alejo no aparecerá de repente—. Pues venga, enséñale a Regina tu habitación mientras preparo un delicioso chocolate para acompañar los cruasanes que hemos comprado.

El niño, que no me ha soltado la mano en ningún momento, me lleva por un pasillo donde percibo el olor a la colonia de Alejo.

—Esta es la habitación de papá, ¿quieres verla?

—No, qué va. Deja, deja...

—¡Vale! Esta es la mía.

Nacho tiene un espacio enorme solo para él. La habitación está dividida en dos zonas: una destinada al dormitorio y otra para el juego.

—¡Qué chula!

—Ven.

Juntos nos sentamos sobre la alfombra de pelo corto con dibujos de animales que ocupa casi todo el espacio para jugar. Al lado hay un mueble bajo con una cantidad importante de cuentos.

—¿Quieres que veamos este?

—Claro, el que tú quieras.

El libro *Las tres mellizas vamos a la nieve* nos mantiene entretenidos hasta que Susana nos llama.

Ha colocado sobre la mesa una bandeja con al menos quince cruasanes y una jarra de chocolate.

Degustamos la merienda mientras Nacho nos explica una cosa tras otra, vaya energía tiene el chaval. De repente, el sonido de unas llaves y una puerta hace que se me hiele la sangre.

—¡Es papá! ¡Papááá!

Tierra trágame, ¿Susana no ha dicho que regresaría por la noche? No se puede tener menos suerte que yo.

—Qué raro, nunca llega tan temprano —anuncia Susana, poniéndose en pie.

La voz de Alejo hablando con su hijo y el sonido de sus pasos por el pasillo me provocan una taquicardia. Entra en la cocina con Nacho en brazos, haciéndole cosquillas y riéndose a carcajadas. Pero en cuanto repara en mi presencia su sonrisa se esfuma y entrecierra los ojos echándome una mirada inquietante.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—¡Alejo! —grita sorprendida Susana ante la reacción de su hijo.

—Nacho, ve a tu habitación —le ordena al niño mientras lo deja en el suelo.

—¡Pero, papá, no he acabado de merendar!

Alejo se acerca al mármol, arranca de malas maneras un trozo de papel de cocina y coge unos cuantos cruasanes en un puñado.

—Llévatelos a tu cuarto.

El niño no discute y con cara mustia se marcha mientras me dice adiós con su pequeña manita.

—Te he preguntado por qué estás aquí.

—Yo...

—Alejo, la he invitado yo —dice Susana, claramente disgustada y contrariada.

—Tú no eres quién para traer a nadie a mi casa.

—¿¡Perdona!? —vocea Susana, roja de rabia. Acaba de subirle la tensión de golpe.

Continúo estática en mi lugar, siendo espectadora de la escena más tensa e incómoda que he presenciado en toda mi vida.

—Si quieres invitar a alguien, lo haces en tu casa; en la mía, no. —Sin moverse de donde está, gira la cabeza y me dice entre dientes—: lárgate.

Como si tuviera un muelle en el culo me levanto tan apresuradamente que tropiezo con la silla donde Nacho estaba sentado y caigo al suelo de rodillas.

—¡Regina! —Susana se acerca impactada por el golpe y me ayuda a levantarme—. ¿Estás bien, hija?

Alejo no se ha movido, ni siquiera se ha girado para comprobar si me he abierto la cabeza. Permanece impertérrito y tieso como un palo, con la mirada fija en algún punto de la pared.

—Sí, sí, tranquila, estoy bien. Adiós, Susana.

Llorando y avergonzada por el ridículo que acabo de hacer, bajo las escaleras tan rápido como

me lo permiten mis doloridas rodillas. No puedo creer cómo me acaba de tratar Alejo, su comportamiento no tiene excusa posible. Otra vez.

Durante el tiempo que he estado sin ver a Alejo pensé que mi corazón estaba empezando a sanar, verlo me ha demostrado que no podía estar más equivocada.

No he dejado de amarlo.

Para eso haría falta algo más, y los milagros no existen.

Capítulo 32

ALEJO

(Madrid)

—Alejo, ¿puedo hablar contigo un momento?

Había notado que Clara quería decirme algo, no ha dejado de revolotear a mi alrededor mientras me desmaquillaba.

—Dime.

—¿Me quieres explicar qué puñetas te pasa? —dice bajito, para que el resto de los presentes no se enteren de la conversación que estamos manteniendo.

—Nada. —Estoy cansado de que todos me pregunten lo mismo; en el trabajo, en casa, los amigos, y ahora la que faltaba.

—¿Nada? Parece que bailas por obligación, lo haces sin alma.

—¿He fallado en algún paso?

—No.

—¿Me has visto desconcentrado?

—No, pero...

—Pues no tenemos nada de qué hablar.

—Siéntate ahora mismo, grandullón. —Como no quiero armar un escándalo, cedo y hago lo que me pide—. Te conozco desde que eras un niño y es la segunda vez que te veo bailar sin alma. La primera fue cuando empezaste a salir con la madre de Nacho. ¿Por qué es en esta ocasión?

—No tienes potestad para meterte en nuestras vidas personales, solo en lo que al baile se refiere. Así que, si no tienes nada que decirme de la actuación, lo que me ocurra no es de tu incumbencia.

—Tienes razón, has hecho una actuación perfecta.

—Entonces, está todo dicho.

Cuando me dispongo a marcharme, me coge de la mano para detenerme.

—Por favor, Alejo, no vuelvas a desaparecer.

Mascullo una despedida general y abandono la discoteca con el teléfono en la mano.

Camino por las calles solitarias respirando hondo. Últimamente noto en el pecho una opresión, es una sensación malísima, como si la capacidad pulmonar me hubiera menguado privándome del oxígeno que preciso.

Me agobio en el trabajo, no disfruto del baile y, desde que eché a Regina de mi casa, mi

madre, prácticamente, no me habla.

No sé si Félix será la persona más adecuada a la que recurrir, pero solo confío en él y en Juan, y mi amigo no está en condiciones de escuchar mis malos rollos, está pasando su propio calvario tras la ruptura con Sofía hace apenas unos días.

Desde que Félix y yo nos conocimos hemos hablado en bastantes ocasiones, mínimo una vez a la semana. Es un tipo con el que se puede tratar cualquier tema de forma inteligente y divertida. Si bien es cierto que no hemos vuelto a comentar nada respecto a los motivos personales que nos unieron frente a un plato de churros.

Busco su número y espero respuesta. Aunque sean casi las tres de la mañana, sé que está despierto, le gusta trasnochar los sábados viendo la televisión; lo sé porque no es la primera vez que hablamos a estas horas de la madrugada.

—Hombre, Alejo.

—Hola, Félix.

—Vaya tono de voz, ¿te ha atropellado el camión de la basura?

—No es el caso, aunque me siento igual. ¿Puedes hablar o...?

—Claro, dime, estoy solo; mi padre hace horas que se acostó.

—Dale recuerdos y mi pésame por la goleada que el Barcelona le metió a su querido Rayo Vallecano.

—Descuida, se lo diré.

La primera vez que hablé con el bueno de Manolo fue un domingo por la mañana. Al salir del gimnasio llamé a Félix y fue él quien respondió al móvil de su hijo, dijo que acababa de entrar en la ducha, y nos pusimos a charlar. Y seguimos hablando cuando Félix ya había salido del baño. Después de ese día lo he llamado en varias ocasiones al fijo de su casa para hablar e interesarme por su salud.

En las conversaciones con Félix me habló de Regina —ajeno a lo que ella significa para mí—: la muerte de sus padres, los primeros años que pasó en Yelo, la relación con sus abuelos y alguna que otra tropelía de juventud. Conozco la historia de Regina y de su familia a la perfección, quizás por eso nunca le he preguntado a ella por la muerte de sus padres ni nada relacionado con su vida. Mi conocimiento se lo tomó como desinterés. No puede estar más equivocada.

—Dime, ¿cómo va todo por la gran ciudad?

No me ando por las ramas y le cuento la discusión con Regina, el desencuentro en mi casa y lo mal que me siento desde entonces. Omitiendo, por supuesto, el nombre de su prima.

Cuando acabo de relatarle lo sucedido, Félix suspira profundamente.

—Lo siento, Alejo, pero esa chica te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir —sentencia rotundo.

—Estoy empezando a darme cuenta. He metido la pata tanto con ella y de tantas formas que no sé qué debo hacer.

—Pues ya sabes lo que te toca: arrastrarte como un peregrino en penitencia, de rodillas.

—No sé si funcionará. ¿Y tú qué me cuentas de Úrsula?

—Si no he recibido veinte llamadas tuyas, no he recibido ninguna.

—¿Y no piensas contestarle?

—No. Me diga lo que me diga, me hará daño. Ya se cansará. Vivo muy tranquilo, adoro mi trabajo y me encanta vivir aquí. Ella representa todo lo contrario a eso.

—Vaya dos estamos hechos...

—Oye, ¿por qué no vienes algún día? Los domingos no bailas, ¿no? Ven a pasar el día, puedes

traer a tu hijo.

—Estaría bien, lo pensaré, gracias.

—Por cierto, ¿has visto a mi prima? He hablado con ella por wasap y me asegura encontrarse bien, pero Marisa le dijo a mi tía que había estado enferma. Estamos bastante preocupados.

Todas las alertas posibles saltan dentro de mí. ¿Ha estado enferma, cuándo, qué le ha pasado?

—¿Alejo?

—Sí, estoy aquí. No la he visto. Bueno, te dejo. Hablamos pronto.

—¡Claro, cuando quieras!

—Un abrazo.

—Igualmente.

Tenía la esperanza de sentirme más aliviado después de hablar con Félix; en cambio, ha sido todo lo contrario.

Después de pasarme la noche en vela, la jornada laboral se me hace farragosa y eterna. Al salir del aserradero me siento incapaz de ir al ensayo, por lo que llamo a Clara para decírselo.

Cuando aparco el coche frente a mi casa, veo a Úrsula de lejos. Sin perder un minuto, corro tras ella.

—¡Úrsula, espera!

—¿Qué quieres? —me responde, justo con la hostilidad que esperaba.

—¿Qué le ha pasado a Regina? ¿Se encuentra bien?

—¿A ti qué te importa lo que le pase?

—Úrsula, por favor, yo...

—Te has comportado fatal con ella, y lo que le dijiste delante de tu madre no tiene nombre. Hazle un favor y déjala en paz.

Úrsula pasa por mi lado y echa a andar.

—¡No puedo! —grito desesperado.

—¿Qué?

—No puedo dejar de pensar en ella, en lo mal que me porté, en lo estúpido que he sido. No puedo respirar desde que me dejó.

—¡Vaya, pues sí que funcionó! —dice sonriendo y alzando un puño, como si celebrara algo que solo ella sabe.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?—le pregunto confuso.

—Nada, nada, son cosas mías. Y dime, ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea.

—Lo sé, cuando se disipa el miedo es todavía más aterrador. —No sé si son imaginaciones mías, pero me ha parecido que hablaba de ella—. Ánimo, muchacho.

Esperaba que me diera algún consejo, incluso que aceptara interceder entre Regina y yo. Pero eso no sucede. Sin decir nada más, me palmea el brazo y se aleja con semblante triste.

Definitivamente, voy a tener que currármelo de verdad sin la ayuda de nadie.

Capítulo 33

REGINA
(Madrid)

Úrsula se retrasa y la cena se enfría sobre la mesa. Estoy cansada como una mula y con más mala leche que un adolescente sin móvil.

Cuando ya he acabado de cenar, al fin aparece.

—Siento haberme retrasado. A una compañera no le arrancaba el coche y me he quedado con ella hasta que ha venido la grúa.

—No me cogías el teléfono.

—Me he quedado sin batería.

—Me parece estupendo.

—Pero, Regina, ¿qué te pasa?

—Que llevo dos horas metida en la cocina preparando la puñetera cena y se ha quedado fría.

—Oye, amiga, lo siento, ¿vale? La meteré en el microondas, seguro que estará buenísima. No te enfades. Ven, acompáñame con una copita de vino.

Respiro profundamente para calmarme y accedo.

—Regina, hoy me he encontrado con Alejo.

Al instante me pongo tiesa como un palo.

—Y a mí qué me importa.

—Creo que deberías hablar con él.

—¿A qué viene eso, Úrsula?

—Lo he visto tan triste que me ha dado pena.

—¿Te ha dado pena? ¿De verdad? Qué buena persona eres. —La rabia que estaba conteniendo empieza a salir a borbotones—. Pena debería haberte dado destrozarle la vida a mi primo, y no te dio ni una pizca.

—¿A qué puñetas viene eso, Regina?

—¡Estoy hasta el moño de tus consejos, de que intentes arreglar mi vida cuando la tuya es un auténtico desastre!

Úrsula se levanta dando un golpe en la mesa y yo la imito. Las dos, cara a cara, cabreadas como dos *rottweilers* disputándose un chuletón.

—¡Te estás pasando, Gini!

—¿Estás segura? ¡Dejaste a Félix sin darle ninguna explicación, lo abandonaste, lo dejaste tirado, destrozado, y no te importó una mierda!

—¡Tú no sabes nada!

—¡Utilizas a los hombres a tu antojo, como si fueran clínex! ¡Y ya no hablemos del tiempo que estuviste sin hablarme a mí! ¡Todo tiene que girar en torno a ti, tú decides cuándo y cómo se hacen las cosas sin importarte un bledo los sentimientos de los demás! —Jadeando, concluyo con un golpe en la mesa que hace que una copa caiga haciéndose trizas contra el suelo.

—¡Cállate, cállate de una vez!

El grito desgarrador y las lágrimas de Úrsula me dejan paralizada. Sollozando sale de la cocina a toda velocidad.

Sin entender cómo hemos llegado a este punto, me derrumbo sobre la mesa respirando como si hubiera corrido una maratón.

El sonido de las ruedas de una maleta me hace temer lo peor.

—Úrsula, yo...

—Me marcho a casa de mis padres. Ahora mismo no puedo ni mirarte.

Creo que nunca olvidaré la cara de Úrsula, el dolor y la desolación que reflejan.

Perder a Alejo me ha trastornado hasta el punto de pagar mi dolor con la persona que siempre ha estado a mi lado, mi amiga, mi hermana. He traicionado nuestra amistad no solo sacando a relucir un tema que prometí no volver a hablar, sino tirándoselo en cara de la peor forma posible.

Capítulo 34

ALEJO

(Madrid-Yelo)

—Mamá, ¿puedes quedarte con Nacho mañana?

Mi madre, que está sacando los platos del lavavajillas, para en seco y me mira muy seria.

—Cuando me expliques por qué trataste de aquel modo a Regina.

—Mamá, no tengo ganas de hablar.

—Pues yo sí. Habla de una vez. En la vida hubiera imaginado que tú tratarías con semejante falta de educación a alguien.

—No sabes lo mucho que me arrepiento, el daño que me hace cada vez que recuerdo su imagen, ahí de rodillas, tan avergonzada. Me comporté como un gilipollas.

—Empezamos bien, continúa.

—Hemos estado viéndonos. La conocí el día del estreno en Crazy, después, por casualidad, llevé el ala rota a su tienda sin saber que volvería a verla. A partir de ese día iniciamos algo.

—¿Estabais saliendo? —pregunta muy sorprendida.

—No. Era más bien un rollo sin compromiso.

—¿Un rollo? ¿Por qué solo un rollo?

—Desde el principio le dije que no quería una relación.

—¿En serio?

—Mi vida es complicada, mamá; tengo un hijo, trabajo mucho...

—Como el noventa y nueve por ciento de los españoles. No es motivo para negarte a tener una relación. Alejo, ¿tienes miedo a enamorarte de nuevo?

—Sí. —La confesión me sorprende hasta a mí.

—El amor no hace daño, hijo; nos lo hace la persona de la que nos enamoramos.

—Se paga un precio muy alto si cometes un error.

—Eso no es cierto. Te enamoraste, te entregaste por completo a Gloria y del resultado de ese amor tienes un niño precioso. ¿Eso es un error?

—Por supuesto que no. Nacho es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—No seas cobarde, Alejo. Si vives esquivando el amor por miedo a sufrir, no estarás viviendo de verdad. No podemos avanzar si pensamos que nos llegará una enfermedad o en que caerá un meteorito y nos partirá por la mitad. ¿Qué sentido tendría nuestra existencia, entonces?

—Me empeciné desde el principio en que no podía tener una relación y me cargué lo que tenía con Regina.

—Ella se enamoró de ti, ¿no es cierto?

—Sí.

—Chica valiente. Deberías aprender de ella. ¿Y puedo saber dónde vas mañana? Espero que a hablar con Regina.

—No exactamente. Con su primo. Lo conocí cuando inauguraron la tienda e iniciamos una amistad. Por teléfono le he ido contando mis problemas con Regina sin decirle que era ella.

—¿¡Por qué lo has complicado todo tanto!?

—¡Y yo qué sé, mamá! Necesitaba hablar con alguien, contarle lo que me ocurría con ella y Juan bastante tenía con lo suyo. Así que recurrí a Félix.

—Te entiendo, sin embargo, que le mintieras no me parece bien.

—Voy a solucionarlo, mamá. Primero me disculparé con Félix y daré la cara, espero que no me la rompa. Luego iré a por Regina.

—Si crees que es como debes hacerlo, tienes todo mi apoyo. Mañana me quedaré con Nacho. Y recuerda que temer al amor es temer a la vida, y los que temen a la vida ya están medio muertos.

—Vaya, mamá, qué bonito.

—¿A que sí? Lo leí por ahí. Así que ya lo sabes, no tengas miedo y vive, hijo.

A las seis de la mañana salgo dirección a Yelo. Cuando avisé a Félix de mi visita, me mandó la ubicación de dónde estaría: en una granja del pueblo donde debe vigilar el inminente parto de una vaca.

Al llegar al pueblo, detengo el coche frente a unas edificaciones muy vistosas. Según he leído, son palomares. La curiosidad me puede y bajo para contemplarlas más de cerca. Según la información que busqué, son construcciones del siglo XVIII que, como gigantes, se sostienen sobre grandes rocas. En sus tejados hay un pináculo en cada esquina y una cruz en el centro. Tienen una puerta para la entrada de las personas que se ocupaban de las palomas y otra para las aves. Una inscripción, como pintura rupestre, decora una de las fachadas y se puede leer: «Viva Jesús, viva María santísima».

Atravieso el puente del río Bordecolex y enfilo la calle Real para llegar a la plaza Mayor. Desde aquí debo ir andando hasta la granja donde se encuentra Félix.

La plaza está desierta, salvo por un pequeño coche rojo del que se baja una mujer. Cuando caigo en la cuenta de quién es, me quedo ojiplático, igual que ella.

—¿Úrsula?

—¿Alejo? ¿Qué coño haces tú aquí?

—Lo mismo te pregunto.

—¡De eso nada! Yelo es mi pueblo, el lugar donde nació mi madre y donde he veraneado toda la vida. Tú no pintas nada aquí.

—Ya, pues, para quererlo tanto, hace tres años que no lo pisas.

Su cara de desconcierto me hace gracia porque yo sé el motivo de su visita, ella no tiene ni idea del mío.

—¿Regina te lo ha contado?

—No.

—Entonces, no lo entiendo.

—Sé por qué estás aquí, Úrsula.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Has venido a ver a Félix. —Su sorpresa es tal que retrocede tambaleándose hasta chocar contra su coche.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Voy a ayudarte un poco, pero debes prometerme que no le hablarás a Félix de Regina ni de mí.

—¿Por qué iba a hablarle de ti si no te conoce? ¿O sí...? —Puedo ver cómo los engranajes de su cabeza trabajan a pleno rendimiento hasta dar con la solución—. Espera, espera. Os conocisteis el día de la inauguración.

—Chica lista.

—Sospecho que, por alguna extraña jugarreta del destino, en algún momento de la noche, hablasteis.

—Ajá.

—¡No me lo puedo creer, habéis continuado haciéndolo! Él te ha contado...

—Exacto, hablamos justo después de que lo dejaras tirado en el reservado.

—Exacto, porque Regina me sacó de la discoteca casi en volandas después de estar contigo y comportarte como un gilipollas.

—¿Sabe Regina que con quien estabas era con Félix y no con Gustavo? Porque estoy seguro de que no le haría ninguna gracia.

—¿Sabe Félix lo que le has hecho a Regina? Porque estoy segura de que no le haría ninguna gracia.

Durante unos segundos nos miramos como si fuéramos a batirnos en duelo.

—Yo he mentido y tú también, porque dudo mucho de que Félix te dirigiera la palabra si hubiera sabido desde el principio la verdad sobre lo tuyo con Regina. Vamos a hacer un pacto: yo no me inmiscuiré en tus problemas y tú no lo harás en los míos. Pero los dos seremos sinceros a partir de ahora tanto con Úrsula como con Félix, se lo debemos.

—Creo que ambos tenemos que dar muchas explicaciones, Úrsula.

—Tienes razón, Alejo, y por ese motivo estamos aquí.

—Estoy de acuerdo. Dame tu teléfono.

Sin rechistar, me tiende el móvil, llamo al mío, guardo su número y a continuación le mando un wasap.

—Toma. Te he mandado la ubicación exacta de Félix en este momento.

—Gracias, supongo.

—De nada.

—Alejo, te aconsejo que tires por esa calle y vayas a la casa número nueve. Allí viven dos personas encantadoras. Te sentará bien tomarte un café.

Sin mediar ni una palabra más, cogemos caminos opuestos. Cuando estoy a punto de abandonar la plaza me giro para mirar a Úrsula, ella también, y ambos izamos la mano.

«¿Por qué Úrsula me ha mandado a este lugar? ¿Quién diantres vive aquí?», me pregunto mientras observo la fachada de la casa número nueve.

Desde la verja puedo ver un jardín precioso y enorme. Al abrirla, cuatro perros grandes como caballos se acercan a mí corriendo y ladrando. Paralizado por el miedo, cierro los ojos. Cuando creo que estoy respirando por última vez, noto sus lenguas lamiéndome las manos. El can más grande —debe pesar sesenta quilos por lo menos— está tumbado boca arriba, a mis pies, en señal de sumisión. Me alegro tanto de estar vivo que me centro en acariciarlos agradeciéndoles

que no me hayan comido, sin ser consciente de que alguien me observa.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarte?

Una mujer de unos sesenta años se acerca hasta mí con una bonita sonrisa. Va vestida con unos tejanos cortos, una camiseta de tirantes y unas deportivas blancas, pero lo que más me llama la atención es el tatuaje de un fénix que decora casi por completo su brazo izquierdo.

—Hola. Pues la verdad es que no lo sé.

La señora debe pensar que soy imbécil.

—¿Buscas a alguien? Seguro que puedo ayudarte.

—No, estaba dando un paseo. He quedado con un amigo.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Félix.

—¡Es verdad! Debes ser Alejo, anoche nos comentó que vendrías. Soy Mari, su tía, y abuela de Regina. Creo que también conoces a mi nieta, estará encantada de saludarte.

¿Esta señora es la abuela de Regina? ¿Y ha insinuado que ella está aquí?

La cabeza me da vueltas y mi respiración se altera.

Mi primer impulso es salir corriendo, montarme en el coche y salir pitando de este pueblo, y luego ya en Madrid me ocuparé de matar a Úrsula por haberme metido en la boca del lobo.

—Pero pasa, pasa, nos tomaremos un café.

—No quiero molestar, es muy temprano.

—¡Son las ocho y media, eso aquí es ya media mañana! Venga, entremos.

Sigo a la buena mujer como si me estuviera dirigiendo al paredón. Estoy de los nervios por lo que me pueda encontrar dentro.

Con movimientos robóticos, porque los nervios han bloqueado mis músculos, me siento en la cocina junto a Mari, que ha servido dos grandes tazas de café con leche y unas tostadas.

La mujer habla y yo me limito a asentir, beber y comer. Ni siquiera la escucho, mi cabeza es un hervidero de ideas y posibles situaciones que pueden darse, cada una peor que la otra, si Regina está aquí.

Su mano sobre la mía me saca de mis cavilaciones.

—Alejo, ¿te encuentras bien?

Cuando voy a responderle que sí, añadiendo una mentira para justificar mi estado catatónico, Regina entra en la cocina, despeinada, con cara de sueño, preciosa, llevando el pijama más sexi que he visto en toda mi vida.

Incapaz de mantenerme sentado, me pongo en pie.

La cara de Regina al verme es la misma que pondríamos cualquiera de nosotros si encontráramos a un extraterrestre sentado en nuestra cocina desayunando.

—¡Buenos días, cariño! Mira a quién he encontrado en el jardín.

Las mejillas de Regina empiezan a teñirse de rojo, pero su respiración acelerada y sus puños apretados me indican que no es precisamente vergüenza lo que le recorre el cuerpo, y lo que dice me lo confirma:

—¿Qué coño haces aquí? —Sus palabras, las mismas que yo le dije en mi casa, me duelen más que si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¡Reginaaaa! ¿¡Qué pasa!?! —le dice su abuela, horrorizada por su reacción.

—Lárgate. —concluye antes de dar media vuelta y desaparecer.

—¡Regina!

—Déjela, Mari. No debería haber venido. Me marchó.

—Tú de ahí no te mueves, muchacho. —La voz proviene de un hombre tan alto como yo y fornido, que ha entrado en la cocina y, sospecho, ha presenciado el espectáculo a tenor de la mirada asesina que me dedica solo para mí.

Sin abrir la boca, me siento y me preparo para dar las explicaciones que me demanden.

—Hemos criado a esa muchacha desde que tenía siete años —dice mientras se quita la gorra, la deja sobre la mesa y se lava las manos en el fregadero—. Y es la primera vez que la escuchamos hablar de esa forma.

—Lo siento, yo...

Gira la cabeza rápidamente en mi dirección clavando en mí sus ojos inyectados en sangre y las palabras mueren en mi boca.

—Lleva en Madrid desde octubre, ocho meses, en los que su estado de ánimo ha oscilado como una montaña rusa. —Toma asiento frente a mí y mira a Mari con todo el amor del mundo—. Sírveme un café, por favor, cariño.

—Enseguida.

Cuando vuelve a dirigir hacia mí toda su atención, la dulzura de su rostro ha desaparecido completamente.

—Hace un mes nos enteramos de que había sufrido un desmayo por inanición. Perdió ocho kilos porque había dejado de comer. Regina nos dijo que había sido a causa del trabajo. Yo lo dudé; la reacción que ha tenido al verte me lo acaba de confirmar. Así que lo que quiero preguntarte es ¿qué cojones le has hecho a nuestra nieta?

Cuando el hombre deja de hablar y, con aparente tranquilidad, le da el primer sorbo a su café, expulso todo el aire de los pulmones, cierro los ojos y empiezo a dar las explicaciones pertinentes.

Mientras hablo, en lo único que pienso es en que las dos personas que me observan con atención, y cara de mala leche, tengan a bien comprenderme y perdonar los errores que he cometido.

Si mi explicación no les satisface, no tendré ninguna oportunidad para arreglar las cosas con Regina.

Capítulo 35

ÚRSULA

(Yelo)

La ubicación que Alejo me ha enviado me lleva hasta la granja de Eustaquia.

Al entrar en el establo me vienen a la cabeza recuerdos de mi niñez, de cuando Regina y yo veníamos a buscar la leche por la mañana temprano y esperábamos, con las lecheras en la mano, a que el marido de Eustaquia ordeñara la vaca.

Los animales están en sus pesebres. Una de ellas saca la cabeza, curiosa.

—Hola, preciosa. —La acaricio para tranquilizarla. Las vacas lecheras no deben alterarse o se les puede cortar la leche.

Me dirijo hacia el final del establo, donde una voz susurra palabras que no llego a entender.

Al llegar a uno de los últimos pesebres, veo a Félix colocarse un guante que le llega hasta el codo y hacerlo desaparecer dentro de una vaca embarazadísima, tumbada sobre la paja.

—Tranquila, ya está, preciosa, pronto acabará el sufrimiento.

Los ojos se me llenan de lágrimas al ver a Félix arrodillado junto al animal, acariciando su abultado vientre mientras la tranquiliza. Al verlo en esa situación, pienso que no es el momento de hablar con él, su trabajo es importante y no quiero que por mi culpa el animal sufra más de lo necesario.

Cuando me dispongo a marcharme, rozo sin querer la puerta del establo y un gran cencerro suena delatándome.

Cuando Félix me ve, se queda ojiplático.

—Úrsula, ¿qué haces aquí?

Félix deja a la pobre vaca y se dirige hacia mí.

—Quería hablar contigo, ya que no me devuelves las llamadas. Pero creo que no es buen momento.

—No quiero hablar contigo. No hay nada que decir.

—Félix...

—No vas a volver a meterte en mi vida para marcharte cuando te canses y...

—¡Félix, la vaca!

El animal ha empezado a sangrar y parece desfallecer. Félix corre junto a ella y lo sigo.

—¿Qué pasa, bonita? Joder, está expulsando el amnios...

—¿Qué le pasa?

—Que va a parir. —Félix vuelve a introducirle el brazo y el pobre animal brama de dolor—.

Si no le saco al ternero, ambos morirán.

—¡Pues hazlo! —le digo con nerviosismo, empatizando con la pobre vaca.

—El parto de una vaca no es como el de un humano, Úrsula. Necesito la ayuda de alguien, pero el ternero se ha adelantado; es domingo y todos están en la ermita.

—Si me dices lo que debo hacer, yo te ayudo.

—¿Tú? No me hagas reír. Seguramente te caerás redonda en cuanto empiece el parto. Todavía recuerdo el tortazo que te diste al desmayarte cuando me caí de la bici y me viste sangrar la rodilla.

—Soy adulta, Félix, he madurado.

—Eso habrá que verlo. En fin, no hay otra opción. Ponte ese delantal de ahí, colócate a mi lado y haz todo lo que te diga.

—De acuerdo. Vamos allá.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, el becerro nace. Félix se encarga de él mientras yo acaricio a la vaca y la beso para tranquilizarla.

—¿Cómo está el pequeño?

—Está genial. En una hora más o menos se pondrá en pie y empezará a mamar.

—¿Y ella está bien? —le pregunto refiriéndome a la vaca.

—Perfectamente, es una campeona. Es su tercer parto. Dejémoslos descansar.

Salimos del establo y nos quitamos los delantales. Todavía sigo impresionada por lo que acabo de vivir.

—Ven, vamos a lavarnos. Me ha sorprendido que no te hayas desmayado.

—Te lo dije, he madurado.

—¡Joder, Úrsula, mira!

Mis bambas, que estaban blancas e impecables, lucen ahora manchadas de sangre y Dios sabe de qué más.

—No importa, se meten en la lavadora y quedan como nuevas. —La forma de mirarme de Félix me pone nerviosa y digo lo primero que se me ocurre—. ¿Dónde podemos lavarnos? ¿Es por aquí?

Abro la primera puerta y la claridad de una ventana me ciega por un segundo. El cuarto de baño me sorprende por su amplitud. Hay un banco de madera, un lavabo y una ducha enorme, todo impoluto.

Antes de poder reaccionar, me encuentro pegada a la pared y Félix arrancándome la ropa. Lo imito y entre besos y caricias me guía hacia la ducha.

Su pasión me arrastra como a una hoja la corriente de un río. Sin embargo, no he venido a esto, así que le pongo freno a la situación antes de que se nos vaya de las manos.

—Félix...

—Úrsula... —Su boca juega con el lóbulo de mi oreja y la agradable sensación hace que los ojos se me pongan en blanco.

—Para, Félix —le ordeno con toda la fuerza de voluntad que consigo reunir.

—¿Qué?

—No podemos hacerlo. —Acaricio su pelo mojado y su incipiente barba—. Tengo que darte algunas explicaciones.

—No sé si quiero.

—Es necesario que sepas algunas cosas. Le he prometido a alguien ser completamente sincera contigo.

—¿A quién?

—Luego te lo diré. Ahora déjame hablar, por favor.

Félix cierra el agua y coge dos toallas de una estantería, me envuelve con una de ellas y se coloca la otra en la cintura. Nos sentamos en el banco de madera y me coge las manos.

—Estás temblando. ¿Tienes frío?

—No es eso. Estoy nerviosa. No quiero que me interrumpas hasta que acabe, o no seré capaz de continuar.

—Claro.

—Te he amado siempre, Félix, ni un segundo de mi vida he dejado de hacerlo. El último verano que estuve aquí, el día de la verbena de San Juan, hicimos el amor en tu casa. Era la primera vez para los dos, pero fue maravilloso. No paramos en todo el verano, ¿recuerdas? —Félix sonrío y me acaricia la cara—. Me sentí tan conectada contigo que, cuando tuve que despedirme de ti, aquel 2 de septiembre, creí morir. Al llegar a Madrid no me encontraba bien y me acosté. Mis padres pensaron que el malestar era debido al disgusto. Pero de madrugada, un fuerte dolor en el vientre me despertó. Me llevaron a Urgencias y descubrieron que estaba embarazada de seis semanas. —Cambio de postura y dejo de mirar a Félix, su dolor me afecta demasiado—. Me mantuvieron en reposo absoluto para intentar salvar al feto. Las pérdidas cesaron, las pruebas revelaban que todo iba bien. Mis padres hablaron conmigo, decidimos que debíamos decírtelo, estaban felices. Continué ingresada unos días más. Sin embargo, la última noche que iba a permanecer en el hospital, un calambre en el vientre dio paso a un sangrado descomunal. Perdí el bebé y tuvieron que operarme, pues la hemorragia no cesaba. Hubo complicaciones y me extirparon el útero para salvarme la vida.

No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que Félix me cobija entre sus brazos y veo una lágrima deslizarse por su pecho desnudo.

—Estuve meses metida en la cama, medicada para la fuerte depresión que padecía. Gracias al apoyo de mis padres logré salir adelante, pero ya no era la misma. La única manera que vi de sanar fue no volver a verte, alejarme de ti y del pueblo. Sé que no fui justa contigo, creí que de esa manera me curaría y saldría a flote. Y así fue, mi cabeza sanó, pero me quedé vacía en todos los sentidos. Me costó tanto fingir ante Regina, no preguntarle por ti... Por eso le dije que jamás mencionara tu nombre ni nada relacionado contigo si quería que continuáramos siendo amigas. Mentí y me esforcé para que Regina pensara que habías sido tan solo un pasatiempo para mí. Lo siento, Félix, lamento tanto el daño que te he hecho.

—No te disculpes, elegiste salvarte. Es cierto que si lo hubiera sabido te habría ayudado, no te habría dejado sola, pero entiendo tu decisión.

—Te sigo queriendo, Félix, no he querido a nadie más.

—Yo también te quiero, cariño, y quiero estar contigo.

—Pero no podré darte hijos.

—Pues no tendremos, o adoptaremos. Ya lo hablaremos.

Arropada entre sus brazos, los que he echado tantísimo de menos, me siento liviana y en paz por primera vez en años. Pero todavía me queda algo por hacer.

—Ahora me queda pedirle perdón a Regina, luego iré a casa de tus tíos a hablar con ella.

—¿Regina está en el pueblo?

—¿No lo sabías? Llegó ayer por la noche. La trajo un amigo, Leo. Primero nos ocuparemos de la vaca y de su bebé y después iremos a verla. En este momento estará ocupada aclarando las cosas con tu amigo.

—¿Qué amigo?

—Alejo. —Sus ojos se abren desmesuradamente—. No digas nada. Tu prima y el Drag Queen se conocen muy bien y deben arreglar sus asuntos, como nosotros hemos hecho con los nuestros.

—¿Regina y Alejo? ¡La madre que lo parió, cuando lo pille lo voy a moler a ostias!

—No harás tal cosa. Todos cometemos errores y, si ella lo perdona, tú cerrarás esa preciosa boquita que tienes y lo aceptarás. Y ahora, señor veterinario, sí quiero mi ducha.

Olvidaron los malos momentos, las lágrimas y el dolor.

El amor que había permanecido aletargado durante tres años, alimentándose de rencor e ira, resurgió entre ellos de nuevo puro y sincero.

Capítulo 36

ALEJO

(Yelo)

—He oído a Regina salir por la puerta de atrás —nos anuncia Mari.

—Venga, muchacho, ¿qué esperas para salir corriendo tras ella?

—Gracias, Sergio.

—De nada. —Me pongo en pie, sin embargo, antes de desaparecer, el abuelo vuelve a hablar —. Pero no vuelvas a cagarla o te atropellaré con mi tractor.

Mi cara debe ser un poema que le hace una gracia tremenda a Mari, que ríe a carcajadas.

—No le hagas caso, Alejo, la gente de campo es muy bruta. Anda, vete.

Salgo a la calle y miro en todas direcciones con desesperación, no veo a Regina por ninguna parte. Abandono la casa y comienzo a caminar por un sendero que, por el rótulo, conduce al río. Tras unos metros, bajo un sol de justicia, la veo a lo lejos. Más tranquilo, decido seguirla en silencio.

Regina se ha sentado en un banco a la sombra de un árbol enorme. Está llorando.

Me acerco con sigilo y me siento a su lado. No parece sorprendida.

—Estoy cansada de evitarte, Alejo.

—Pues no lo hagas.

—Eres demasiado intenso para mí.

—¿Intenso yo? ¡Tu abuelo sí que es intenso! Menudo interrogatorio me ha hecho.

Mi comentario le arranca una preciosa sonrisa.

—No lo dudo. Me quieren demasiado.

—Nunca se quiere demasiado.

—¿Por qué has venido, Alejo?

—No te lo vas a creer, pero cuando he entrado en casa de tus abuelos no tenía ni idea de a dónde iba, y menos todavía que te iba a ver.

—¿No has venido a buscarme? —Definitivamente, hoy no tengo el día. La cara de Regina me dice que más me vale explicarme rápido y bien, pues acabo de meter la pata hasta el fondo.

—Vamos a ver. Estoy muy nervioso, la conversación con tu abuelo me ha puesto al límite, así que te pido paciencia. He venido a Yelo a darle explicaciones a tu primo.

—¿A Félix? No entiendo nada.

—La noche de la inauguración estuvimos charlando, no hemos dejado de hablar desde entonces. Él me ha contado lo suyo con Úrsula y yo lo nuestro.

—¿Mi primo sabe lo nuestro?

—Bueno, no exactamente. Sabe la historia, solo que jamás le he dicho que la chica eras tú.

—Madre mía, Alejo...

—Lo sé, lo sé, no he parado de cagarla... No he sido sincero ni contigo ni con él, por esa razón he venido a verlo, quería confesarle a Félix la verdad para poder presentarme ante ti. Aunque la cosa no ha salido como pretendía.

—¿Y mi primo sabía que venías?

—Sí. El caso es que cuando he llegado al pueblo me he encontrado con Úrsula. Hemos hablado, nos hemos tirado un montón de mierda el uno al otro, le he dado la ubicación donde podía encontrar a Félix y ella, sin yo saberlo, me ha mandado derecho a casa de tus abuelos.

Regina, que hasta ahora me ha observado muy seria, sonrío tímidamente al principio y de repente empieza a desternillarse de risa, a carcajada limpia, llorando y todo. Imposible no contagiarme de una risotada semejante, acabamos los dos doblados a causa del dolor de estómago.

—Es increíble, Alejo. Increíble, de verdad —dice sacando un pañuelo de papel y ofreciéndome otro a mí para secarnos las lágrimas—. Y dime, ¿cuánto rato hace que viste a Úrsula?

—Calculo que una hora, hora y media.

—Entonces, es buena señal. Si no se han presentado aquí ninguno de los dos, es porque están celebrando el reencuentro.

—Bueno, en realidad, ya se reencontraron en Crazy. Cuando irrumpiste en el reservado era con Félix con quien estaba, no con Gustavo.

—¡¿Cómoooo?!

—No digas nada más; si ellos han arreglado sus problemas, solo podemos alegrarnos. Ahora faltamos nosotros. —Despacio, le cojo la mano y respiro aliviado cuando no la retira—. He sido un imbécil, Regina. Me gustaste desde el primer momento en que te vi, no podía dejar de pensar en ti, pero continué negándome a admitir que estaba enamorado. En realidad, fue tu primo el que le puso nombre a mi malestar y a mis comeduras de olla. Cuando cortaste conmigo en el hotel me enfadé muchísimo. Y verte después en mi casa... Me comporté como un energúmeno. Lo siento mucho.

—Yo te he dicho lo mismo que me dijiste a mí y no me siento mal en absoluto, te lo merecías —sentencia sonriendo.

—Cierto. ¿Me vas a perdonar?

—Ya te he perdonado —afirma acariciándome el flequillo—. ¿Y qué vamos a hacer ahora, Alejo?

—¿Sería posible que echaras a tus abuelos de su casa y volvieras a ponerte ese pijama que llevabas antes?

—¿El de las abejas? ¡Serás guarro!

Regina se abalanza sobre mí y empiezo a hacerle cosquillas. Poco a poco la cosa se calienta y acaba sentada en mi regazo, frotándose contra la protuberancia de mi bragueta.

—Si seguimos así, Lust va a tomar el control y no habrá quien la pare.

—Vamos a casa de mis abuelos, nos despedimos y salimos para Madrid. En dos horas podrás dejar salir a Lust.

—El viaje va a ser una tortura.

—Venga, grandullón.

Al levantarme la alzo del suelo y la beso.

—Qué bonita eres, Regina.

—Y pequeña, ¿no? —le digo repitiendo la conversación que una vez tuvimos.

—Perfecta para mí.

Entre besos y arrumacos, cogidos de la mano, paseamos hasta la casa de sus abuelos.

Cuando estamos a escasos metros, vemos acercarse a Félix y Úrsula. Van también cogidos de la mano, así que la cosa ha salido bien.

Los cuatro nos detenemos frente a la puerta.

—Lo siento, Alejo, he roto mi promesa y le he contado a Félix lo tuyo con Regina —confiesa Úrsula, con una sonrisa pícaro.

—Yo también lo siento, Úrsula, he roto mi promesa y le he contado a Regina lo tuyo con Félix.

—Gini, perdona por haberte mentido. Prometo que te lo explicaré todo.

—Y tú perdóname por las burradas que te dije.

Las chicas se funden en un abrazo. Félix no me quita ojo.

—Siento haberte ocultado mi relación con tu prima.

—No pasa nada. Pero ni se te ocurra abrazarme, todavía tengo ganas de darte un puñetazo. Prima —Félix se acerca a Regina y la coge por el brazo mientras abre la verja de la casa—, no tengo claro si estos dos nos convienen, nos han mentido descaradamente.

—Tienes toda la razón, primo.

Úrsula se coge de mi brazo y entramos tras ellos.

—Gracias, Alejo, por allanarme el camino con Regina.

—Gracias, Úrsula, por allanarme el camino con Félix.

—Creo que deberíamos dejar de hablar como dos idiotas.

—Y yo.

Nuestras carcajadas deben escucharse en todo el pueblo.

La idea inicial de llegar a casa de los abuelos, despedirnos y largarnos se evapora en cuanto entramos por la puerta.

Mari y Sergio nos reciben entre abrazos y felicitaciones y no nos dejan marcharnos hasta bien entrada la noche.

—Regina, voy a quedarme en el pueblo unos días. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, amiga.

Cuando llegamos a mi coche, nos despedimos de la pareja y ponemos rumbo a Madrid.

—Alejo.

—Dime, cariño.

—¿Con quién hablabas antes por teléfono?

—Con mi madre. Le he pedido que se quede con Nacho. Me muero por pasar una noche entera contigo.

—¿Y haremos la cucharita?

—Ya te digo.

—Con mi pijama de abejas.

—¿De verdad lo has cogido?

—Ajá.

—Menuda noche te espera, pequeña.

—Lo mismo te digo, grandullón.

Capítulo 37

REGINA

(Madrid)

—Muchas gracias, Regina, el vestuario ha quedado perfecto.

—De nada, Clara —le contesto emocionada, devolviéndole el abrazo.

—Tu chica vale un imperio, Alejo.

—Es la primera cosa inteligente que te oigo decir en mucho tiempo, Axel. Venga, todo el mundo a su casa, que es tarde.

Con la ayuda de Alejo y Marta, la mujer que contraté hace un par de meses, recogemos la trastienda.

—¡Hasta mañana, pareja!

—Adiós, Marta, descansa.

—Tuviste suerte de encontrarla.

—Es verdad, es muy trabajadora y además nos llevamos de maravilla.

Conocí a Marta un día que vino a comprar una pieza de tela para hacerle un disfraz a su sobrino. Me cayó simpática al instante. Nos pusimos a charlar y me explicó que era soltera, que tenía una hermana y que había estado cuidando de su madre enferma, por lo que no había trabajado los últimos diez años. Cuando la anciana murió empezó a buscar trabajo, pero llevaba tres meses sin resultado alguno; el mercado laboral está complicado para mujeres a partir de los cuarenta años. Le pedí el teléfono para llamarla si me enteraba de algo.

Cuando Úrsula nos comunicó que había decidido establecerse definitivamente en Yelo para vivir con Félix, no lo dudé un segundo y la llamé.

Mi amiga y yo seguimos siendo socias. Úrsula viene dos o tres veces al mes y se queda unos días para estar con sus padres, siempre en compañía de mi primo. Ella se encarga de la contabilidad, de pagar a los proveedores, de las nóminas y me ayuda con las creaciones. Estamos continuamente en contacto por Skype, para hablar de negocios o para contarnos nuestras cosas. Ahora ya no hay secretos entre nosotras, Úrsula me lo contó todo.

Mar de Fantasía funciona muy bien, además de Marta, Manoli sigue trabajando para mí unas horas a la semana y hemos conseguimos devolverle a Marisa y Carlos el dinero que nos prestaron para iniciar el negocio.

Los padres de Úrsula, en cuanto se enteraron de que iban a iniciar los trámites de adopción, vendieron el piso que compartíamos y se compraron una casita en Yelo para estar cerca de ellos.

Ahora vivo con Alejo y Nacho, que se ha adaptado a su nueva vida perfectamente; siempre

está contento y es un niño muy cariñoso. Me ha puesto las cosas muy fáciles.

Al entrar en casa, Nacho se tira a los brazos de Alejo. Después el padre me lo pasa y mientras me besa entramos en la cocina, donde Susana trastea con las ollas.

—¡Abuela, han llegado!

—Ya veo, ya.

—Mamá, ¿cómo te encuentras?

—Perfectamente. Los mareos han desaparecido por completo.

Además de la tensión baja, resultó que se mareaba por un problema auditivo. Una vez diagnosticado, la solución fue sencilla y eficaz.

—¿Está todo listo para el sábado?

—Sí. El vestuario está terminado. Te va a encantar, Susana.

—Seguro que sí, hija. Venga, vamos a cenar.

Nacho ya se ha dormido y Alejo y yo estamos en la cama, abrazados.

—¿Estás nervioso por la actuación del sábado?

—Para nada. ¿Tú sí?

—No son nervios, estoy emocionada porque por primera vez vamos a juntarnos todos: Úrsula, Félix, mis abuelos, tu madre, Marisa, Carlos...

—Clara, Irene, Axel, Mario, Juan... —enumera Alejo mientras me besa la sien.

—Carla...

—Eso sí que fue una sorpresa. Bueno, lo de Mario y Axel fue bastante fuerte también.

—En unos meses nos hemos emparejado todos.

—Es verdad. Hasta Clara ha formalizado lo suyo con Charley.

—Estoy deseando ver la cara de Nacho cuando te vea en el escenario.

Alejo le ha pedido a Charley que esa noche le permita la entrada al niño. Él ha accedido, pero solo podrá estar durante el primer pase, el de las doce, luego Susana y mis abuelos se lo llevarán a casa.

—Ya verás cuando lo cuente en el colegio.

Bostezo y luego lo hace Alejo.

—Estoy tan cansada que se me cierran los ojos.

—Pues a dormir se ha dicho.

Nos besamos y Alejo se acopla a mi espalda, como cada noche. Dormir entre sus brazos es la mejor sensación del mundo.

El sábado a media mañana ya tenemos en casa a mis abuelos, Úrsula, Félix y Susana. Comemos con Marisa y Carlos en el restaurante de Manuela.

Entrada la tarde Susana y mis padres se llevan a Nacho para que duerma unas horas, así por la noche aguantará mejor.

Nosotros, junto con Úrsula y mi primo, nos dirigimos a Crazy.

El vestuario de la discoteca es una algarabía de ir y venir, de personas cargando con plumas, lentejuelas, pelucas y plataformas. Mira que es grande, pues hoy se ha hecho pequeño.

Charley les ha renovado el contrato por un año más y esta noche los Wicked Angels estrenan espectáculo y hay gran expectación.

—Selma, colocamos pelucas. Úrsula y Regina, los monos. Después a cenar —ordena Clara poniendo orden al caos.

Un *catering* ha traído una cantidad ingente de comida y bebida, y, aunque a los chicos los nervios suelen cerrarles el estómago, deben comer algo.

Mientras cenamos, no puedo quitarle los ojos de encima a mi chico, con el mono marcando su fibroso cuerpo, y la peluca que simula unas rastas de colores. Está para comérselo.

—Me pones mucho, Lust —le digo echándole mano al culo, con disimulo.

—No me tientes, mujer, o te llevo al almacén.

A las once y media, Úrsula y yo dejamos el vestuario para asegurarnos de que nuestras familias han llegado. Debían entrar por la puerta del personal, sin hacer cola.

La discoteca todavía está vacía.

—Mira, Gini, míralas. —Parapetadas tras una cortina, Úrsula y yo espiamos cómo su madre, mi abuela y Susana lo miran todo, fascinadas—. Qué guapas se han puesto. Mira a tu abuelo y a mi padre, están más perdidos que un sordo en un tiroteo.

—¿Qué te parece si les decimos de entrar en el vestuario?

—Venga.

Úrsula se planta ante ellos y da unas palmadas para que le presten atención.

—Los chicos ya están vestidos y maquillados. ¿Alguien quiere pasar al vestuario para verlos antes de la actuación?

—¡Sííí! —gritan al unísono Marisa, Susana y mi abuela.

—Nosotros mejor esperamos aquí —dicen mi abuelo y Carlos, como era de esperar.

Con Nacho en brazos, entramos en el vestuario. La reacción de las tres mujeres es de traca. La madre de Alejo no lo había visto nunca en su papel de Lust y mi abuela no había visto un Drag Queen ni en foto.

—¡Papááá! —Nacho ha reconocido a su padre al momento. Alejo no puede cogerlo en brazos, pero se agacha para acariciarle la cara—. ¡Tienes alas de ángel!

—Sí, más o menos.

—¿Cuando sea grande, Clara también me dejará ponerme pelucas? —Lleva solo tres meses yendo a clases en la academia de baile y ya apunta maneras; sin duda, tiene el don de su padre.

—Cuando seas mayor podrás ponerte lo que quieras, hijo.

—Ha dicho que sí, mamá. —Desde que vivo en casa con ellos me llama mamá, aunque sabe que su madre de verdad se llamaba Gloria.

—Claro, cariño. Estarás tan guapo como papá.

—Ahora te irás con las abuelas, que yo tengo que prepararme para salir, ¿vale? Te veo luego.

—¡Sí, sí, sí!

—Mucha suerte, cariño —le deseo a mi chico—. Nos vemos en un rato.

—¡Mucha mierda! —grita Félix.

La discoteca ya está a petar de gente expectante, igual que nosotros.

Cuando los Wicked Angels hacen acto de presencia con los primeros acordes de OBK y su canción *El cielo no entiende*, el público se vuelve loco.

Hoy estrenan un número donde por primera vez las canciones son todas en español.

Nacho baila, salta y grita subido a un cubo que le permite ver perfectamente a su padre, gentileza de Charley. Susana y Marisa están desatadas, parecen dos *groupies* y mi abuela las sigue. Úrsula y yo estamos disfrutando de lo lindo viéndolas. Hasta he pillado a mi abuelo moverse tímidamente al ritmo de la música.

—Cariño, creo que nunca había bailado tanto en mi vida —dice mi abuela al despedimos—. Me ha encantado. Lo he pasado en grande.

—Me alegro, estaba segura de que te encantaría el espectáculo. Abuelo, ¿lo has pasado bien?

—Mucho. No me convencía demasiado esto de pisar una discoteca a mis años para ver algo así, pero me lo he pasado pipa. Cuando lo cuente en el pueblo no se lo van a creer.

—Bueno, juventud, ahora os toca disfrutar a vosotros.

Tras unos besos de despedida, Úrsula, Félix, Carla y yo nos quedamos solos.

El segundo pase de la actuación tiene el mismo éxito que el primero. La ovación dura un par de minutos. Los chicos saludan a su público y hacen salir a Clara, Irene y Selma para compartir con ellas el éxito.

—Úrsula, en un rato vengo.

—¡Cuidadito que Lust no te coma, guarrona!

—¡A eso voy, amiga, a que me coma entera!

Me cuelo tras la cortina y salgo al pasillo vacío. Cojo el teléfono y le escribo a Alejo.

REGINA

Lust, tendrías un momentito para mí?

Alejo no tarda ni dos segundos en responderme.

ALEJO

En cinco minutos en el almacén

REGINA

No te quites las alas

Como respuesta recibo un *emoji* de una cara de demonio.

Disimuladamente, me cuelo en el cuartucho donde hicimos el amor la primera vez. El verano es fantástico por la poca ropa que se lleva y lo fácil que es de quitar.

Cuando Alejo entra, la boca se me seca mientras le hago un repaso a su pecaminoso cuerpo de metro noventa y dos. Va descalzo, la peluca y el tocado han desaparecido y va con la melena húmeda —seguramente ha metido la cabeza bajo el grifo—, se ha quitado el mono transparente y lleva tan solo unos pantalones cortos, el pecho descubierto brilla por el sudor y los restos de purpurina y, por supuesto, se ha dejado las alas blancas.

—Si sigues mirándome así, esto va a durar muy poco.

Sonrí con picardía al ver la enorme protuberancia en su pantalón.

—No se puede estar más bueno. Ven aquí, Lust, y cúbreme de plumas y purpurina.

Fin

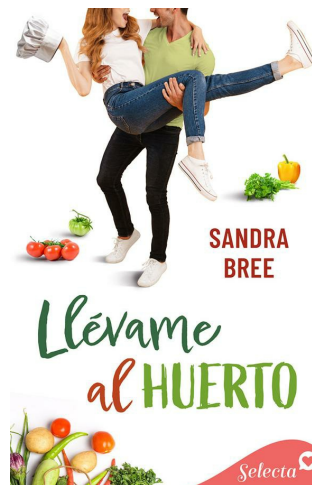
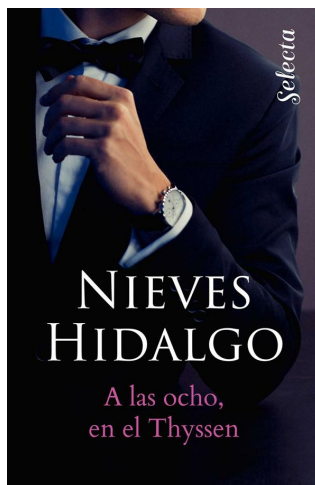
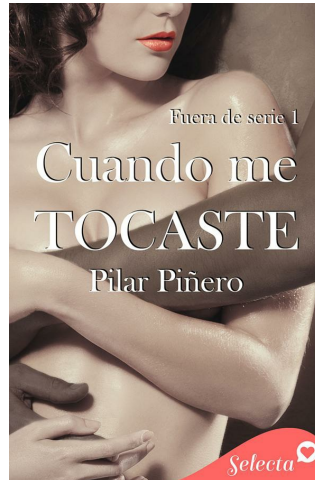
Agradecimientos

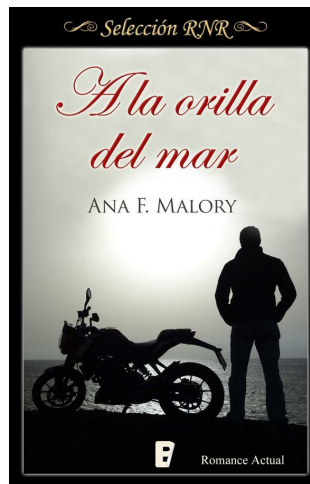
Gracias a mi familia y a Mar por el apoyo y el amor que me muestran cada día, haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo.

Gracias a Lola Gude, mi editora; su cariño y profesionalidad lo hace todo más sencillo. También al equipo de Selecta por la labor que hace con nuestras novelas.

Y, por supuesto, gracias a ti por leer este libro; lo escribí para ti.

Si te ha gustado
Cúmbreme de plumas y purpurina
puedes disfrutar de estas





Una historia de amor sorprendente y divertida, donde las apariencias engañan... ¡y de qué manera!



Siempre preocupada por los demás, alegre, cariñosa y optimista, así es Regina, una diseñadora que verá su sueño hecho realidad al trasladarse a Madrid, donde además descubrirá que no todo es lo que parece y que la fantasía dista mucho de la realidad... para bien.

Alejo es un hombre integro, serio, obstinado y siempre preocupado por el bienestar de su pequeña familia, trabaja día y noche y eso hace que le falten horas para divertirse y no piensa malgastar un segundo en el amor.

Pero el destino se ha propuesto cruzar sus caminos y sus mundos colisionarán inundando sus vidas de pasión y muchas plumas y purpurina.

¿Será capaz Regina de dejar de pensar en los demás y centrarse solo en ella? ¿Podrá Alejo incluir a alguien más en su vida? ¿Tendrá el destino alguna sorpresa para ellos?

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Pilar Piñero

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Istockphoto y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-65-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somoselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

Cúbreme de plumas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Agradecimientos

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Pilar Piñero](#)

[Créditos](#)